

**ALGÚN DÍA NOS  
LO CONTAREMOS  
TODO**  
**DANIELA KRIEN**



**Daniela Krein**

**Algún día nos lo contaremos todo**

para Christian, Clara y Rosa

Y el amor fue el origen y el señor del mundo, pero todos sus caminos están llenos de flores y sangre, flores y sangre.

KNUT HAMSUN, *Victoria*

# 1

Es verano, un verano caluroso, espléndido. La finca consta de tres edificaciones. En el centro, una casa alargada e independiente, de dos plantas y un gran desván. A la izquierda, el granero anejo; se entra por un portón de madera en el frente y se sale por otro en la parte posterior. Detrás, a unos metros de distancia, una construcción ancha y plana, de madera: el aserradero. Campos y prados se extienden hasta el río. Un trecho río arriba, poco antes de llegar a una vieja presa, hay un cobertizo medio en ruinas. En la otra orilla se yergue una pronunciada colina poblada de árboles.

La construcción de la derecha da cobijo a las vacas y las gallinas. Detrás, en una casita de madera elevada del terreno y con suelo cubierto de viruta y paja, se alojan los gansos. En un anejo que amplía en diez metros los más de treinta que mide el establo están los vehículos. También aquí, igual que en el granero y el establo, se accede por un portón y se sale por otro igual en la pared posterior. Mirando a la izquierda, desde allí se divisa el redil, junto al huerto; al frente se ven campos cercados y el terraplén de la vía férrea y, tras los raíles, a cierta distancia pero claramente reconocible, la finca de Henner.

La granja de los Brendel y la de Henner son las mayores del lugar. Dicen que en esta última todo sigue como antes de la guerra: los muebles, las estufas, los suelos, los ventanucos que no cierran bien. En invierno probablemente hace frío. En este aspecto los Brendel son más modernos, cuentan incluso con calefacción central. Al entrar en la casa se accede a un pequeño recibidor. A izquierda y derecha se abren puertas que dan a la cocina y las habitaciones; todo recto, una escalera conduce arriba; tras la escalera están la puerta por la que se sale al huerto y la entrada al sótano.

Los cuartos de abajo los ocupan Siegfried, Marianne y Lukas; los de arriba, Frieda y Alfred; la buhardilla es nuestra, de Johannes y mía.

En la cocina, que es la estancia más grande, se conserva la vieja cocina económica, que aún puede usarse, pero la abuela Frieda se acostumbró hace tiempo a la eléctrica. Los asientos tienen más años que ella, al igual que la gran mesa de comedor y la sólida alacena. Sólo los armarios colgados de la pared y una encimera datan de los tiempos de la RDA. Todo está limpio y ordenado, aunque siempre a oscuras. Ahora, en verano, las ventanas suelen permanecer abiertas. Son ventanas antiguas, con manija giratoria; de los marcos se desprende pintura blanca cuarteada. El techo, bajo, resulta opresivo y protector a la vez.

Siegfried, el padre, está sentado a la mesa. Dada la imponente sombra que desde fuera

proyecta el castaño, por las ventanas sólo entran pequeños jirones de luz vespertina. Nadie habla; los rostros de la familia están tan poco iluminados que apenas los distingo.

Poco a poco van sentándose los otros. Marianne, la madre; Frieda, la abuela; el viejo Alfred, al que antes habrían llamado mozo; Johannes y Lukas, los hermanos.

Siegfried corta una gruesa rebanada de consistente pan y la unta con mantequilla. Encima pone unos trozos de pimienta roja que su mujer ha partido. Come despacio, sin decir palabra.

—Me alegro de que ahora podamos comprar pimientas, son muy sanas, ¿lo sabíais? — comenta luego, sonriendo. Y mira hacia arriba sin levantar la cabeza.

Los hijos no responden.

—Pronto habrá muchas más cosas —afirma su mujer asintiendo.

Siegfried coge el plato del pimienta y se lo ofrece a Frieda:

—Toma, madre —dice, animándola.

Yo miro alrededor, intento entender las normas que rigen en esta casa; no llevo mucho tiempo aquí. Un domingo por la mañana, en mayo, Johannes me dijo: «Hoy te vienes a casa. Mis padres quieren conocerte.» Y me quedé, ya no me fui. Ahora estamos en junio.

Comemos en silencio. Escucho los ruidos de los demás al masticar. Al que más se oye es a Alfred, que farfulla sin mirar a Siegfried:

- *Liese* parirá esta noche. Tiene toda la pinta.

Siegfried asiente y mira por la ventana hacia el establo.

Johannes se levanta pesadamente con la mirada baja.

—Me voy. He quedado con unos amigos en la ciudad.

—¿En moto? —pregunta Marianne, que también se pone de pie.

—Sentaos.

La voz del padre tiene ahora ese deje bajo, amenazador, que me gusta e infunde cierto miedo. A los demás no los asusta.

—¿No me llevas contigo, Johannes? —le pregunto, clavando la mirada en su cabeza gacha.

Sin embargo, él no me mira. Ni responde. Continúa de pie y luego sale de la habitación. En silencio.

Una carretera pasa por delante de las dos granjas y dos estrechos caminos conducen hasta las casas. Al otro lado de la carretera, a unos trescientos metros de las fincas, se encuentra el pueblo. La carretera del pueblo está flanqueada de tilos, que ahora, en junio, exhalan una intensa fragancia. Cerca del puente que cruza el río se halla el bar, el Linden.

Detrás se alinean las casas y granjas de menor tamaño, correos, el economato y la iglesia dispuestos en círculo alrededor del pequeño lago. Angostas callejuelas serpentean entre las casas y llevan hasta otras casas y granjas. Uno de esos caminos que arrancan del centro del pueblo en forma de haz conduce directamente hasta dos construcciones de cemento alargadas que parecen estar en el campo por error: las oficinas de la cooperativa de producción agrícola local. Y detrás, orgullosa, la gran porqueriza comunitaria.

Es un pueblo especial. Ni la guerra ni la RDA pudieron con él, como le gusta decir a Frieda. Aparte de algunas casas y la cooperativa no hay muchas cosas nuevas. Algo así ya no se encuentra a menudo, y los fines de semana viene gente de la ciudad a dar una vuelta.

Las gallinas corretean por fuera. Marianne se ha olvidado de encerrarlas en el establo. Frieda se asoma a una de las ventanas de arriba y grita:

—¡Marianne, vendrá el zorro por las gallinas! Después de veinte años sigues sin enterarte. Cuando oscurece, hay que meterlas en el establo.

El viejo castaño proyecta sombras sobre la casa entera pero, según ha anunciado Siegfried, pronto lo talarán. Quiere plantar uno nuevo; éste ha crecido demasiado.

Marianne se acerca al final del granero y sigue con la mirada a su hijo, que se marcha estrepitosamente en su MZ negra. Le he cogido una pañoleta del armario y me la he echado por los hombros. La observo desde la puerta de casa.

—Te queda bien—dice ella cuando vuelve, y añade—: No le pasará nada.

Yo no me preocupo. Es ella quien no pegará ojo hasta que su hijo haya regresado. Últimamente ha habido varios accidentes mortales en la carretera. En uno de ellos murió un amigo de Johannes. Yo estoy tranquila, fumando y echando el humo al aire fresco del campo; después la ayudo a encerrar las gallinas.

Casi es medianoche cuando oigo el petardeo de la moto y luego el motor que se apaga. Las habitaciones de la buhardilla acumulan el calor diurno; me he quitado el vestido de verano y llevo un camisón blanco que encontré en uno de los numerosos arcones que hay aquí arriba. Seguro que antes lo usaba Frieda.

Si miro por la ventana trasera, ante mis ojos se extienden el paisaje ondulado y el susurrante río; veo los bosques y el ganado en los pastos. Por la parte delantera diviso la granja y la fronda del castaño, que se llena de pájaros; y por el tragaluz, los campos, el redil y la vía férrea hasta la finca de Henner. Hasta que vine aquí no sabía lo bonito que es este paraje. Por el momento, no puedo imaginar un lugar mejor.

Sin embargo, ahora es de noche, así que sólo veo a Johannes, que mete la moto en el cobertizo, sale, enciende un cigarrillo y mira hacia arriba. No puede verme. He apagado la luz para no tener que aguantar las arañas que se descuelgan del techo por hilos transparentes. Me dan asco, pero sé que a él le parece ridículo ese miedo infantil mío.

Ha estado en la ciudad, con los artistas.

Cuando entra en la habitación, finjo dormir. Se desviste y tira la ropa al suelo de cualquier manera, se cepilla los dientes lo justo, como siempre. Es tarde y mañana tendríamos que salir temprano. Volveré a mentir, diré que no tengo clase hasta tercera hora, y así me quedaré en la cama hasta que él vuelva. Johannes está en último curso; vamos al mismo instituto, él a duodécimo y yo a décimo. Cuando aún vivía con mi madre y mis abuelos, tenía que bajar a diario del monte a la pequeña ciudad —tres cuartos de hora de caminata— y después coger el autobús para llegar a la capital del distrito. En total tardaba alrededor de una hora y cuarto. La vuelta no era tan rápida, pues era monte arriba.

Ahora casi siempre voy al instituto en moto, con Johannes, pero desde hace algún tiempo no aparezco mucho por allí. Ya ni sé las faltas que acumulo. Soy consciente de que no voy a aprobar. Me paso las mañanas leyendo y fumando; por la tarde solemos dar una vuelta por el campo, a veces vamos a la ciudad, al Künstlercafé. Allí se bebe vodka y vino incluso antes del anochecer y la gente habla sin parar. A Johannes le gusta; yo aún no sé qué pensar.

Después subimos la escalera hasta nuestra habitación poblada de arañas y nos amamos. Johannes apaga la luz; bajo las sábanas es cariñoso y tierno, nunca me ha hecho daño. Es el primer hombre con quien estoy. Creo que lo quiero.

## 2

A la mañana siguiente, a las diez —hace rato que Johannes está en el instituto—, el suelo vibra bajo mis pies descalzos. Estoy ante el espejo del lavabo, cepillándome orgullosa mi largo pelo; sin embargo, no puedo pasar por alto los golpes. Vienen de la habitación de abajo, de Frieda. Está en la alcoba de Alfred y golpea el techo sujetando la escoba con sus encallecidas manos. No hay nada que hacer, debo bajar. De lo contrario se pondrá a aporrear el radiador con un cucharón hasta que vaya. Sabe que hago novillos. No lo aprueba pero, ya que me quedo en casa, bien puedo echarle una mano en la cocina. Es una mujer práctica.

En la repisa de la ventana del hastial descansa mi libro; la verdad es que pensaba ir al huerto a leer. Ahora estoy algo enfadada con Frieda, pero no hay remedio. El destino de Dimitri Karamázov tendrá que esperar a que las patatas estén peladas y las cebollas cortadas.

Pobre Dimitri, ¿te hará caso Grúshenka?

Para darle a entender que me he enterado, golpeo tres veces el radiador con el mango del cepillo. No puedo patear el suelo, porque entonces cae pintura desconchada en el piso de abajo y Alfred tiene que limpiarla. Antes de bajar abro la ventana, riego las jardineras de espliego y me fumo el primer cigarrillo. Un agradable mareo me obliga a sentarme un momento en el suelo; luego me apoyo contra el alféizar de la ventana y miro fuera. Marianne está delante del establo, contemplando el ternero recién nacido. *Liese* lo ha conseguido. Estuvo luchando de tres a cinco de la madrugada y al final, con un poco de ayuda, parió un sano ternero. Siegfried acudió a eso de las cuatro, estuvo observando un buen rato y al cabo se puso el largo guante de goma en el robusto brazo, ató una cuerda a los cuartos delanteros del ternero y lo sacó. Ahora el animal se halla debajo de la madre, con patas temblorosas y mamando la primera leche de las ubres. Luce el sol. Más tarde puede que vaya a tumbarme a la orilla del río con Johannes y le alborote el pelo rubio, al parecer lo único que tiene de su padre: ese abundante cabello rubio. Cuando el calor nos haya cargado las pilas, iremos al viejo cobertizo que hay junto a la presa a hacer el amor. Así lo llama Marianne cuando se planta ante la puerta del cuarto de baño, que no puede cerrarse con llave, y Johannes y yo estamos bañándonos juntos. «¿Es que estáis haciendo el amor? ¿Si no, por qué tardáis tanto? De un momento a otro va a entrar Siegfried, y no quiero que te vea desnuda, Maria.» En esos casos no puedo evitar soltar una risita, y Johannes mete la cabeza en el agua.

A mediodía hay plato único, un guiso con carne sacrificada en casa, naturalmente. En realidad soy vegetariana. Desde que un Domingo de Pascua mi abuela Traudel me puso delante una liebre asada, y después de comer mi abuelo Lorenz me explicó que se trataba de *Matze*, mi liebre

preferida, no he vuelto a probar la carne. A la pobre *Matze* la vomité. Por aquel entonces yo tenía doce años, de eso hace ya casi cinco.

A Siegfried no le gustan los vegetarianos, aunque antes no conocía a ninguno. Los domingos me sirve el mejor trozo de carne, sin decir nada, que yo devuelvo también sin decir nada. Pero algunas veces he probado un pedazo a escondidas, y está muy buena.

Como de costumbre, hablar se habla poco. Siegfried no es persona de muchas palabras, como la mayoría de los hombres del pueblo, pero cuando habla, nosotros callamos y escuchamos, aunque diga sandeces, cosa que tampoco pasa muy a menudo.

Parece cansado. Ya lleva en pie ocho horas y aún le quedan otras ocho. En el aserradero hay que hacer tablones con los troncos, y también hay que llevar las ovejas a otros pastos, arreglar una cerca rota y limpiar el establo. Se ordeña dos veces al día, a las cinco de la mañana y a las cinco de la tarde. El camión de la leche pasa cada dos días a vaciar el depósito refrigerado.

Marianne tiene trabajo en la tiendecita. En primavera, Siegfried convirtió el antiguo trastero contiguo a la cocina en un comercio. Es muy pequeño, ni siquiera llega a nueve metros cuadrados. Por una puerta estrecha pintada de blanco, que en verano permanece abierta, se entra en un cuarto sin ventanas, en cuyas paredes hay baldas sencillas hechas de tablas enceradas con cera de abeja procedentes del aserradero de la casa. Pueden comprarse los productos de la granja: huevos, leche, pan —horneado por Frieda—, carne y embutidos de oveja, vaca y gallina, algunas hortalizas y frutas, calcetines de lana propia y más adelante, antes de Navidad, gansos. Las ovejas y las vacas se sacrifican fuera; las gallinas y los gansos, por el contrario, en el sótano.

Al entrar en la tienda se oye el grave tintineo de un móvil, lo primero que compró Marianne en la otra Alemania, meses después de que se abriese la frontera, acontecimiento que aquí, en la granja, pasó prácticamente inadvertido. Por televisión vieron las imágenes de Berlín como si fueran de otro país y Frieda dijo: «Vivir para ver...» Marianne lloraba y Siegfried asentía. No paraba de mover la cabezota arriba y abajo, después fue a echar de comer a los animales. Así lo cuenta Johannes, que estaba como loco y, de haber sido por él, habría ido a Berlín en ese mismo instante. Pero Siegfried no le dejó.

Estamos sentados a la mesa, a las cabeceras Siegfried y Frieda; en uno de los lados, de espaldas a la ventana, Alfred y Marianne; frente a ellos, yo. Los hijos aún no han vuelto del instituto. A pesar del cansancio, Siegfried está de buen humor. Le lanza una mirada ambigua a su mujer, que sonrío sin decir nada. Corre el verano de 1990. Hay que dar la vuelta a la hierba.

Por la tarde estamos todos con horcas en uno de los grandes prados junto al río. Siegfried, Frieda, Marianne, Lukas, Johannes, Alfred y yo.

Alfred lleva aquí toda la vida. Sólo ha salido de la granja una vez, unas semanas.

La madre de Alfred, Marie, era moza de cocina y se casó con el mozo Alwin en 1933. Cinco meses después Alfred llegaba al mundo. Por aquel entonces, Frieda ya tenía tres años; hay fotos tuyas. Era una niña menuda y regordeta con trenzas abultadas, y estaba como loca con el pequeño Alfred. Era la menor de las dos hermanas Schenke. Anneliese ya iba a la escuela, mientras que Frieda se pasaba el día entero paseando al pequeño Alfred por la granja, acostándolo entre las flores del campo o llevándolo por el huerto en una carretilla. Los dos hermanos de Frieda, de tres y cinco años, habían muerto de una gripe grave. Cuando murieron, les pusieron el traje de los domingos, los tendieron en una sábana blanca y, por primera y última vez, fueron retratados por el maestro fotógrafo de la pequeña localidad de G. Las fotos, enmarcadas, se colgaron en el salón de

las visitas, sobre la cómoda de las mantelerías.

Me corre el sudor por la cara. De mala gana, vuelvo corriendo a la casa y me ato un pañuelo a la cabeza, como las otras mujeres. Los ojos me escuecen del polvo del heno, las piernas —con picaduras de mosquitos y arañadas por el heno— me pican una barbaridad. La horca me resulta muy pesada. A pesar de sus más de sesenta años, Frieda trabaja como una mula y sin quejarse. Marianne también brega en silencio. Johannes me lanza una mirada de advertencia; como mucho serán las cuatro, aún nos quedan horas de faena por delante. Veo que Alfred se saca una petaquita del bolsillo de los pantalones y bebe de tapadillo con fruición. Yo también tengo sed. Al parecer, Frieda es de las que leen el pensamiento, pues deja de trabajar, se apoya en la horca y me dice:

—Ve a la cocina por unas botellas de agua y unos bocadillos. Vamos a descansar un poco.

—¡Voy! —exclamo, y cruzo el campo a la carrera hacia la casa.

Cuando vuelvo, se oye el chirriar de las máquinas en el aserradero. Ahora en el campo sólo quedamos las mujeres. Bueno, no sólo, porque Alfred también está, pero él no cuenta. Lo único que hace por sí mismo es darse a la bebida, cosa a la que se entrega en silencio, como es habitual en él. Por lo demás está supeditado a Frieda; es así desde los tiempos en que ella lo paseaba por toda la finca y cuidaba con infantil torpeza del retoño de la moza. Ahora es demasiado tarde para pensar en emanciparse. Sin mujer ni hijos, Alfred pasó a ser un apéndice de la familia, casi como un hijo. Al fin y al cabo, tras el fallecimiento de los dos chicos Schenke, era el único muchacho, y cierta esperanza hacía que sus propios padres dejaran cada vez más a su hijo al cuidado de Ingeborg y Wieland Schenke, los padres de Frieda. Ésta quería con locura al pequeño y probablemente pensarán que, llegado el momento, tal vez incluso acabaría amándolo y se casarían y él se haría cargo de la finca. A decir verdad, todavía se rumorea que Volker, el primogénito de Frieda, es hijo de Alfred. En cualquier caso, beber también bebe. Pero con quien ella se casó fue con el hijo de Brendel, Heinrich, un vástago fuerte y capaz de la familia del maestro del pueblo. También él solía jugar de pequeño en la granja, también él recibía los cuidados maternos de la pequeña Frieda con una pasión implacable que más tarde, cuando ella tenía diecisiete años escasos, se transformó en abnegado amor. Y luego la granja de los Schenke pasó a llamarse Brendel.

Poco después de casarse con Heinrich, en 1948, llegó al mundo el primer hijo de Frieda, Volker. Semanas antes del nacimiento, Alfred desapareció de pronto; ¿juicio de la posible paternidad del fugitivo? Frieda lo negó rotundamente, de manera que un manto de silencio cubrió la enojosa conjetura. Algún tiempo después reapareció Alfred, andrajoso y flaco, como un perro apaleado. Al verlo, su madre se desplomó ante el fogón.

Marianne se deja caer sobre un montón de heno. El pañuelo rojo de la cabeza se le ha resbalado hacia atrás, dejando al descubierto su abundante melena. Parece joven, allí tumbada, con los labios recién humedecidos por el agua, la falda subida, las piernas recias. Tiene treinta y nueve años; los hijos, dieciocho y doce.

—Mamá —dice Johannes—, la falda...

Ella ríe y bebe otro trago largo de la botella. A continuación se levanta y mira hacia el aserradero.

—Ahora mismo vuelvo —nos dice cuando ya ha echado a andar—, no tardaré.

Johannes se tumba a mi lado y apoya la cabeza en mi regazo. Le quito el polvo de la cara con un poco de agua y le pongo las manos frías en los ojos. Noto que alguien nos mira por la



izquierda: Lukas nos está observando. Sólo Frieda escruta el río; con los pies como enraizados en la tierra, las piernas separadas y apoyada en la horca, mira fijamente. También nosotros miramos, pero no vemos nada del otro mundo, únicamente el agua, que fluye como todos los días. Más allá, en el aserradero, las máquinas han enmudecido.

Son más de las diez cuando por fin nos sentamos a la mesa. En una gran fuente de porcelana hay fiambre dispuesto en lonchas finas. Al lado, un cesto con pan moreno, mantequilla en un cuenquito de cerámica, una botella de vino y un pastel de limón. Como igual que si no lo hubiera hecho en días, incluso un poco de carne, lo que lleva a Siegfried a asentir en señal de aprobación. En su opinión deberíamos buscar a alguien que nos ayudara a recoger el heno, Volker podría dejarse caer, para variar. Pero es que Volker no está, contesta Frieda, irritada. Los hermanos de Siegfried son el talón de Aquiles de Frieda. Volker, el mayor, entró en la cooperativa con dieciséis años, en la porqueriza. Allí empezó a beber con otros. Hoy vive en un piso pequeño en la capital del distrito y, aunque sólo tiene cuarenta y dos años, ya no trabaja. No tiene ni mujer ni hijos. Todo ello recuerda tanto a Alfred que todos callamos, turbados, cuando se habla de Volker. Alfred es el único que dirige una mirada complaciente a Frieda, que lo castiga con su indiferencia. El hijo mediano, Hartmut, nada más cumplir los dieciocho, en 1967, solicitó un permiso para salir del país que le acarreó la detención inmediata. Dos años y medio después, sin que Frieda y Heinrich se enterasen, logró llegar a Alemania Occidental. No supieron nada de él hasta que encontró piso y trabajo en Rosenheim, Baviera. No tenían ni idea de que pretendía abandonar el país; Frieda todavía se lo echa en cara. Por el contrario Heinrich, el marido de Frieda, que murió hace unos años de cáncer, se sintió orgulloso de su hijo hasta el final, aunque no volvió a verlo.

Bebo un vaso de vino y pienso que nunca he estado tan cansada. Es mi primer verano en la granja Brendel, mi primer verano sin mi madre, mi primer verano con un padre, aunque no sea el mío.

Después de cenar subimos casi a rastras la escalera y nos vamos a la cama sin lavarnos ni los dientes. Antes de que me venza un sueño inusualmente pesado, decido no ir al instituto al día siguiente. De todas formas, la semana que viene empiezan las vacaciones, ya no vale la pena: el año está perdido.

### 3

Me despierto y estoy sola. Johannes se ha marchado al instituto.

Hoy sabré si Alexéi Karamázov llega a tiempo al monasterio para acompañar al *stárets* Zosima en su lecho de muerte. ¿Y por qué el *stárets* hace una reverencia hasta rozar el suelo ante Dimitri? El sol ya está alto, debe de ser casi mediodía. Abajo, en la cocina, tengo un plato listo; hay pan en un cuenco de madera, mantequilla bien fría y mermelada: la primera hecha en casa este verano. Siegfried me saluda en la escalera con una sonrisa inusitadamente amistosa, y a Marianne la oigo reírse en la tiendecita. *Selma*, la gata, se roza contra mis pobres piernas, destrozadas por el trabajo de ayer. Pocas veces he sido tan feliz. Tengo las mejillas sonrojadas por el sol, los brazos y la nuca incluso morenos, aunque el verano no ha hecho más que empezar.

La puerta de la tienda está abierta. Marianne ríe y bromea con Henner, que probablemente esté haciéndole cumplidos. Marianne aún es una mujer guapa, de complexión robusta, con una trenza oscura larga y gruesa, de mejillas rosadas, y siente debilidad por Henner. Seguro que él está comprando pan, pero puede que sólo haya venido para hablar, estando solo como está. Frieda dice que es un gruñón. Desde que su mujer lo abandonó, hace muchos años (es una historia sobre la que circulan distintas versiones), al parecer está bastante desbocado. Heredó la finca de su padre y en pocos años la arruinó, o eso comentan en el pueblo. Sólo tiene buena mano para los caballos, probablemente incluso sienta pasión por ellos. Al parecer son unos trakehner de primera.

Siegfried dice que lo que acabó con él fue la RDA. Un hombre con esa fuerza que se ve obligado a cultivar la tierra y no puede trabajar en la cooperativa... Alguien como Henner debe hacer su santa voluntad.

A veces hasta se le olvida dar de comer a los perros, cuando sale en busca de líos de faldas y juerga. En tales casos los perros vagan por los alrededores y matan ovejas. Siegfried también ha perdido corderos por culpa de los dogos y no ve con buenos ojos que su mujer bromea con ese calavera. Pero no cabe duda de que Henner es un hombre impresionante, dicen que incluso leído. En su casa tiene una estantería llena de libros, lo nunca visto. La gente del pueblo comenta que ha salido a su madre, que vino de la ciudad y era igual de excéntrica.

—¿Sigue Maria con vosotros? —lo oigo decir—. Habéis traído al nido un bonito polluelo. — Y suelta una carcajada.

—Es una muchacha encantadora, pero no está hecha para la vida en la granja —le responde Marianne.

—Ya lo imagino, no se quedará. Se irá a la ciudad a estudiar, ya lo veréis.

—Ya, ya, pero ¿qué vamos a hacerle? Johannes está loco por ella. La chica se pasa el día leyendo y no va al instituto.

—¿Ah, sí? Pues mándala al establo, y verás como se le quitan las ganas de leer. —Y ríe de nuevo.

—Mira quién fue a hablar... —replica Marianne, cuyo tono se vuelve un tanto crítico—: Si tú siempre andas enfrascado en libros... Pero ya veremos, Henner, las cosas caerán por su propio peso, la chica no lo tuvo fácil en casa.

Mi felicidad recibe un duro golpe. Dejo el pan y voy a la tienda. Allí están, mirándome.

—Lo he oído todo —digo, alzando la cabeza.

—Vaya, vaya —comenta Henner—, y además es descarada, aunque toda una belleza. Ahora entiendo a Johannes.

Me da un repaso descarado, Marianne frunce el cejo y yo le sonrío antes de salir.

El joven Karamázov lo ha conseguido. El *stárets* Zosima sigue con vida, pero tras su muerte sucede algo imprevisible.

Debo echar una mano. Aquí nadie me toma en serio, y puede que con razón. Voy al huerto por cebollas, colinabos y zanahorias. Frieda está atareada en la cocina. Hace tanto ruido con las cazuelas que se la oye hasta en el huerto, detrás de la casa. Antes ha llegado correo. De su hijo Hartmut, de Rosenheim. Más tarde veo el sobre abierto, saco la carta y leo:

Querida madre:

Jamás creí que podría verte de nuevo, pero por fin ha llegado el momento. Alemania volverá a ser una. Padre se habría sentido muy feliz. No sé muy bien qué decir, ha pasado mucho tiempo y nunca se me ha dado bien escribir cartas. Preferiría hablar contigo. Si te parece bien, iré a veros, a casa, la tercera semana de julio. Con mi familia: Gisela y los niños, Robert y Anna. No sabes las ganas que tengo. Perdona por no haberte avisado antes. Os habría puesto en peligro a todos. Te escribí desde la cárcel, pero no enviaron las cartas. También te escribí después, pero nunca me contestaste.

Siento mucho lo que ha pasado. Me he armado de valor para escribirte ahora, aunque llevo veinte años sin saber nada de ti.

Tu hijo Hartmut

P.D.: Si no me dices nada, entenderé que estás conforme: la tercera semana de julio, el lunes, pero no antes de mediodía. Hasta vuestra casa hay un largo camino.

Cuando vuelvo, Frieda está sentada a la mesa de la cocina. Dejo la verdura encima y anuncio: «Hoy cocino yo.» Ha estado llorando. En las arrugadas manos tiene un pañuelo estrujado, también su cara está ajada. Los finos labios se le contraen: debe de haberse olvidado la dentadura. El pelo cano, que lleva recogido en un moño en la nuca, le ralea, le veo el cuero cabelludo. Ella asiente, se levanta, saca un cuchillo afilado del taco de los cuchillos y me lo tiende sin decir palabra. Y así es como preparo mi primera sopa. Estuve observando a Frieda, y lo hago como ella. Cojo una cucharada de manteca de la gran orza y la echo a la cazuela. Rehogo en ella las cebollas, el ajo y dos hojas de laurel. A continuación las patatas, las zanahorias, el apio, el colinabo, después caldo de carne, sal, pimienta y hierbas aromáticas. En la mesa hay canteros de pan, que después mojaremos en la sopa. Siegfried la quiere con carne, así que, poco antes de que esté lista, pico en trocitos lo que queda del asado de ternera y lo añado. Lo cierto es que sabe como la de siempre,

estoy muy orgullosa.

Siegfried no parece percatarse de nada, toma la sopa como de costumbre, lenta, educadamente.

—Pon la mano en la mesa —me advierte Marianne, pues yo la tenía apoyada en la pierna.

Cuando hemos terminado, Marianne me dice en voz baja:

—Dale las gracias a Frieda.

No puedo evitar sonreír, y respondo obedientemente:

—Gracias, Frieda, por esta sopa tan rica.

—¿Por qué me da las gracias, si la ha hecho ella? —replica, y me mira con expresión interrogativa.

Ahora el padre me observa mientras sonrío satisfecho y asiente varias veces en señal de aprobación.

—Vaya —observa Marianne—, conque se ha puesto a cocinar; algo útil, para variar.

Johannes vuelve del instituto a primera hora de la tarde. Son los últimos días; tiene el bachillerato prácticamente en el bolsillo. Arriba, en nuestras dos habitaciones, hay libros por todas partes. Ha estado estudiando mucho. Es el último verano del instituto. Nadie sabe aún lo que vendrá después, al fin y al cabo ahora hay opciones.

Me coge de las manos y me lleva a la cama.

—Ven —me dice—; aquí arriba hace calor, quítate el vestido.

Lo sigo sin rechistar. La ventana está abierta de par en par, fuera gorjean los pájaros, como ebrios de dicha estival. Las arañas no se dejan ver, sólo salen de noche para tejer sus finos hilos. Johannes me tapa la boca, no quiere que nadie nos oiga; no quiere que nadie sepa cómo suena el amor.

Han pasado dos semanas. Estamos en julio, ahora tenemos marcos de la RFA. No ha llovido nada, ya se ha recogido la primera hierba, Johannes ha salido airoso del examen final y tiene un certificado en la mano. Los padres, los abuelos maternos y Frieda le dan dinero. Sobre todo Frieda. Decidimos ir a Múnich; es mi segunda visita a la zona occidental.

De la primera no quiero acordarme. Ponerme a la cola de la bonificación monetaria que concedían a modo de bienvenida a quienes entraban en la RFA fue humillante, mortificante la mirada de un frutero y verdulero cuando le pregunté por el nombre de algunas frutas y cómo se comían. Antes pasamos horas en el puesto fronterizo, muertos de frío; había caído la primera nieve —una nieve temprana— y no estábamos preparados para toparnos con los cientos de coches que querían cruzar la frontera. Esperamos un montón de horas en el coche helado sólo para coger ese dinero y ver por fin con nuestros propios ojos Alemania Occidental. Menudo fiasco. La expectación creada durante toda mi vida nada pudo ante la realidad de un día de noviembre frío y con aguanieve. La única tienda en la que entré fue aquella frutería cuyo propietario nos miró con frialdad. Llevábamos escrita en la cara nuestra procedencia.

Ésta es la segunda vez, en verano. El viejo Wartburg gime debido al esfuerzo de un trayecto inusualmente largo; sin embargo, al otro lado de la frontera las carreteras mejoran de repente. En el puesto fronterizo enseñamos los carnets y nos indican que podemos pasar. Aún nos resulta increíble. Seguimos sin más.

En la autopista nos adelantan hasta los camiones grandes. Fumamos con las ventanillas bajadas, sintiéndonos felices. Al cabo de casi seis horas llegamos a Múnich. No tengo dinero, pero aunque lo tuviera no sabría qué comprar. Hay de todo, no sería capaz de decidirme. Sin

embargo, Johannes tiene un plan. Caminamos un rato, pasamos por delante de las tiendas y entramos con los demás, salimos y seguimos andando, él me aprieta demasiado la mano, me suelto y miro, miro, miro. La parte occidental suena y huele de otra manera.

En un café de una calle peatonal, Johannes me deja sentada mientras va «por algo». Pero antes pide con una naturalidad insólita. Me pregunto qué habrá ido a buscar, aunque en realidad me da lo mismo. Estar ahí sentada, observando y tomando un café con leche con una porción de tarta riquísima, sin duda es más de lo que puedo asimilar. Miro a la gente. Aquí es tan distinta, tan segura de sí misma, tan superior, tan indescriptible... Me acabo el café, pido otro y una copa de vino. Tengo una libretita. Me había propuesto poner por escrito cuanto viera y no conociera, lo que he deseado a veces. Y ahora me doy cuenta de que no conozco nada, tendría que escribirlo todo, empezando por el olor de las tiendas y siguiendo por la limpieza de las calles, las fachadas claras de las casas, la moda femenina y el café delicioso, por la belleza de las mujeres, sus piernas y axilas depiladas, su piel tersa y delicada, las miradas de flirteo de los hombres, las aguas turquesa del río Isar, la ligereza. ¡Y esos colores! No escribo nada, y de pronto me siento mal. Quiero que vuelva Johannes y me lleve a casa. Ahora mismo. Paso del entusiasmo a la desesperación en cuestión de segundos. Me siento pobre, fea, sola. También llevo un vestido bonito, pero hay algo distinto en mí, y no sé qué es, no puedo decir más. Ya no soy capaz de disfrutar de nada; espero a Johannes inquieta, temblorosa. De pronto pienso: ¿y si no viene, y si no me encuentra? Entonces, ¿qué haré? Y en voz baja repito: «Ven, ven, ven, Johannes, ven ya, por favor...» En la mesa de al lado una parejita sonrío y me mira. Busco un rostro, el suyo, entre la marea humana. Bebo apresurada y torpemente de la copa panzuda, unas gotas de vino tinto manchan mi vestido claro y me avergüenzo de todo.

Por fin, por fin diviso a Johannes, que viene con una bolsa de plástico blanca.

Está radiante —algo que se me antoja totalmente inoportuno—, se sienta conmigo, pide asimismo una copa de vino, bebe deprisa y no para de besarme.

—¿Por qué has tardado tanto? —lo apremio en tono de reproche.

—Ya lo verás... —susurra risueño—. Es una sorpresa, la abriremos en casa —añade con aire misterioso.

Cuando nos traen la cuenta, casi no podemos creerlo: 21,50 marcos. Una fortuna, pero nada en comparación con lo que Johannes acaba de gastarse.

Después volvemos a casa, aquí ya no tenemos nada que hacer. A casa, qué bien suena. Cuando llegamos ya es noche cerrada, no hay ni una sola luz encendida, sólo se oye un mochuelo. Johannes va al sótano por una botella polvorienta de vino, y yo bebo como si estuviera muerta de sed, sin saciarme.

—Johannes, trae otra —le pido.

—No, mi padre se dará cuenta y se enfadará.

—Échame a mí la culpa —respondo, y él va y vuelve poco después.

Sobre nuestras cabezas las arañas se sienten molestas, emprenden la retirada suspendidas de sus hilos. Voy hasta el sofá haciendo eses, me dejo caer hacia atrás; el vestido se me sube. Johannes desenvuelve la sorpresa. Me llama para que me acerque, un agradable mareo me impulsa por la habitación; es una cámara, una cámara muy, pero que muy buena, como él no deja de asegurarme cuando clavo la vista en la factura sin dar crédito: 1.980 DM, y ni siquiera es nueva.

—Ahora podemos ir a donde queramos, ya no hay fronteras —afirma mientras desenrosca el

objetivo—, y voy a fotografiarlo todo, pero especialmente a ti.

## 4

Hoy voy a visitar a mi madre. Tardo unos cuarenta minutos a pie. El camino discurre en paralelo a la carretera y después atraviesa los campos. Vivimos en uno de los pueblos más grandes, de unos quinientos habitantes. No es ni la mitad de bonito que el de los Brendel, accidentado y sin núcleo central. Aquí sólo quedan tres fincas, aunque a las afueras han construido varias manzanas nuevas de pisos de primera, como solía decir la abuela Traudel. Mi madre y yo no opinábamos lo mismo: los pisos son pequeños, no tienen huerto propio y se oye toser a los vecinos.

Nosotros, en cambio, vivimos en la parte antigua del pueblo. Nuestra casa está en un buen sitio, justo enfrente del lago. Por delante discurre una callejuela con numerosos árboles frutales, donde cuando éramos niños pasábamos tardes enteras. No es que sea la casa más vieja del pueblo, pero sí, con diferencia, la más anticuada. El abuelo Lorenz ha rechazado todas las innovaciones; por no tener no tenemos ni retrete. No sé sus motivos, pero la abuela Traudel dice que quería castigarla, porque ella siempre ponía por las nubes las casas nuevas y al hacerlo le dirigía miradas de reproche.

Al alcance de la vista quedan la panadería y la fonda. La parte nueva del pueblo cuenta con un gran economato, la casa consistorial con una pequeña biblioteca, un parvulario y la escuela primaria y su huerto didáctico. Allí cultivábamos nuestra propia verdura, y en los meses de verano incluso abastecíamos a la cocina escolar.

Desde nuestro huerto se ven la iglesia y la casa del pastor. Éste no tiene a su cargo únicamente nuestro pueblo, sino también los municipios aledaños. No es que tenga mucho trabajo, pues a la iglesia prácticamente sólo van los ancianos. Yo era amiga de algunos de sus siete hijos. Todavía recuerdo cuánto me gustaba rezar antes de comer, cuando niños y adultos decían a coro: «Todos los ojos están puestos en ti, Señor. Nos proporcionas alimento en el momento oportuno. Abres tu mano y colmas de dicha a cuanto tiene vida.» Y de lo triste que me quedaba cuando cenábamos en casa, a solas con mi madre, sin rezos y a menudo sin hablar siquiera.

Nuestra casa está pintada de un tono pardo rojizo y tiene detrás el gran huerto, que no se ve desde la calleja. Hay en él dos cerezos, un manzano y un peral, algunos groselleros, frambuesos y fresales, varios surcos de lechugas, zanahorias, cebollas, patatas y hierbas como perejil, cebollino y eneldo, un conejar y un gallinero.

Cuando llego, mi madre está en el huerto, leyendo en una tumbona bajo el manzano. Se ha quedado muy delgada. Las flacas piernas asoman por debajo del vestido y me avergüenzan. Aquí

es la única que tiene libros. *Effi Briest* y *Ana Karenina* siguen siendo sus favoritos indiscutibles. Yo también he pasado unas horas estupendas y he soñado y sufrido mucho con ellos.

La abuela Traudel no lo veía con buenos ojos —a fin de cuentas, ella sólo lee el periódico—, pero con el tiempo acabó acostumbrándose. Mi madre heredó la afición a la lectura de sus padres, Sigrun y Hanno. Sigrun descendía de la burguesía hamburguesa, pero dos años después de la guerra, cuando tenía dieciocho años, se enamoró de Hanno Breede, que era comunista. Ella lo siguió hasta el norte de la zona de ocupación soviética. Allí, en Heideland, encontraron una casa y se instalaron. Aquello supuso un golpe considerable para la familia de Sigrun, y Hanno nunca fue santo de su devoción. Tuvieron cinco hijos: Ernst, Wilhelm, Hannah, Torben y Walther. De manera que mi madre era la mediana y la única chica. Perdieron al primer y al último hijo. Ernst murió nada más nacer, y Walther se cayó por una ventana de la casa a los cuatro años. La altura no era considerable, tan sólo tres metros y medio, pero el niño murió en el acto. Hanno trabajó de redactor en el periódico de la ciudad más cercana, después se puso al frente de la cooperativa de producción agrícola local.

—Vaya, por fin —dice mi madre, levantándose—. Dime, ¿qué tal con los Brendel? ¿Cómo te va? —Ladea la cabeza a la izquierda—. ¿Estás yendo a clase? No te has llevado los libros de física y matemáticas.

Ni siquiera intento mentir, pero como tampoco quiero asustarla más de lo necesario, respondo:

—Estoy bien con los Brendel, me han aceptado como a una hija... pero a clase no voy mucho... aunque a ellos tampoco les hace gracia. —Ella me mira, suplicante, expectante, y añade—: No lo sé, mamá... puede que no me saque el bachillerato, tal vez entre de aprendiz en algún sitio o me quede echando una mano en la granja. Todavía no lo sé. Creo que no podré terminar el instituto.

Me mira consternada. Ha depositado en mí sus esperanzas, pero yo no puedo colmarlas.

—Ya —se limita a decir, y tras una larga pausa añade—: En ese caso tendrás que buscar trabajo. El nuevo curso de formación empieza en septiembre, no falta tanto.

No sé qué responder. Esperaba que se pusiera a gritarme y me obligara a seguir en el instituto. A decir verdad, hasta me habría alegrado. Al fin y al cabo, ella es la madre y yo la hija.

Pero enmudece, así que pregunto con voz apagada:

—¿Has sabido algo de papá?

—Ajá —contesta, en un tono que se eleva en la segunda *a*—. Va a volver a casarse.

—¿Cómo? ¿Y con quién? —preguntó, espantada y al mismo tiempo encantada de que otro tema desvíe la atención de mi persona.

—Se llama Nastja y es de Leningrado, pero vivirán cerca de aquí. Creo que además está embarazada. —Parpadeo—. Por cierto, tiene diecinueve años —añade, apretando los labios.

—En ese caso puede que nos hagamos amigas —replico, absolutamente imperturbable, pero creo que mi madre no me ha oído.

Se ha cortado el pelo y parece cansada. La semana anterior cerraron la fábrica donde llevaba casi una década de oficinista. Lo que no entiendo es a qué viene ese cambio de peinado. Tenía un cabello precioso, muy abundante y ligeramente ondulado, mucho más bonito que el mío.

—Hemos de hablar en serio, Maria —dice ahora en tono trascendental, aunque su hilo de voz deja traslucir algo distinto—. Sabes que ya no tengo trabajo ni perspectivas de encontrar uno. Aún no sé qué voy a hacer. Está claro que uno siempre acaba saliendo adelante, pero ahora mismo ni siquiera sé de qué vamos a vivir. —Se toquetea las uñas—. Bueno... —continúa—, todavía me



queda algo de dinero de la venta de la casa, pero tu padre no me pasa tu pensión. Así que, francamente, lo mejor sería que aprendieras un oficio. Seguir con los Brendel es una idea descabellada, ¿no te parece?

Estamos frente a frente. No me mira. Está descalza, me da pena; me gustaría decirle algo, ofrecerle una solución, me siento incluso obligada a tener un plan, a fin de cuentas me he ido de casa, ¡con dieciséis años! Uno no se va de casa a esa edad sin tener idea de lo que va a hacer, pero a mí ahora no se me ocurre nada. Me siento completamente vacía.

Me mira, con esa mirada peculiar que inquiere: quizá tengas alguna idea para mí. Dímelas, María.

Pero ni siquiera la tengo para mí, mamá, ¿es que no lo entiendes?

Como siempre, aquí no se toma ninguna decisión a no ser que me encargue yo.

Qué vacío...

Entro en casa, subo la escalera hasta la buhardilla, a mi habitación, ese cuarto viejísimo con armarios del siglo pasado y una cama que probablemente sea igual de vieja, con colchones hundidos divididos en tres, sobre la que cuelga la reproducción en gran formato de un cuadro simbolista. Se titula *Ninfas y sátiro*, y en él me he perdido en sueños infinitas veces. Dicen que la ninfa del medio, una cuya cara se ve mejor y que lleva una cinta azul en el pelo, se parece a mi madre de joven. Se lo regaló su padre; le pega.

Mi mesa, bajo la ventana del hastial, está sepultada por montañas de libros y papeles. Saco algunas cosas, lapiceros, un bloc, fotos de pasaporte antiguas, un libro, cojo ropa del armario y lo meto todo en una maleta. Tendré que encontrar un trabajo, pienso, no tengo nada de dinero.

Dejo allí la maleta, pesa demasiado para un camino tan largo. Bajo la escalera, paso por delante de las dos habitacioncitas de mi madre y de la pequeña alcoba de Milda, la bisabuela, que se pasa los días metiendo restos de comida en bolsitas de plástico y escondiéndolas en los armarios, donde terminan criando moho, luego por delante de la vivienda de los abuelos, en la planta baja, y salgo por la puerta trasera al huerto, donde mi madre sigue debajo del manzano, sin moverse. La abrazo un instante con fuerza y prometo volver pronto. Después salgo a la calle y abandono el pueblo, me alejo, me alejo, me alejo, sólo quiero alejarme. No me tranquilizo hasta que dejo de ver el pueblo.

A la vuelta voy a campo través por el maíz. Las plantitas jóvenes ya me llegan a las rodillas, aún faltan más de dos meses para la cosecha. No suelo frecuentar este camino, que pasa por delante de la finca de Henner, y por tanto de los perros y los caballos salvajes que sólo él puede montar. En los días buenos sale a galopar por los campos, con los perros a su lado. Parece un terrateniente de otros tiempos. Es esa clase de persona, no un hombre moderno, sino uno de esos que parecen haber nacido en la época equivocada. Marianne dice que las cosas le van mejor, que por lo visto ha dejado de beber. Nadie acaba de creérselo, pero es cierto que la última vez que fue a la tienda estaba completamente sobrio.

El maíz me cosquillea en las piernas, el vestido se me engancha en las hojas. Lo aliso con las manos, que tengo insensibles después de ver a mi madre.

Diviso a Henner de lejos. Está en la dehesa con los caballos, lleva botas de montar, pantalones marrones ceñidos y una sucia camisa otrora blanca. Los perros están tumbados indolentes a la sombra de un manzano. El año anterior, según dijo Marianne, mataron a uno de los potros y Henner los molió a palos hasta hacerlos aullar.

Camino despacio, pensando en mi madre; parecía muy triste. ¿Qué va a ser de ella sin mi padre, sin trabajo, en casa de sus suegros? Esa tristeza me ha hecho huir. Me roba la energía del cuerpo y la alegría del corazón.

La verdad es que Henner es un hombre guapo. Me di cuenta la última vez que vino a la tienda: de cuerpo tosco, voluminoso, de movimientos siempre enérgicos, y sin embargo con un rostro refinado. Tiene unos ojos profundos, expresivos y oscuros, con arruguitas alrededor, y un rictus amargo en la boca, que desaparece cuando sonrío. No se le nota que bebe.

De pronto se da la vuelta. Como obedeciendo una orden invisible, los perros se levantan y con un par de brincos se plantan contra la cerca de la dehesa, amenazantes.

—¡Henner! —grito—. ¡Llámalos!

Él se ríe, echando la cabeza hacia atrás.

—No les gustan las chicas flacas —me responde, pero los llama con un silbido.

Me tiemblan las piernas, noto que se me va la cabeza, como diría Marianne, me deslizo hasta el suelo y rompo a llorar a lágrima viva. No sé qué me pasa, lloro sin parar y me tapo la cara con los brazos y sólo vuelvo en mí cuando siento las manos de Henner y su olor masculino acre, denso, envolviéndome. Me acaricia la cabeza —jamás lo habría creído capaz de tal delicadeza— y me levanta despacio. No me atrevo a abrir los ojos.

—Tranquila, Maria, no pasa nada, tranquila, ahora te llevo a la granja —me susurra.

Casi no puedo andar, me coge del brazo y su mano me roza el pecho. Es como si me quemara. Me paro.

—Chist... —susurra él, me agarra el brazo con fuerza y, con un único movimiento fluido, su mano va bajando desde mi cuello por el pecho, el vientre, hasta el muslo y después sube un poco.

Me libero de él y echo a correr, pero me da alcance y esta vez me mira de forma distinta.

—Lo siento —dice—, no quería asustarte, lo siento mucho, de veras, no se lo digas a nadie, Maria, ¿me oyes? —Entonces me sujeta con los brazos extendidos y prosigue en voz baja—: No ha pasado nada, no ha pasado nada.

Asiento en silencio y él me suelta. Echo a andar sin volverme.

En la granja hay gran revuelo. Siegfried ha descubierto un tubito de goma bajo el volante del Wartburg. Siguiéndolo hasta su origen, ha encontrado un recipiente de plástico con vodka bajo el capó. Naturalmente, sólo puede haberlo puesto ahí *una* persona. Cuando entro en la finca veo a Siegfried y Alfred junto a la puerta: Alfred con la cabeza gacha y Siegfried gesticulando como un loco. Paso por delante discretamente —ellos ni siquiera reparan en mí—, subo la escalera hasta la buhardilla y me meto en la cama con *Los hermanos Karamázov*. El *stárets* Zosima ha muerto, no sin antes transmitir a los monjes toda la sabiduría de su vida. «Hermanos, no temáis el pecado de los hombres, amad al hombre incluso en su pecado, pues semejante amor, imagen del amor divino, es el amor supremo en este mundo.»

Después sucede algo inaudito: ¡el *stárets* se descompone el mismo día de su muerte!

A la hora de merendar nos reunimos todos en el huerto. Hay bizcocho de fresas recién recogidas, además de café y agua. Marianne me pregunta qué tal me ha ido con mi madre, pero cuando intento responderle, me sale una risa que resulta chocante. Siegfried me mira con gravedad, y yo trato de explicar con lágrimas en los ojos lo que ha dicho la señora Jojlakova del *stárets*: a saber, que no se esperaba un proceder semejante. ¡Un proceder! Me parto de risa. Como si el *stárets* se hubiese descompuesto conscientemente, como si se hubiera dicho: voy a jugarles

una mala pasada, voy a descomponerme ya mismo en lugar de hacerlo dentro de unos días o incluso de no hacerlo, como corresponde a un santo. Los padres se miran, Frieda hace como si nada, nadie ríe.

Johannes esboza una sonrisa satisfecha, tanto como se lo permite su boca llena de bizcocho con fresas. En el regazo tiene la cámara, no la suelta desde hace días. La familia se quedó espantada al saber el dinero que se había gastado, con el que debería haberse comprado un coche o haberse ido de viaje, como le habría gustado a Frieda. Dijo que tenía que ir a Grecia. Aquello es de una belleza paradisíaca; ésas fueron sus palabras, ¡de una belleza pa-ra-di-sí-a-ca! En la tele habían emitido un reportaje sobre Santorini. Ahora que se podía ir a todas partes, había que ir sin falta a Grecia, mejor en avión que en coche. Sí, eso debería haber hecho el muchacho. Pero Johannes tiene otros planes. En la planta de arriba hay una alcoba vacía sin ventanas. En ella Johannes guarda un secreto. Va a enseñármelo ahora mismo.

Nos damos prisa con el bizcocho, devoramos apresuradamente otro trozo y al final subimos. Qué nervios. Al principio no veo nada, la alcoba está oscura como boca de lobo, hace un calor insoportable y huele a algo químico. Johannes me lleva hasta una silla y enciende la luz.

Contra la pared que tengo delante hay una mesa de trabajo, y encima de ella un misterioso aparato de gran tamaño y varios recipientes de plástico bajos con líquidos, además de unos botes en los que se lee: REVELADOR y FIJADOR y unas cajas con papel fotográfico. Encima ha colocado una cuerda de tender con pinzas de las que cuelgan fotos, y en todas salgo yo: durmiendo por la mañana en la cama, desnuda cepillándome los dientes, leyendo inclinada sobre *Los hermanos Karamázov*, tumbada al sol en el huerto, apoyada en el viejo cobertizo que hay junto a la presa: desnuda, con trenza.

—Ya sé lo que quiero: voy a estudiar arte y nos iremos de aquí —anuncia Johannes sonriendo. Me mira de un modo penetrante—. Mi padre quiere que me haga cargo de la granja. Ahora que el terreno puede volver a ser nuestro, dice que podría resultar rentable de nuevo, pero yo necesito irme de aquí.

Los vapores se me suben a la cabeza, no sé qué decir, él parece feliz. Pero ¿y yo? Si acabo de llegar... No deja de hablar, y eso que no es muy hablador:

—¿Sabes qué? Que habría hecho lo mismo que Hartmut, habría solicitado un permiso para salir del país y no le habría dicho nada a nadie, igual que él. Pero ahora podemos movernos, ir a donde queramos, podemos hacer lo que nos apetezca. —Su mano derecha corta el aire de manera significativa—. Tú ni siquiera podrías haber estudiado, Maria, ni siquiera asististe a la ceremonia de iniciación cívica.[1] Bueno, lo que sí debes hacer es terminar el instituto, esperaremos hasta entonces, de todas formas para este semestre ya es demasiado tarde para mí. Trabajaré un poco con mi padre y después nos iremos.

La dicha y las perspectivas hacen que abra mucho los ojos. Entonces me viene a la memoria Henner, y me toco allí donde me ha rozado en el pecho. Estoy ardiendo. Johannes se arrodilla delante de mí y apoya la cabeza en mi regazo.

—Ay, Maria... —dice—. Llevaremos una vida muy distinta de la que pensábamos.

Solamente ahora veo las fotos de la pared. Cinco, en pequeños marcos negros. Cinco niños. Tres chicas, dos chicos, tumbados, con los ojos cerrados. Porque están todos muertos.

[1]. Ceremonia que acreditaba como ciudadanos socialistas a los adolescentes. (*N. de la t.*)

## 5

Dentro y fuera de la casa reina un gran ajeteo. Comienza la tercera semana de julio. La visita es inminente. A Frieda no hay quien le hable, la cocina, siempre ordenada, es ahora un caos. Se hornea, se cocina, se limpia. El pueblo entero lo sabe ya: mañana llegan los del Oeste.

Estoy inclinada sobre un montón de masa con Frieda, que me enseña cómo saber si está bien: al tacto ha de ser como el pecho de una mujer. Para comparar, me toco primero los pechos y después la masa; Frieda prorrumpe en carcajadas. No puede negarse que la consistencia es similar. Vamos a preparar un Gugelhupf, una tarta de fruta sextuplicando las cantidades de la masa —ya me la sé al dedillo—; para almorzar, sopa de verduras con albóndigas de sémola de primero, ternera asada con bolas de puré de patata y lombarda de segundo, y de postre crema con vainilla de verdad. La vainilla de verdad se la debemos a Henner, que ayer estuvo en el otro lado y trajo algunos regalos, ya que Marianne siempre ha sido generosa con él. Cuando le iba mal, a veces le daba algo, una gallina, unas cebollas y verdura. Así que está en deuda con ella. A mí también me ha traído cosas: una bolsa de caramelos de tofé y un pasador para el pelo con forma de mariposa y piedrecitas rojo rubí. He sorprendido a Marianne mirándome con recelo. Dicen que Henner está mejor. Podría ser, eso mismo espera Siegfried, que le devuelvan las tierras que en su día fueron de sus padres. Todavía no se sabe nada a ciencia cierta. En la RDA había muy pocos que, como los Brendel, no fueran agricultores cooperativistas. Pero como los animales domésticos por sí solos no les daban para vivir, a Siegfried se le ocurrió lo del aserradero. Sin embargo, Henner trabajó durante años en la cooperativa, hasta que volvió a la finca, porque todos los demás habían muerto. Probablemente hizo bien.

Después de la expropiación, Heinrich y Frieda pudieron conservar tres cuartas partes escasas de las hectáreas que poseían, lo cual era mucho, y aun así fue preciso reducir el número de animales. El terreno restante, al menos cuarenta hectáreas, fue a parar a la cooperativa. Siegfried sólo arrendó los amplios henares que se extienden junto al río. La familia de Henner corrió una suerte parecida.

Según he oído, Henner ha puesto un poco de orden en la finca. Ahora los perros están tranquilos; los caballos, limpios y cuidados. Me ha dicho que puedo ir a montar cuando quiera, con Johannes, claro, pero no me fío de sus caballos.

Frieda me deja salir una hora de la sombría cocina, así que me marcho con Johannes al río. Hace apenas unas semanas el agua tenía un aspecto distinto cada día: verdosa, azulada, amarillenta, rojiza, y olía a huevo podrido. Se debía a la planta química que hay río arriba, donde

trabajaba mi madre. Ahora, en los días calurosos, las vacas se acercan a la hierba de la orilla y beben hasta saciarse.

Ahora sé por qué el *stárets* le hizo una reverencia a Dimitri. Poco antes de morir, le dijo a Alexéi: «Ayer me incliné ante los grandes sufrimientos que le esperan.» Alexéi estaba sumamente preocupado.

Estamos sentados a la orilla, con los pies en el agua. Ahora Johannes sólo me mira a través del objetivo. Cada gesto se torna imagen; cada mirada, eternidad. Me aísla del tiempo y retiene un instante que justo después se pierde para siempre: cada foto es una pequeña muerte.

Más tarde paseamos por los campos hacia la vía del tren. Continuamos por los raíles hasta un puente que cruza el río en diagonal, de unos cincuenta metros de largo. Para pasar al otro lado hay que ir por el medio de la vía, por las traviesas podridas; a izquierda y derecha prácticamente no queda sitio. Apoyamos la cabeza en los raíles a fin de oír el zumbido y sentir la leve vibración si se aproxima un tren. Ningún zumbido. Tampoco se ve a ningún trabajador inspeccionando la vía. Tirarse al río para escapar del tren no serviría de nada, ya que en ese tramo es poco hondo y rocoso. Pero más allá, al otro lado, crecen las flores más bonitas y hay un sitio que sólo conocemos nosotros. Al llegar, me quito la ropa y meto los pies en el agua. Johannes me dice algo, toquetea la cámara, yo le respondo que venga, que aquí se está estupendamente, pero no me oye.

Volvemos por la tarde. Frieda refunfuña un poco, que dónde se ha metido Maria, que no habría estado de más que hubiese echado una mano. Luego le quita importancia con un gesto y dice: «Si pudiera ir al huerto por un poco de cebollino...» Voy enseguida.

Para cenar hay pan de centeno con mantequilla y finas rodajas de huevo duro espolvoreadas con cebollino, y una ensalada aliñada con aceite, vinagre, agua y azúcar; la palabra «aliñar» la he aprendido hace poco. A Siegfried, además, le preparan una escalopa. Estamos sentados a la mesa de fuera, entre macetas de flores, cuando Siegfried comenta que tiene muchas ganas de ver a Hartmut. A él también le habría gustado marcharse antaño, y sólo se quedó para no romperle el corazón a su madre. Lo dice así. Frieda ni se inmuta. Marianne mira a uno y a otro, supongo que pensando qué decir, y decide que es mejor guardar silencio. Los del Oeste vendrán mañana, de Rosenheim, de Baviera.

Resuelvo ir de nuevo a casa de mi madre por la maleta. Hay algunos vestidos que me gustaría ponerme cuando lleguen las visitas. He oído que al otro lado se burlan de nosotros; no se me olvida la palabra *Zonengabi*, uno de los términos despectivos con los que nos llaman. Todavía hay mucha luz, aunque desde el río está llegando la típica brisa vespertina. Le pido prestado un pañuelo a Marianne, le digo a Johannes que se me hará tarde y me pongo en camino.

Cuando llego, mis abuelos están sentados en el poyo de la casa. Me paro un momento a hablar con ellos, cuento lo imprescindible, les pregunto por mi padre, Ulrich, el mayor de sus cuatro hijos. Así que es verdad, se casa con la tal Nastja, una chica de diecinueve años. El abuelo niega con la cabeza. La abuela pregunta si voy a volver, ahora que harán obras en la casa, vamos a tener incluso retrete, dice. Y el viejo lavadero pasará a ser una caseta para los aperos. Hasta entonces la abuela lavaba allí una vez a la semana. Dentro hacía tanto calor que el vapor se condensaba en el techo formando grandes nubes y goteaba. La tina de la colada era casi tan alta como la propia abuela, que daba vueltas a la ropa con una pala de madera larga y ancha, primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda, hasta que salía limpia. Las prendas especialmente sucias las restregaba en la tabla de lavar.

Mi madre dispondrá de un cuarto de baño propio con ducha. Quitarán el viejo termosifón y la bañera donde nos bañábamos uno tras otro todos los viernes por la tarde. Y, al parecer, la pequeña habitación que hay detrás de la cocina de los abuelos pasará a ser un cuarto de invitados. Que mi madre viva otra vez aquí no es fácil para ninguno de ellos. Durante unos años tuvimos casa propia, al otro lado, en la parte nueva del pueblo. Yo había cumplido los diez cuando nos mudamos, hasta entonces habíamos vivido con los abuelos. Me dieron una habitación bonita y luminosa en la segunda planta, con un catre, cortinas de cuadros azules y blancos y empapelado de florecitas color lila. La sala de estar tenía una chimenea abierta, por Navidad se hacía lumbre a diario. Era una casa completamente nueva, construida por mi padre con sus propias manos.

Después de su separación, cuando mi padre se marchó definitivamente a la Unión Soviética, nos quedamos allí. Yo tenía trece años; mi madre, treinta y tres. Pero a los seis meses metimos nuestras cosas en cajas y la abuela nos preparó las habitaciones de siempre. No podíamos mantener la casa sin el dinero de mi padre. Mi madre la vendió.

Yo misma escogí el cuarto de la buhardilla en casa de los abuelos. Allí podía estar sola, las otras habitaciones del sobrado, más pequeñas, estaban repletas de muebles viejos y cachivaches, nadie las usaba. Debajo de la cama había un orinal, ya que el camino hasta la letrina de la entrada era largo y frío. Por la mañana los orinales se vaciaban y la abuela los limpiaba con agua caliente.

A mí ese paso atrás no me importó demasiado, pero mi madre sufrió mucho.

Oigo sus pasos, unos pasos menudos, delicados, cautelosos, como si se acercara con sigilo, aunque lo cierto es que se trata de su forma de andar. Me trae la maleta, cuyo peso la inclina hacia un lado; la deja delante de mí. Los abuelos me dicen que salude a Frieda de parte de Traudel y Lorenz, repiten dos veces, como si no me supiera sus nombres. Mi madre asiente para indicar que nos vamos. Vuelvo a sentirme más aliviada.

Mi madre saca el Trabant del garaje. Mi padre no quiso llevárselo; de todas formas no podría haber llegado a la Unión Soviética, eran miles de kilómetros, demasiados para el viejo coche. El depósito está casi vacío, pero bastará para llegar a la granja: casi todo el camino es cuesta abajo. Me siento a su lado, aprieto la maleta entre las piernas y bajo la ventanilla. No sé por qué lo hago, ya que ahora tengo un poco de frío.

A unos cientos de metros de la finca Brendel mi madre apaga el motor y deja rodar el coche. Quiere ahorrar gasolina aquí, que es cuesta abajo. Entonces veo que saca la llave de contacto. Es extraño.

A la izquierda se alza el terraplén de la carretera, a la derecha descienden hacia el valle los campos y el bosque. De pronto, oigo un ruido metálico. La dirección se bloquea. La carretera describe una curva a la derecha, pero nosotras avanzamos en línea recta. Agarro a mi madre del brazo, ella me mira con los ojos muy abiertos, y el Trabant sube por el repecho, despacio, muy despacio, se inclina a la derecha, vuelca de costado primero y finalmente, a cámara lenta, queda boca abajo. No llevamos puesto el cinturón de seguridad, de modo que caemos, sin ningún ruido, primero de lado, luego de cabeza, y así permanecemos, muertas de miedo. Por un instante reina un silencio absoluto. Ni siquiera oigo respirar a mi madre.

Soy yo quien intenta abrir la portezuela. Tras probar varias veces en vano, salgo por la ventanilla. Mi madre me imita, aún sin decir nada.

Luego nos quedamos sentadas sin más, delante de un Trabant azul cielo boca abajo, al borde de la carretera, temblando. Mi madre sujeta la llave que, por motivos incomprensibles, ha sacado

del contacto. Eso ha hecho, sí. Ella no dice nada, yo tampoco. Me avergüenzo de ella. No sé cuánto llevamos sentadas, seguro que sólo minutos, pero me parece una eternidad. Entonces oigo los perros, a nuestra espalda. Sus ladridos me devuelven al tiempo del que el accidente nos ha arrancado. Es Henner, viene del bosque con un saco al hombro. Me pregunto qué habrá escondido allí. Estoy segura de que esconde algo. Nos ve sentadas, se acerca, mira el coche, niega con la cabeza y dice: «Vamos a darle la vuelta.» No puedo pensar en nada. Veo que Henner deja el saco, que no pierdo de vista, que habla con mi madre, que ella meneaba la cabeza, se pone en pie y entre ambos levantan el coche de un tirón, aunque no me cabe duda de que sólo es gracias a Henner; de un tirón, decía, el coche vuelve a estar sobre sus cuatro ruedas. A continuación, mi madre saca la maleta y me la deja a los pies sin más, y sin ayudarme a levantarme sube al coche y se aleja.

Después, a veces me he dicho que todo lo que pasó tuvo que deberse a la conmoción. Algo sí, pero no todo.

Cojo la maleta y empiezo a andar. Henner se echa el saco al hombro y me da alcance de unas zancadas, me coge la maleta y dice: «Ven.» Su casa no está muy lejos. Nos metemos por el camino, doblando a la derecha, avanzamos en silencio y entramos en la finca. Los perros dan saltos a mi alrededor, yo no les hago caso; observo el saco, pero no se mueve nada. Lo sigo hasta la casa, a la cocina. Deja la maleta en una silla y lanza el saco cerca de la estufa. Leña, creo que dentro sólo hay leña, pero ¿por qué iba a encender la estufa? Es verano. Me empuja hasta la mesa, me sienta en una silla con brazos, niega con la cabeza y dice:

—Menudas cuentistas.

Ahora tengo delante un vaso con un líquido transparente. Lo cojo y bebo, es vodka; Henner me quita el pañuelo de los hombros. Los perros arañan la puerta. Henner no los ha dejado entrar. Me digo que no quiere testigos, podrían anunciarlo al mundo a ladridos. La idea me gusta. Casi me da la risa. Al final en el saco no hay leña, dentro se ha movido algo. A mi espalda, Henner me rodea el cuello con las manos. Voy a morir. Si no muero ahora, jamás volveré a tener miedo. Los perros alborotan, yo bebo más. Él me suelta, apuro el vaso. Ahora descubro mis pies descalzos. Ya no llevo zapatos, Henner los tiene en la mano y los lanza a un rincón, junto al saco. Algo se mueve dentro, no me equivoco.

—Te he cogido —bromea Henner— y te he traído a mi guarida. —Y su risa me parece el retumbar del trueno.

Una liebre, creo que en el saco hay una liebre, Henner ha puesto trampas y ha atrapado una. Para los perros, esas bestias.

No sé cómo me ha llevado a la otra habitación. Quizá haya ido yo sola. Hay una ventana abierta, una cortina amarillenta ondea con la brisa vespertina, entre los tilos diviso el hastial de la granja de los Brendel, la luz tras la ventana. Allí me espera Johannes. Mi vestido tiene una cremallera a un lado, rozo con los dedos el marco superior de la ventana, caen cascarillas de pintura, y las manos de Henner son ásperas. Me libero, como sonámbula, de las bragas bajadas y del vestido, que ahora me tapa los pies. Su aliento en mi nuca es tranquilo y acompasado, pero mi corazón va a pararse, estoy segura. Se detiene un instante y después da un vuelco, un estremecimiento me sacude el cuerpo, un estremecimiento del todo incontrolado, uno tras otro. De pronto, él me agarra con fuerza, hasta que cesa. Bajo los pies noto piedrecitas; los perros han enmudecido. Las manos de Henner me agarran la cintura por detrás y van bajando por las caderas, se deslizan hacia la cara interna de los muslos. Luego me separa las piernas con esa fuerza serena

suya. Yo apoyo los brazos en el alféizar de la ventana para no caer. Me viene a la memoria el *stárets*, la vez que cita del Evangelio de san Juan y le dice a Alexéi: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.»

Y caigo sobre el colchón en profundo éxtasis.

No le niego nada, ni siquiera cuando me levanta de la cama y me dice que me ponga de rodillas. Tampoco cuando se enrolla mi trenza en la mano y me mira desde arriba, viendo cómo hago lo que me pide. Ahora es él quien tiembla. Dentro de poco cumpliré los diecisiete. Antes, a esa edad se era una mujer. Mi abuela tuvo su primer hijo con diecisiete años, así eran las cosas en otro tiempo.

Sin embargo, no puedo evitar llorar un poco. Entonces él me levanta y me sienta en el borde de la cama. Me echo hacia atrás y cierro los ojos y siento su aliento, húmedo y cálido, entre las piernas, luego sus labios, su lengua... sucumbo. Acto seguido él profiere un sonido como de animal agonizante, un jadeo furioso, desesperado. No me atrevo a abrir los ojos. Me agarra las piernas y me las separa muchísimo, me penetra, arremete, cada vez más deprisa, cada vez con mayor ímpetu, resbalo hacia atrás, él me coge de los brazos, me tumba boca abajo y me pone una almohada debajo de la pelvis. No lo entiendo, trato de volverme, quiero verle la cara, pero él apoya su pesada mano en mi nuca y me sujeta con fuerza. Cierro los ojos.

Poco antes de medianoche abandono la casa de Henner con mi maleta. Al despedirse, toma mi cabeza entre las manos y me estampa un beso en la frente. Luego se lleva el índice a la boca. Yo asiento, quizá no con suficiente energía, pues su mirada, que noto en la espalda al alejarme, carece de la seguridad de siempre. Entonces me vuelvo y repito el gesto que me ha hecho.



## 6

A la mañana siguiente me levanto antes que Johannes. Ya estaba durmiendo cuando llegué, supongo que pensó que me quedaría a pasar la noche con mi madre.

Me tumbé a su lado completamente vestida. Temblando, sudando. Mi sudor se mezcló con los olores de Henner; una vez seco, su semen formó enormes islas en mi piel, que se tensó en esos sitios. Tenía un miedo espantoso, Johannes podía despertarse, tocarme y averiguar lo ocurrido, y sin embargo no era capaz de decidirme a lavarme para despojarme de ese olor. Cerré los ojos y respiré hondo.

No podía dormir.

Tampoco olvidar.

Y ahora brilla el sol matutino con su luz reveladora. Salgo de la habitación, bajo la escalera, voy al cuarto de baño y lleno la bañera. Marianne está en la tienda; Siegfried, en el establo; y Frieda, en el portón, esperando a los forasteros. Son sólo las ocho, no llegarán antes de mediodía.

Después, al desvestirme, descubro las señales en mi cuerpo. Estoy desesperada. ¿Qué he hecho? ¿Qué ha hecho Henner? Todo el mundo las verá, el primero, claro, Johannes. ¿Cómo voy a ocultarlas? Tengo las marcas de sus manos en el cuello, los brazos y los muslos. Imposible negarlo, ni dar explicaciones. Me mandarán con mi madre, y el escándalo me perseguirá como la mala suerte. Así siguen siendo las cosas en nuestro pueblo incluso en 1990, como siempre han sido.

Fuera se nubla, va a llover. El aire se enfría, se levanta viento. ¡El tiempo será mi salvación! Saco de la maleta un vestido azul de media manga, azul con topitos blancos; me llega por encima de las rodillas. Me pongo una chaqueta de punto blanca y al cuello un pañuelo. Mi cara no delata nada, me la ha respetado.

En la maleta, debajo del todo, encuentro un sobre que yo no puse ahí. No está cerrado: hay una nota con una única frase: «Durante la noche la codiciaba, y ella no se negó.» Miro a Johannes, que duerme y no sabe nada. Me avergüenzo profundamente, y sin embargo... guardo la nota.

Más tarde, cuando estamos desayunando por segunda vez, me pongo a hablar atolondradamente. No dejo meter baza a Johannes. Parloteo acerca de los abuelos y las reformas que harán en la casa, por fin, después de tantos años y teniendo en cuenta que Traudel siempre envidió a los demás, que disponían de lavadora desde hacía tiempo, mientras que ella seguía lavando en una tina; de mi madre y su desempleo; de mi padre y la joven rusa, de la que quizá me haga amiga, pero a la que quizá odie, si es muy guapa seguro que la odiaré, y por lo visto es

guapísima, el abuelo ha visto una foto y ha dicho: «Preciosa», y él sabe de mujeres guapas, siempre andaba a la caza, como dijo una vez el dueño del Linden, pero de eso hace ya mucho, ahora es viejo. Johannes no dice nada. Sólo cuando menciono lo de la joven rusa levanta la cabeza y comenta:

—Sólo es un año mayor que yo.

Asiento y me apresuro a seguir contando, y finalmente entra en la cocina Siegfried y opina que ya no debe de faltar mucho para que lleguen los del Oeste.

—Sí —respondo—, deben de estar al caer.

En efecto, lo están, y menos mal, porque Frieda lleva horas en pie, esperando. Parece completamente ida. Está metida en la cocina desde las cuatro de la mañana, cocinando. Ya estaba todo listo cuando he bajado a desayunar, para que después sólo haya que calentarlo. Al cabo de un rato oímos por fin un ruido desconocido, un suave ronroneo en el camino de entrada. Lukas, sobre todo, lo recordará mucho tiempo. Nunca había visto un coche así: un Mercedes, quién lo habría imaginado. Frieda se ha hecho a un lado y sigue mirando a lo lejos, como si esperara más visitantes. Sin embargo, luego cierra el portón y se acerca con la cabeza gacha a Hartmut, que acaba de bajar del coche. Ella tiene las manos unidas ante el abultado vientre y asiente sin cesar.

—¿Eres tú? —le pregunta, y todavía asiente varias veces más.

Está claro que Hartmut es hermano de Siegfried. No es que sean como dos gotas de agua, pero hacen los mismos movimientos, gestos, esa forma de levantar la cabeza, las sonrisas fugaces entremedias. Al igual que Siegfried, tiene la cabeza grande y los ojos claros y muy separados, con pestañas rubias y bastante espesas, sin embargo su nariz es más estrecha y sus labios no tan carnosos. Está blanco en comparación con Siegfried, moreno y curtido por las faenas diarias en la granja y los campos, el cortante viento invernal y el ardiente sol veraniego. Los hermanos se saludan con un firme apretón de manos. Marianne le echa los brazos al cuello, y también se derraman lágrimas. Se ha puesto guapa, Marianne. Lleva una falda negra de vuelo con rosas exuberantes y arriba una prenda roja ceñida y escotada.

Después sale del coche la mujer. He estado observándola hasta entonces. Ha bajado la visera, donde hay un espejito, se ha retocado el pintalabios y se ha pasado un dedo por las cejas. Ahora va directa a Frieda, le tiende la mano y dice:

—Soy Gisela, me alegro mucho de conocerla por fin.

—Bien —responde Frieda sin mirarla demasiado.

Gisela viste un traje pantalón gris y una blusa blanca. Es rubia, lleva el pelo recogido en alto. Se la ve muy cuidada. Los zapatos son negros y planos, es casi tan alta como Hartmut y Siegfried. A pesar del tacón, que luce consecuentemente incluso en el establo, Marianne sólo le llega por la nariz. Luego vamos saludándonos todos, nos estrechamos la mano, nos presentamos y miramos por los cristales relucientes del coche el asiento trasero, donde duermen los niños. Tienen siete y nueve años; respecto a Siegfried, Hartmut se ha tomado su tiempo con la paternidad.

Frieda ya ha vuelto a la cocina a la carrera, para calentar la comida. Los demás nos quedamos fuera. Marianne ha tomado del brazo a Gisela y le enseña la granja, Siegfried y Lukas están delante del capó abierto del Mercedes, echando un vistazo. Johannes sigue a Hartmut, que me parece que va a echarse a llorar de un momento a otro. Y yo lo entendería. Alfred ronda un poco alrededor y después se va a hacer su trabajo, como de costumbre.

En mí no se fija nadie, y a Johannes tampoco le ha extrañado cómo me he vestido: con el

pañuelo al cuello y la chaqueta de punto, y eso que aunque haya refrescado estamos a casi veinte grados. Así pues, aprovecho el tiempo antes de comer y voy a dar un paseo con *Los hermanos Karamázov*. Alexéi ha ido a ver a Grúshenka, aunque debería saber que con sus encantos ella quiere provocar su caída. Pero todo sale de manera distinta.

Estoy tumbada en la hierba, detrás del aserradero. Las palabras del libro bailan y se desvanecen.

El sueño me atrapa como un ladrón, llega como caído del cielo y se desploma pesadamente sobre mi cuerpo, que el amor ha dejado maltrecho. Ahora vuelvo a sentir las manos de Henner: ásperas, delicadas, brutales, exigentes, y me muero por ellas.

Cuando vuelvo, los niños se han despertado. Corretean por la granja y se gritan con voces guturales. Me cuesta entenderlos. Gisela está asomada a la ventana de la cocina, mirándolos, y acto seguido nos hace señas a todos para que vayamos a comer. Dentro, Hartmut está sentado al lado de Frieda, le tiene cogidas las manos. Ese momento es sólo suyo. Un gesto mudo que encierra todo el dolor del hijo que se creía perdido y toda la alegría del regreso. La cocina se ha quedado pequeña, los demás estorbamos, es imposible comer. Me retiro sin decir nada, subo al reino de las arañas, mi nuevo hogar.

Algo en mí ha muerto esta noche.

Saco la nota que me metió Henner en la maleta y escribo al dorso. Luego vuelvo a meterla en el sobre y corro hacia su casa a toda velocidad. Allí está la ventana desde la que el día anterior vi la granja de los Brendel, todavía abierta. Lanzo el sobre dentro.

Pero en el mismo instante en que el sobre llega al suelo me asalta una vergüenza horrorosa. Tras echar un vistazo y asegurarme de que no hay nadie cerca, me cuelo por la misma ventana y cojo el sobre. Sin embargo, justo cuando voy a salir, Henner abre la puerta de la habitación. Su cara trasluce asombro por primera vez. Se detiene, mira hacia la ventana, me mira, y ése es el momento, lo sé, que debo aprovechar para salir a la carrera. Un único instante puede cambiar una vida. Sus ojos descansan en el sobre que sujeto, y de pronto sonrío y me doy cuenta de que mi vacilar será mi perdición. Viene hacia mí, me quita el sobre de la mano, lo abre, saca la nota y lee en voz alta:

—«...él puede hacerla suya una vez más».

No hay palabras para expresar la vergüenza indescriptible que me hace mirar al suelo. Ojalá se me tragara la tierra. Estoy allí plantada, él calla. No sé qué sentimiento es más poderoso: el deseo insaciable de otra noche como la anterior, la humillación del momento y el placer que me provoca, el miedo, el orgullo de niña y las ganas de acabar con ese orgullo. No me muevo.

Da un paso hacia mí. Ha vuelto a beber. Su aliento, que huele a alcohol, me envuelve y me marea, y me provoca un leve malestar.

—Vaya, vaya —dice despacio, pasándose la mano por el corto pelo—, vaya, vaya, así que él puede hacerla suya una vez más. Hum... —Pasa por delante de mí y cierra la ventana—. Vaya, vaya. —A la puerta están los dogos. Incluso sentados me parecen casi tan altos como yo—. Conque es arrogante —añade ahora Henner—. Le concede la merced de una última visita... Entonces, ¿a qué espera? Que se desvista.

Lo miro sin dar crédito, trato de entender qué puede haberlo ofendido, pero no lo entiendo, aún no, y los perros guardan la puerta. Me agarra por la nuca y me atrae hacia sí. Después me quita el pañuelo del cuello y se detiene. Mira, abre la boca, la cierra. Sus dedos tocan las marcas

que me hizo ayer, su mirada inquiere si lo sabe alguien, si Johannes lo sabe, si la policía tardará en presentarse en su casa, qué voy a hacer, si voy a denunciarlo, si todo ha terminado. Todo.

Ya no siento vergüenza. Espero una palabra suya. Él sigue mirándome y tocándome el cuello. A causa del alcohol, los ojos se le han enrojecido. Puede que los dos pensemos lo mismo.

Él tiene cuarenta años, yo dieciséis. Thorsten Henner y Maria Bergmann. No fue una violación, aunque lo parezca. Pero ahora soy su dueña. Sin embargo, alguien como él no se deja dominar por una chica de dieciséis años.

Lo comprendo de pronto. Busco su mirada, que ahora recorre inquieta la habitación, y no llego a entenderla.

—No, Henner, nadie lo sabe, nadie, de veras —le digo—. Y no se lo diré a nadie. Puedes estar seguro.

Ahora me dirige una mirada penetrante, intenta leerme el pensamiento, pero no me cree.

—Tienes que prometerlo, Maria —me pide, agarrándome por los hombros.

—Sí, sí, lo prometo —contesto, asintiendo deprisa.

Entonces sale de la habitación y yo me quedo allí plantada, sola. Luego vuelve, con una pomada. Me la extiende por las marcas del cuello, y después las besa, las marcas, las señales que revelan su culpa, que no sólo fue suya. Y con cada una de sus caricias me da la impresión de verme reflejada en sus ojos. Una chica, el pelo castaño claro recogido en una larga trenza, no muy alta, delgada, la espalda recta, la cara seria. La nariz estrecha, la boca pequeña, pero de labios carnosos, los ojos grandes, muy claros, muy verdes cuando les da el sol.

Cuando voy a marcharme, me pide que espere. Deambulo por esas habitaciones tan viejas, los perros me siguen recelosos: no están acostumbrados a compartir a su amo. Me detengo ante una vitrina con ropa blanca. Ahora Henner está detrás de mí, me pasa una nota y me abraza. En esta casa el silencio es mayor que en cualquier otro sitio. Un gruñido de los perros, un crujido de la madera del suelo, su respiración pesada; es todo cuanto oigo. Hay ruidos al margen del tiempo. Eso es lo que pasa aquí, en casa de Henner. Me apoyo en él, que me pregunta:

—¿Qué estás leyendo ahora? Marianne dice que lees mucho...

- *Los hermanos Karamázov* —respondo, orgullosa de que se trate precisamente de ese libro.

—¿Quién te cae mejor, Katerina Ivánovna o Grúshenka? —quiere saber.

—Grúshenka —respondo sin vacilar.

—¿Por qué Grúshenka?

—Porque es apasionada. Y sincera. Creo que en realidad Katerina Ivánovna no quiere a Dimitri. Es una hipócrita.

—Ésa es una buena respuesta, Maria. Me tranquiliza —replica él, riendo.

En la granja de los Brendel están esperándome. Hace rato que se han sentado a la mesa, y al verme entrar por la puerta Frieda dice:

—¿Dónde habrá estado tanto rato? Han estado buscándola todos.

Me lo tomo como una señal de que formo parte de la familia: me han echado de menos, significa algo para ellos. Es una sensación agradable. A modo de respuesta, farfullo que estaba cansada y he salido a dar un paseo, pero el único que me dirige una mirada inquisitiva es Alfred. Hartmut y Siegfried están enfrascados en una conversación. Hartmut, sobre todo, tiene mucho que contar: los difíciles comienzos en Baviera, los estudios, la ingeniería y el primer empleo en una constructora, al final la apertura de la propia oficina de proyectos y el matrimonio con Gisela, la

hija de un maestro de la ciudad de Garmisch-Partenkirchen. La conoció en un refugio de montaña, esquiendo, y ya llevan casi una década juntos. Los niños fueron hijos deseados, y Gisela no tiene que trabajar. Eso le interesa en especial a Marianne, que se vio obligada a llevar a la guardería a Johannes cuando éste sólo contaba ocho semanas y se pasó días enteros llorando amargamente. Aquello era normal; fue cuando ella aún trabajaba en la ciudad. Marianne no es del pueblo. Siegfried la conoció en un baile en la capital del distrito. Sus padres trabajaban en la fábrica de papel colectiva, Marianne también, por turnos.

Cuando nació Lukas, ya llevaba tiempo bregando en la granja. Debió de costarle años acostumbrarse a la vida campestre. Por aquel entonces, Frieda puso todo su empeño en disuadir a Siegfried. Las mujeres de la ciudad nunca serían granjeras, decía, aunque ella misma se hubiera casado con el hijo de un maestro. Sea como fuere, Marianne tampoco pudo dedicar mucho tiempo a su segundo hijo, pero no fue necesario llevarlo a la guardería. En la medida de lo posible, Frieda se ocupaba del pequeño, e incluso Alfred hizo a veces de niñera. Porque es un pedazo de pan, como le gusta decir a Frieda. Aunque yo no estoy tan segura.

A mi izquierda está Johannes con la cámara; a la derecha, Alfred con la boca llena. Tiene una forma de comer que me da verdadero asco, pero por algún motivo a él todo se le perdona, hasta los ruidos y el hecho de que casi se dé con la cabeza contra el borde del plato. Así hay menor recorrido y no se cae tanta comida, opina Frieda al respecto. Aún hay muchas cosas en la familia Brendel que no entiendo.

En cualquier caso, a Hartmut le ha ido muy bien al otro lado. Tiene una oficina con dos empleados, casa propia con jardín, un Mercedes, una mujer agradable, aunque un tanto remilgada —se nota en que no para de mirar las uñas sucias de Alfred y no come—, y dos niños sanos, «un poco sin pulir», según dice más tarde Marianne. Frieda no pierde de vista a su hijo, y le sirve en cuanto ve que el plato está quedándose vacío.

Van a acomodarse en la planta de Frieda, en la que hay seis habitaciones: dos para Alfred y las cuatro restantes para Frieda. Así que hay sitio de sobra. La visita me viene de perlas. Me ayuda a guardar mi secreto. Por la noche cae una fuerte tormenta, estoy sentada junto a la ventana, mirando la finca de Henner. Allí la oscuridad es absoluta.

## 7

A la mañana siguiente el aire es tan fresco y puro como hacía semanas que no lo era. Mi pañuelo al cuello está plenamente justificado. Nada más desayunar, Johannes desaparece en el cuarto oscuro y ni siquiera sale para almorzar. Tiene una fijación que nos da que pensar a todos, especialmente a Marianne. Junto a las fotos de los niños muertos ahora hay otras de la granja. Lo ha fotografiado todo: a Alfred limpiando el establo; a Marianne dando de comer a las gallinas; a Siegfried en el aserradero; a las vacas en los pastos; a las ovejas; a los gansos; a las gallinas; a Frieda en el río mirando la corriente, o en el portón siguiendo la carretera con la vista. Y una y otra vez a mí.

Apenas hablamos, sólo me dice:

—Ahora la luz es buena, siéntate allí. No, no, así no, mira a la derecha. No, Maria, ¡la mirada! No la cabeza.

Johannes ya no me ve, sólo ve fotos.

Antes habría hecho cualquier cosa por recuperar su atención. Habría hablado, lo habría seducido, me habría enfadado, lo que se hace cuando el novio se aparta. Pero ahora me muestro callada, con aparente generosidad dejo que se abandone a la magia de su nueva pasión, lo consiento con indiferencia. Lo único que me suscita verdadero interés es el hombre de la finca vecina.

Paseo por la granja, con la nota en la mano derecha. Alfred me deja atrás, camino del establo. Sus ojillos lanzan un destello; como le faltan algunos dientes, tiene las mejillas hundidas. Cuando desaparece, leo el mensaje. Esta vez no hay sobre. Es la misma nota, la que dice: «Durante la noche la codiciaba, y ella no se negó.» Debajo ha escrito: «¡Mañana paso a buscarte!»

Mañana... es hoy. Se me acabó la tranquilidad.

Abajo, en la tienda, están Marianne y Gisela. Parece que se entienden, hablan de sus hijos y de los veinte años sin familia que nadie podrá devolverle a Hartmut. Las dejo a solas. Hay cosas que cuesta mucho decir, cada palabra es un triunfo, y lo único que hago yo es estorbar.

Veo a Hartmut fuera. Lleva uno de los monos azules de Siegfried y se dirige al aserradero. Los niños lo siguen con gritos de júbilo. Para ellos es toda una aventura.

Frieda está con Volker en la cocina. Ha ido a buscarlo a la ciudad, porque Hartmut también quería ver a su otro hermano. Sin embargo, el sentimiento no es mutuo. Volker casi no lo soporta, y a Siegfried lo evita desde hace tiempo. Da la impresión de que en mí ni repara. Su mirada apática sólo se anima si en la mesa hay algo de beber. Yo, en todo caso, asocio a Volker con Alfred. Es

completamente distinto de sus hermanos, que están ahí fuera. Es taimado, algo en él me hace recelar. Un acre olor a alcohol impregna la cocina. Ahora únicamente falta Alfred. Desde el principio he tenido la sensación de no caerle bien, de resultarle molesta. Puede que sea el orden inamovible de las personas a las que está acostumbrado. Y entonces llegué yo.

Si de verdad Henner viene a buscarme, quiero regalarle un pastel, así que me quedo en la cocina y preparo mi primer pastel sin ayuda. Volker y Frieda se van a la sala. Seis huevos, 360 gramos de azúcar, la misma cantidad de mantequilla y harina. Sin levadura. La ralladura de un limón entero, el zumo de cuatro limones, un poco de vainilla, una pizca de sal. Sesenta minutos de horno, cuarenta a 180 grados, veinte a 200 grados, vigilándolo para que no se queme por arriba; Frieda me lo ha explicado más de una vez.

Aquí dentro me siento una mujer hecha y derecha. Las ventanas están abiertas, Alfred se asoma, olisquea y asiente con una enigmática sonrisa. Los demás se han dispersado.

Luego todo sucede como por arte de magia. El pastel sale dorado y huele estupendamente, entonces lo oigo en la tienda y las risas de las mujeres. Seguro que está piropeándolas. En el acto, siento celos de Gisela. Hoy también se ha puesto un vestido, y el pelo rubio le cae por los hombros lechosos en fragantes ondas. Huele muy bien. No hemos sido capaces de descubrir a qué. Una mezcla de rosa y madera de sándalo, pero nos da vergüenza preguntar. Seguro que piensa que somos unas catetas, Marianne y yo.

No entiendo lo que dice Henner, pero ahora Marianne me llama:

—Ven un momento, Maria. Henner ha traído los caballos.

Ya he troceado el bizcocho y lo he envuelto en papel encerado. Meto el paquete en el bolso, junto con la nota y un lápiz.

Al entrar en la tienda me tranquilizo. Él bromea con las mujeres, pero a quien mira es a mí. En tono sereno, casi indiferente, dice:

—Hombre, aquí está Maria. Me he traído a la yegua, como querías montar hoy...

—Sí —contesto—, voy.

Me ayuda a subir a la ensillada *Jella*, el semental sólo lleva una manta.

—¡Devuélvenosla sana y salva, Henner! —nos grita Marianne.

Él asiente brevemente y yo me muero de vergüenza.

Vamos al trote por el camino del bosque, siguiendo la vía, una sola vez, luego volvemos a la finca. Una vez allí, él lleva los caballos al establo y cierra el portón. No estoy segura, pero creo haber visto a Alfred al final del camino.

En la cocina, Henner prepara café y yo saco el pastel. Aún está caliente y huele mucho a limón. Coge un trozo y se lo come.

—Lo ha hecho Frieda, ¿no? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—No; yo.

Sonríe satisfecho, probablemente también algo sorprendido.

—Está riquísimo, Maria —declara—. La última vez que alguien me hizo un pastel fue hace mucho. —Su rostro se ensombrece de pronto; me mira raro.

Me levanto, me acerco a él, me arrimo mucho y él me sienta en sus piernas.

Después me tumba en la mesa de la cocina y me hace suya. A la puerta están los perros. Tienen la potente cabeza apoyada en las patas y nos miran en silencio.

Luego tomamos café frío y fumamos. En la mesa hay un libro de poesía. He apoyado en él la cabeza cuando Henner se ha puesto detrás y me ha levantado la falda. Hay una estrofa subrayada, al lado unas palabras ilegibles. La letra es de mujer, creo, eso no lo ha escrito Henner. Los versos me gustan, aunque me entristecen. «Somos los caminantes sin destino, / nubes que el viento dispersa, / flores que en frío temblor mortecino / están esperando la guadaña tersa.»

—De mi madre —aclara—, todos los libros son suyos. —Me mira largamente—. Tampoco estaba hecha para trabajar en la finca, como tú. —Y acto seguido me cuenta cosas de ella, de la que hasta ahora yo sólo había oído que le daba a la bebida y era algo excéntrica.

Helene Henner, de soltera Mannsfeld y Bechert de su primer matrimonio, la madre de Henner, ya tenía treinta y cinco años cuando él nació. Ella había nacido en 1915 en la capital, en el seno de una familia burguesa. Era hija única. Su padre cayó en la guerra, murió en un hospital militar después de que le fueran amputadas ambas piernas. A partir de entonces las cosas habían ido mal para la familia. La fortuna de la madre aún duró unos años, pero a principios de los años treinta se había agotado. La madre de Helene no volvió a casarse.

Sin embargo, Helene estudió en una buena escuela, tenía formación, modales, pero no dinero. A los dieciocho años conoció al abogado Ernst Bechert, que se casó con ella de inmediato pese a su falta de recursos. Ernst hizo carrera y se afilió al NSDAP, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. No tuvieron hijos. En 1940 él fue llamado a filas, y regresó en febrero de 1945 con un grave traumatismo craneal y tuerto. Pero cuando llegaron los rusos, se ahorcó en la cocina de la casa que compartían. Helene no escapó lo bastante deprisa. Las calles ya estaban repletas de soldados rusos, y su belleza apenas podía ocultarse aunque se cubriera la cabeza con sucios pañuelos. La apresaron en el sótano de la casa. Ella no sabía cuántos eran, docenas, en cualquier caso. Uno la hirió de tal modo que ni siquiera los que esperaban su turno quisieron tomar a aquella mujer medio muerta. Por lo visto, sangró como un animal degollado. Aquello se prolongó durante semanas. Se lo confesó a su segundo marido en su lecho de muerte, y sólo entonces él pudo entenderlo todo.

En verano de 1945 consiguió sacar su vejado cuerpo de la ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta cómo llegó a Turingia y a nuestro pueblo. En la finca de los Henner le dieron trabajo y un pequeño cuarto, y un año después se casó con el hijo menor, Franz, que había sobrevivido a la guerra a pesar de haber perdido algunos dedos de los pies por congelación y de llevar un montón de metralla en el cuerpo. Tenía veintinueve años. Ella, treinta y uno. Los otros dos hijos de la familia habían muerto en la guerra.

Finalmente, en 1950 nació Henner. Nadie contaba ya con que Helene fuera a tener un hijo. Durante el embarazo se procuró libros y, para disgusto de los Henner, se pasaba días enteros leyendo. Después se perdió definitivamente en los libros y el alcohol, y no volvió a aparecer.

Ahora Henner apoya la cabeza en mi regazo, entre suspiros. Lo tapo con mi vestido y él se echa a llorar. Eso hace, sí, y sus lágrimas mojan mis piernas desnudas, que aún tiemblan. Sólo lo vi así una vez, ni una más. El amor lo había ablandado.



## 8

En casa, en la granja de los Brendel, me recibe Marianne.

—Pues sí que habéis estado por ahí tiempo —comenta.

Cuando paso por delante de ella, se me acerca mucho y me olfatea. Nunca lo olvidaré: su nariz casi tocándome, ella levantando la cabeza y mirándome, yo conteniendo la respiración y arrepintiéndome de no haberme lavado para quitarme el olor a Henner, ella sonriendo de repente y diciendo:

—Hueles como una cuadra entera. Ve a darte una ducha rápida antes de cenar.

Asiento en silencio. Por esta vez me he librado.

Hartmut ya ha cogido color. Ha madrugado con Siegfried para echarle una mano en el trabajo. Tiene las mejillas sonrosadas y come con apetito. Gisela no deja de mirarlo, pero no dice nada. Los niños le toman el pelo a Lukas y hablan sin cesar. Nosotros no estamos acostumbrados a semejante parloteo en la mesa. Alfred mira alrededor enfurruñado, sus ojos se clavan en mí. Yo miro el vaso de vino y sudo.

De pronto, Hartmut quiere saber si, llegado el momento, iremos a ver nuestros expedientes de la Stasi, y si para entonces no los habrán destruido. Siegfried se ríe y contesta que no le hace falta, que ya sabe lo que ponen e incluso quién ha facilitado la información, y añade dirigiéndose a mí:

—Creo que la única de esta mesa que tiene un expediente imaculado, si es que lo tiene, es Maria.

Me entran ganas de tirarle la comida a la cara. Al fin y al cabo, participé en la primera manifestación de P. y con los demás chillé a voz en grito «¡Nosotros somos el pueblo!», aunque debo admitir que no fuimos allí únicamente por la manifestación; la verdad es que después queríamos ir a comer helado, mi amiga Katja y yo. Pero Siegfried no deja de lanzar pullas.

—Maria —continúa con cara de importancia y los brazos cruzados— estuvo en la Pionierrepublik. Matrícula de honor para las hojas de servicio, lo que yo os diga. Ahí educaron a nuestra futura élite, ¿verdad, Maria?

Estoy a punto de llorar. ¿Qué sabrá él de la Pionierrepublik? Gisela mira sin entender nada y me veo obligada a dar explicaciones, mirando fijamente a Siegfried, que, en efecto, cada vez habla menos y al final incluso palidece un poco.

Yo tenía doce años, era la mejor de mi clase y vicesecretaria general del denominado Comité de la Amistad del colegio Erich Weinert en R. Un día la directora nos pidió a mi madre y a mí que fuéramos a verla por la tarde y nos anunció que yo había sido elegida en nuestro distrito para ir a

la Pionierrepublik Wilhelm Pieck, donde pasaría seis semanas. Tal honor no podía rechazarse. De manera que en febrero de 1986 fui en tren a la capital junto con muchos chicos de distintos distritos y un grupo de líderes pioneros. Desde allí nos trasladaron en autobuses al campamento, a orillas del lago Werbellin. Ya el primer día fue un desastre. Yo no tenía el quepis de los pioneros, en lugar de atarme al cuello la pañoleta roja con el nudo de pionero lo hacía con el nudo de explorador y en la manga de la blusa blanca me faltaba el emblema. Jamás había tenido una blusa con emblema. Mi madre siempre me dejaba ponerme una chaqueta de punto por encima, cosa que nunca había molestado a nadie. En el primer acto multitudinario de izada de la bandera tuve que colocarme primero en un extremo de la última fila, luego en el centro del cuadrado donde se hallaba la bandera: allí me echaron una severa reprimenda delante de todo el mundo por no guardar el debido respeto a la organización de pioneros, y por lo tanto a la República Democrática Alemana, y más tarde me llamaron al despacho del líder pionero de turno. Desde la casa consistorial del pueblo hicieron llegar un mensaje a mi madre. Ese mismo día ella echó al correo un paquetito con todo lo que faltaba, y tres días después mi aspecto era como el de las demás chicas: falda azul marino, blusa blanca de pionera, pañuelo rojo debidamente anudado y el quepis azul en la cabeza.

Había un sinfín de normas: cómo plegar la ropa en la silla por la noche después de desvestirse, con la pañoleta siempre encima de todo, cómo hacer las camas con precisión militar, cuándo había que levantarse por la mañana para practicar deporte, cada cosa anunciada por los altavoces instalados en todas las casas y por todo el campamento. Una marcha acompañaba nuestro deporte matutino diario, sólo recuerdo el estribillo: «¡Pioneros, adelante, vayamos hacia delante! ¡Pioneros, entonad vuestros cantos, haced que ondeen las banderas! ¡Nuestro camino nos lleva hasta la luz de la mañana, estamos orgullosos de ser pioneros!»

A eso le seguía un largo día de escuela, con especial dedicación a las clases de ruso y educación cívica. Las comidas las hacíamos en común en una gran sala, con cucarachas pululando bajo las mesas. Yo no había visto una cucaracha en mi vida, y me daban muchísimo asco. Tres veces al día había que izar la bandera, una ceremonia que empezaba y acababa con el aviso: «¡Pioneros de Thälmann, listos!», y nosotros respondíamos: «¡Siempre listos!» Por la noche veíamos juntos el informativo *Cámara de actualidad* y a veces el programa *El canal negro*, que presentaba Karl Eduard von Schnitzler. En una de las emisiones mostraron un puesto de fruta y verdura de Alemania Occidental con unas frutas increíbles, pero acto seguido el reportero dio la vuelta a unas cuantas piezas y señaló manchas marrones y moho. Aquello nos horrorizó. «Como podéis ver, no es oro todo lo que reluce», afirmó con aire triunfal la líder pionera. En la siguiente imagen se veía a un sin techo pidiendo con la sucia palma en alto. Nos quedamos escandalizados.

Todos escribíamos un diario; teníamos que hacerlo, y poco después supimos por qué. Y es que una mañana llegó un miembro del personal de vigilancia y los recogió. Al día siguiente todos los diarios se hallaban en mesas, a disposición de cualquiera, en el recibidor de las casas. El pensamiento de un individuo pasaba a ser el de todos. Allí ya nada era de nadie, o dicho de otro modo: todo era de todos.

Los objetos o juguetes que a todas luces procedían de países imperialistas se confiscaban. En mi caso, le tocó a un pequeño plumier con banderita inglesa y un camisón con un personaje de dibujos animados americano. De vez en cuando nos llegaba ropa usada de una pariente lejana de mi madre en el Oeste.

Mis camaradas de habitación no tenían cosas indecentes.

Las cartas que escribí a casa, y que siempre decían lo mismo, me las devolvieron abiertas y tuve que ir al despacho del líder pionero. Allí me esperaban tres personas; una de ellas me las leyó en voz alta. Después de la primera, me costaba ya no expresar lo que pensaba, e intenté ver si fuera, por el camino, desfilaba la que hasta entonces era mi única amiga, Silke. Era difícil de saber, porque llevaba la misma ropa que los demás. Luego me exhortaron a prestar atención, aunque conocía perfectamente aquellas líneas: «Querida mamá: El campamento es como una cárcel. Por favor, llévame a casa. No puedo quedarme aquí. Estoy muy triste y lloro mucho, sobre todo por la noche. Maria.» Entonces me dijeron que, si volvía a escribir algo así, a mis padres y a mí nos costaría un disgusto terrible.

Lo cierto es que ya no tenía miedo. Peor no podía ser, pensaba. Y no lo fue. Mi madre no recibió las cartas y nadie vino a buscarme. Pero, al cabo de tres semanas de las seis que debía pasar, ya no quería irme. Hubo un desfile de antorchas. Cientos de niños marchamos entre un mar de fuego que ondeaba a izquierda y derecha y cantamos *El pequeño trompeta* y *Los soldados del pantano*. Las antorchas iluminaban el camino, que atravesaba el campamento hasta una gran plaza central. Allí la comitiva se detuvo, y para finalizar cantamos la última estrofa de *Los soldados del pantano*.

Ése fue el momento en que algo cambió en mí, algo se quebró, la resistencia cesó. Me sentí unida al resto, fuerte e invencible. Fue un instante solemne e indescriptible, y al mismo tiempo uno de los momentos más inquietantes de mi estancia allí.

Y cuando Gisela me pide que cante la canción y yo entono *Los soldados del pantano* sin dejar de sentir un escalofrío, Siegfried, Hartmut, Marianne, Alfred y Frieda, por este orden, no tardan en unirse a mí: «Todo lo que la vista abarca está muerto, no hay amor. Ni un pájaro nos alegra, los robles desnudos nos dan temor. Soldados del pantano, las palas en la mano.»

Marianne tararea la melodía con su voz clara, ya que no se sabe la letra, y en la última estrofa, cuando dice «De nada nos sirven los lamentos, el invierno pronto pasará. Llegará el día en que gritemos contentos, por fin la patria nuestra será», Siegfried no puede contenerse y acomete con brío las últimas palabras, de tal modo que todos enmudecemos y Gisela se agarra con ambas manos fuertemente a la silla. Después callamos, y me avergüenzo un poco de Siegfried. Ahora cada uno se ensimisma en sus propias imágenes, y cuando el silencio se prolonga demasiado, cuento el final de mi historia: que al cabo de seis semanas volví a casa y mi madre me preguntó llorando: «Pero ¿qué te han hecho?», porque en la mesa le canté canciones de guerra rusas. Y sollocé y eché de menos a mis camaradas. Me llevó un tiempo encontrar mi sitio de nuevo y que al final mi añoranza de la vida en el campamento se transmutara en aversión a todo lo colectivo.

No era eso lo que se imaginaba Siegfried, que ahora me mira con cierta compasión. A Gisela todo ello le parece «barbarie», como con los nazis; Hartmut coincide con su mujer, aunque acaba de cantar con nosotros entusiasmado.

—¡Cerdos! —repite una y otra vez—. ¡Cerdos asquerosos! Ahí acabaron con los niños.

Luego Frieda nos sirve un postre: tiramisú. Nunca lo hemos comido. Ya sólo el nombre resulta prometedor. Lo ha preparado Gisela, se ha traído los ingredientes. Me paro a pensar si Hartmut tiene razón, si de verdad acabaron conmigo, aunque creo que exagera.

Ninguno de nosotros se ha percatado de que Johannes ha estado sacándonos fotos mientras cantábamos. Esa misma noche veré en las imágenes que Alfred me mira. Nos vamos a dormir

tarde, tarde, y Johannes me abraza con ternura.

Más allá, en la otra habitación, está mi bolso, y dentro otra nota que me ha dado Henner. La reservo para mañana.

## 9

He descuidado a los Karamázov. Justo cuando acababa de pasar algo terrible: Fiódor Karamázov ha muerto. Asesinado, y todo apunta a que a manos de su hijo Dimitri. Pero cuando está sumido en la mayor de las desgracias y ya todo le da igual, Grúshenka le demuestra su amor. A veces el amor lo es todo.

Antes de empezar el siguiente capítulo, saco de prisa el mensaje de Henner y leo: «Vente conmigo, sólo un día...» Cuando leo sus frases es como si me precipitara al abismo, y cada vez deseo salir corriendo y dejarlo todo, incluso a Johannes. Pero no lo hago. Tengo un presentimiento, como el del *stárets* cuando se inclinó ante Dimitri. No sé cuál puede ser la desgracia que espera a Henner, pero me temo que tiene que ver conmigo.

Abajo todos están sentados desayunando. A los niños se los ha tragado la granja. Juegan en el establo y los campos y sólo aparecen a las horas de las comidas. No tengo apetito, Henner me llena por completo, no queda sitio para nada más. Johannes está contando cómo me conoció: en P., en la primera manifestación. Había miles de personas, la concentración era tan numerosa que no veíamos ni el principio ni el final. Pasamos delante de los grandes almacenes y continuamos hacia el mercado, arrastrados por la corriente. «¡Nosotros somos el pueblo! ¡Nosotros somos el pueblo!», gritaba la masa, y yo tenía una sensación similar a aquella vez en la Pionierrepublik, sólo que allí fue más fuerte aún, probablemente por las antorchas y las canciones.

Katja y yo, que ya estábamos cansadas de tanta consigna, íbamos a torcer para ir a la heladería cuando de pronto vimos al lado un cañón de agua. La gente empezó a chillar, algunos siguieron gritando: «¡Nosotros somos el pueblo!», y sin saber cómo mi amiga y yo nos separamos. A mi lado iba una mujer con un cochecito. Había policías armados por todas partes. Apuntándonos. Entonces llegó el chorro de agua. La señora del niño cayó, y el cochecito volcó y se deslizó hacia la muchedumbre. Alguien lo paró y sacó al bebé. El pequeño lloraba a voz en cuello, la mujer estaba en el suelo y no paraba de gritar, y cuando el hombre la cogió y la levantó, el niño estuvo a punto de caérsele. Yo me tapé la cara con las manos y permanecí inmóvil. Todo el mundo corría de un lado a otro, pero nadie escapaba. Les pegarían un tiro, pensé. Les apuntarían, y todo el que estuviera delante se desplomaría. Yo estaba delante. Katja no había aparecido, ahora a mi lado estaba Johannes —nos conocíamos de vista desde pequeños—, que me apartó de allí, sorteando la multitud, avanzando hacia una bocacalle. Corrimos y corrimos sin saber adónde, y a nuestra espalda se formó un gran tumulto. Algo había pasado, pero no vimos qué. Me metió en un portal, abrió la puerta de golpe y me empujó dentro. Y allí me besó por primera vez. Fue en octubre de

1989. Entonces tuvimos la sensación de habernos librado de una muerte segura, aunque después resultó que no había ocurrido nada.

Gisela mira a Johannes como si le hubieran contado un cuento, con asombro y también con cierta incredulidad. Me parece que cree que todo son exageraciones. Pero se equivoca. Johannes es comedido, no ha sabido expresar bien el dramatismo de la historia. Sin embargo, es evidente que a Gisela le basta. Si sólo esto basta para dejarla así de sobrecogida, casi seguro que Hartmut no le habrá contado la verdad acerca de la cárcel. Que, por ejemplo, cuando tenía mucha fiebre y pulmonía dejaron que pasaran tres días antes de avisar a un médico; se lo contó a Siegfried, y éste a Marianne, y ella a Johannes, y ahora yo también lo sé. Pero no estoy tan segura de que Gisela lo sepa. ¿Habrá podido ocultárselo Hartmut? Y de ser así, ¿por qué?

Sin embargo, entonces pienso en mi propio secreto y comprendo que hay cosas que se pueden contar de inmediato, otras que requieren el momento adecuado y algunas que son inefables.

Naturalmente, la historia no acabó ahí. En un momento dado decidimos emprender el largo camino de vuelta a casa y en la estación nos topamos con Katja, que al verme rompió a llorar y se me echó al cuello. Después de viajar tres cuartos de hora en tren, volvimos presurosos a nuestros respectivos pueblos. Yo seguí con Johannes hasta la finca de los Brendel y nos metimos en el granero, con el heno, donde estuvimos besándonos un buen rato. Pedí a Katja que avisara a mi madre.

Unos días después, en clase, nos llamó la directora. A uno detrás del otro. Yo tuve que explicar dónde había estado el día de la manifestación y, finalmente, qué se me había perdido allí. A día de hoy, sigo sin estar segura de quién nos delató, pero Katja tardó menos en salir que yo.

Por aquel entonces, yo cada vez llamaba más la atención; había decidido no participar en la ceremonia de iniciación cívica y, en su lugar, confirmarme. Una sombra empañó mi hasta entonces impecable trayectoria. Creo que Siegfried fue injusto cuando dijo que yo era la única con un expediente inmaculado.

Hubo varias razones por las que no participé con el resto de mi clase en la ceremonia de iniciación cívica. Por aquella época, yo frecuentaba bastante la casa del pastor. Uno de sus hijos, David, venía a vernos a menudo. Saltaba la cerca y me traía regalos. La familia del pastor recibía visitas del Oeste con regularidad y David se hacía con un montón de cosas buenas del otro lado: chocolate, gominolas, pósters de estrellas del rock, a veces incluso discos. Y en esas ocasiones nos sentábamos en la habitación de mi madre a escuchar música prohibida. Yo estaba locamente enamorada de David. Cenaba bastantes días con él y su familia y rezaba con más fervor que los hijos del pastor cuando antes de comer decíamos: «Ven, Señor, bendícenos y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a recibir.» Ninguno de sus hijos era pionero, ninguno formaba parte de la Juventud Libre Alemana, la organización juvenil oficial de la RDA; cuando los conocí, hablaban de otras cosas y eran mucho más listos que el resto del pueblo. Los admiraba enormemente.

Después, cuando todavía faltaba mucho para el gran acontecimiento, la clase de octavo al completo recibió el texto del juramento de la ceremonia de iniciación cívica para llevárselo a casa. Debíamos adherirnos al inminente acto. El texto empezaba así:

Queridos jóvenes:

Si, como jóvenes ciudadanos de nuestra República Democrática Alemana, estáis listos para trabajar y luchar con nosotros, fieles a la Constitución, en pro de la gran y noble causa del

socialismo y para respetar el legado revolucionario del pueblo, responded: ¡Sí, lo juramos!

Entonces David me advirtió que no podía proclamar eso en serio, que debía pensarme muy bien *qué* iba a decir. Por otro lado, según él, había gente que desaparecía sin más por estar en contra del Estado. Se lo había oído decir a su padre, y su padre nunca mentía. Para colmo, justo por esa época vino a vernos uno de los hermanos de mi madre y habló de un amigo suyo al que habían detenido apenas dos años antes por tener y difundir literatura imperialista —incluidos algunos libros de filósofos prohibidos—. Acabó en la cárcel de Bautzen, salió al año y murió poco después de un cáncer especialmente fulminante y radical. Tenía veintinueve años y era padre de dos hijos. Mi madre estuvo cuchicheando mucho rato con su hermano y, por lo que pude oír, creían que esa muerte estaba relacionada con la cárcel, que lo habían hecho enfermar en ella. No pude por menos de pensar mucho en ese hombre, y las palabras «gran y noble causa del socialismo» se me antojaron impronunciables. A eso se sumó que el hijo de la cartera desapareciera cuando un día, muy borracho, se subió al asta de una bandera en la ciudad y se puso a gritar: «¡Estado de mierda!» Se llamaba Anton; no volvimos a verlo. En opinión de David, yo no podía pasar por alto esas señales.

Sin embargo, el juramento constaba de más partes, y la última rezaba así:

Si, como verdaderos patriotas, estáis listos para seguir estrechando la firme amistad con la Unión Soviética, fortalecer el hermanamiento con los países socialistas, luchar por el internacionalismo proletario, velar por la paz y defender el socialismo de los ataques imperialistas, responded: ¡Sí, lo juramos!

En ese párrafo se me planteaba un dilema puramente personal. Yo no quería en modo alguno estrechar la amistad con la Unión Soviética, por la sencilla razón de que mi padre nos había abandonado por una mujer soviética. Había desaparecido sin dejar rastro en ese país después de, tiempo antes, haberse pasado la mayor parte del año trabajando en el proyecto de gasoducto soviético. De manera que sentía una enemistad personal hacia la URSS. La odiaba con todas mis fuerzas, y entonces tampoco me gustaba el ruso, aunque nos vino bien que yo pudiese leer las cartas que mi madre solía encontrarse en los bolsillos de mi padre y, de esa forma, se enterara de a qué se dedicaba realmente en la Unión Soviética.

Además, cada vez ansiaba más la variopinta diversidad de Occidente. Yo también quería tener esas cosas, no luchar contra ellas, sino que fueran mías. Sin embargo, el principal motivo era David, mi primer amor, por quien habría hecho casi cualquier cosa.

De manera que mi decisión fue firme. Mi madre lloró mucho y dijo que era tan cabezota como mi padre, si no más. El disgusto era de esperar, aunque al final no fue para tanto. Me mantuve en mis trece y prefería memorizar textos del catecismo, versículos de la Biblia y el credo, ya que Dios, como decía a menudo el padre de David, era más grande que el socialismo.

Sin embargo, eso no lo he contado. Gisela ya ha tenido más que suficiente con lo poco que he dicho. Da la impresión de no querer saber más de un mundo que ella ve desde el otro lado del muro únicamente con pena y cierto desprecio. Cuando surgen estas conversaciones, se queda al margen, apartada de nosotros. He visto que le cogía la mano a Hartmut y se la rodeaba aprensivamente con las suyas, como si temiera que se le fuese a escapar, aparecer en el pasado y quedarse allí.

De pronto la atención se centra en Völker. Nadie sabe a ciencia cierta por qué empezó a beber. No fue porque en la cooperativa todos lo hicieran. A decir verdad, las cosas le iban bien. Sólo

que se peleaba a menudo con su padre, Heinrich. No me extrañaría que fuera cierto que es hijo de Alfred. Puede que lo intuya, porque lo que es decirse lo, nadie se lo ha dicho. La mentira devora a las personas por dentro, suele repetir la abuela Traudel. Puede mantenerse oculta mucho tiempo, pero al final acaba saliendo a la luz, así se lo he oído decir con frecuencia. El hecho de que Volker beba tiene algo que ver con ello, de eso estoy segura. Incluso tuvo una novia de joven. Por un tiempo, Volker y ella vivieron en la granja, arriba, en la buhardilla que ahora ocupamos Johannes y yo. Pero Siegfried y Volker también discutían mucho, y como Siegfried era el más capaz de los dos, al final Volker tuvo que irse. Se lo tomó a mal y se enfadó con todos, en especial con Alfred, que entonces intercedió por Siegfried, aunque siempre se ponía de parte de Volker. Pero en Volker no se podía confiar. Cuando bebía se olvidaba de los animales, cosa que nadie toleraba.

Frieda se va a la sala. No le gusta el tema de Volker, a pesar de lo mucho que lo quiere, pues no deja de ser su primogénito. Alfred sale tras ella en silencio. Y ahora Siegfried dice algo totalmente inesperado:

—Si echara un vistazo a mis expedientes de la Stasi para ver quién estuvo sonsacándome, ¿cuál creéis que sería el nombre que encontraría? —Esboza una sonrisa pícara y nos mira de uno en uno.

Marianne se tapa la boca con la mano y Hartmut niega con la cabeza. Gisela mira a un lado y otro, y Johannes dice:

—Ya me lo imagino, papá.

Y como Volker sabe que Siegfried lo sabe, ya no le gusta venir a la granja.

Después los dejamos a solas. Johannes me coge de la mano, me saca al pasillo y subimos la escalera. Vuelve a estar con la cabeza en otra parte; tiene un plan: quiere ir a Leipzig para visitar la Escuela de Bellas Artes. Aunque ahora están de vacaciones, alguien habrá, dice. No me ha preguntado si quiero acompañarlo. Ése es su camino, y el mío, eso por lo menos lo sé, va en otra dirección. Es demasiado pronto para saber hacia dónde. Siento una cosa y a continuación siento otra distinta, vivo día a día, en el presente, en el ahora, y el ahora es Henner. A Johannes y el futuro los rodea la incertidumbre.



## 10

Han pasado unos días. Días grises, días tristes en los que no he sabido nada de Henner ni lo he visto. Ni siquiera ha aparecido por la tienda. Marianne dice que seguramente se ha ido de parranda o anda con alguna mujer. Y yo enloquezco. Por otro lado, soy yo quien ha de dar una respuesta. «Vente conmigo, sólo un día...» Está claro: la decisión es mía.

Gisela y Hartmut han vuelto a Baviera con Frieda. Es la primera vez en su vida que Frieda sale al extranjero. Al fin y al cabo, esto aún es la RDA. Estaba tan nerviosa que Marianne tuvo que hacerle la maleta, porque ella ni sabía qué meter. Normalmente lleva batas, jornada tras jornada. Hartmut ha prometido venir más a menudo, quiere apoyar a Siegfried cuando llegue el momento de recuperar el terreno de la cooperativa. Y los expedientes, que le interesan más a él que a todos nosotros juntos.

No sé qué hacer. He ido varias veces a la finca de Henner, pero está cerrada a cal y canto. Johannes se marchó ayer y no va a volver hasta dentro de tres días. Decido acercarme al Linden a preguntar si necesitan una camarera para el resto del verano. El dueño ha abierto una terraza, y paulatinamente incluso empiezan a llegar turistas a esta zona. Me arreglo un poco: un vestido nuevo claro, algo de carmín, los zapatos con un poco de tacón. Después echo a andar por el callejón polvoriento que conduce al bar, a primera hora de la tarde no corre brisa y hace calor, en el aire flota un leve zumbido.

Al entrar en la taberna veo a Henner sentado a la mesa de los habituales. Está como una cuba y habla a voces del «Estado delincuente que me ha arruinado la vida, y hasta mi mujer se largó, y era de la Stasi, la muy zorra». Me tiemblan las rodillas. Está hecho un desastre, sucio y rudo, nada que ver con lo que me gustaría. Me obligo a avanzar hasta la barra y llamo al dueño por señas, con la esperanza de que Henner no me vea. Tiene la mano derecha apoyada en la mesa, en un charco pegajoso de cerveza, y la izquierda descansa laxa en la pernera del pantalón, llena de manchas. No te vuelvas, Henner, pido mentalmente, pero eso es justo lo que hace. Me mira, sonrío con indiscreción y suelta una risita.

—¡Maria! ¡La muñequita! —exclama—. Para ella las cosas todavía son fáciles. Se marchará de aquí y no volverá. Jamás. ¿Qué querrá de Johannes, ese niño? —Y a continuación suelta tal carcajada que hasta los de su mesa parecen un tanto abochornados.

Tiemblo de pies a cabeza.

—Estupendo, pues empiezas la semana que viene —dice el dueño del bar—, todo el verano. Me viene muy bien, porque Gabi está embarazada otra vez y ya no puede ayudar demasiado.

Salgo del Linden y me alejo. La verdad es que ni sé adónde voy, enfilo el camino como una autómatas en dirección al bosque. Y cuando ya llevo un buen rato y estoy bastante lejos, oigo un jadeo a mi espalda. Henner me alcanza antes de darme tiempo a pensar. Me arroja al suelo, caemos ambos sin remedio. Está encima de mí y me sujeta con fuerza. Hasta que dejo de moverme. Entonces se arrodilla sobre mí y dice tan sobrio como borracho estaba antes:

—Ahora te vienes conmigo.

Me sacudo la tierra del vestido, corro a la granja, le digo a Marianne que tengo que ir a casa de mi madre y que no sé cuándo volveré, cojo lo necesario del reino de las arañas, a escondidas meto en el bolso algo de verdura y un trozo de carne de la tienda, y me marcho. Probablemente también me iría aunque estuviera Johannes. No se trata de una decisión.

Cuando llego, se ha lavado y cambiado de ropa. Me sorprende la rapidez con que se le ha pasado la borrachera. Aún no tengo ganas de hablar, lo castigo con mi silencio. Luego empiezo a picar la verdura. Rehogo las cebollas y el ajo en mantequilla, añado las patatas y la verdura en daditos, algunas especias que encuentro en el armario, lo dejo un cuarto de hora, echo un poco de nata líquida y algo de harina. Agrego la carne: dos gruesos solomillos, tiernos y jugosos.

—Pon la mesa, Henner —le digo—. La comida casi está lista.

De pronto parece muy joven. A sus labios asoma una sonrisa burlona. Sin embargo, obedece sin rechistar.

Se pasa toda la comida observándome, como para asegurarse de que no voy a desaparecer de repente. Me gusta. Sé que mi comportamiento es vanidoso y arrogante. Quiero que me mire y me desee, sólo a mí, a nadie más. A mí sola.

Cuando nos levantamos de la mesa y vamos a la otra habitación, le susurro al oído algo que, lo sé incluso en ese momento, sólo diré una vez: «Hazme lo que quieras.» Y eso hace.

A la mañana siguiente me despiertan los ladridos de los perros. Debe de haber alguien al otro lado del portón, tal vez sólo un animal. Tengo que ir al cuarto de baño; intento levantarme: saco las piernas de la cama y apoyo los pies en el frío suelo, pero no me sostienen. Henner se levanta de un brinco. Se acerca a mí, me lleva al cuarto de baño y me trae de vuelta. No puedo evitar pensar en las gatas, que cogen a sus crías por el pescuezo y las llevan así. Hoy Henner es mi madre gatuna. La noche anterior lloré un poco y una vez le pedí que parara. Y él repuso muy bajo y en un tono extraño que tendría que haberlo pensado antes, que era demasiado tarde.

Los perros han callado, y Henner me lava con una esponja caliente. Me aparta el pelo de la cara, quiere asearme. Después prepara té y va al pueblo por panecillos. Se queda el día entero a mi lado, dándome de comer y limpiándome. Estoy muy enferma. La cabeza me arde y mis pensamientos son incoherentes, y sin embargo me siento feliz. Pero que no se aparte de la cama, porque me inquieta en el acto. Cuando cae la noche, pone una lamparita en el suelo, junto a la cama, y empieza a leerme: «Con tus frías manos buenas / cierra las heridas tú, / que sangren dentro las penas; / dulce madre de dolores, tú.» Cierro los ojos y me abismo en mi estado febril. «La oscuridad me borró silenciosa, / era una muerta sombra yo en el día; / entonces salí de la casa dichosa / hacia la noche dolorosa. /... / ¡Tú eres en la profunda medianoche / alguien no acogido en suave seno / y nunca sido, al ser ajeno! / Eres en la profunda medianoche.» Más tarde noto sus manos frías en mi cuerpo febril, pero ya no sé si estoy despierta o soñando.

Grúshenka, Grúshenka, ¿de verdad quieres quedarte con Dimitri?

Por la noche se acuesta a mi lado y no puede dormir; da vueltas y más vueltas. La fiebre altera

mi percepción. La distancia entre él y yo se me antoja de metros, aunque puedo tocarlo. Hasta mis piernas y mis brazos parecen alejarse de mí. Me abandono a esa sensación, me tumbo boca abajo, con los brazos debajo de la cabeza, amodorrada, y en un momento dado lo siento de nuevo dentro de mí. Me toma como a él le gusta, hasta que finalmente puede dormirse.

En lugar de un día son dos, y el tercero sigo aquí. Henner me cuenta que he dicho muchas cosas cuando tenía fiebre, pero incoherentes.

Todavía me siento muy débil, y hoy vuelve Johannes. Si no me encuentra en la granja, irá a casa de mi madre a buscarme. Y todo se sabrá.

Junto a la cama hay varias tazas vacías. Henner ha preparado infusiones y me las ha dado a cucharadas, o al menos eso dice. Yo no me acuerdo.

Ahora estoy intranquila, tengo que llegar a la granja antes que Johannes. Debo irme. Ya. Henner ha lavado mis cosas, me las trae a la cama. Me mira un buen rato. Sus ojos preguntan qué sé yo de estas noches, si ha llegado demasiado lejos. Lo dejo a solas con sus mudas preguntas; yo no sé nada.

La luz del día se cuele en el oscuro cuarto. Me visto con parsimonia y salgo de la casa como si saliera del tiempo. Allí dentro todo es viejo: las paredes, la cama y, en cierto modo, hasta el propio Henner. Me acompaña hasta el portón y dice:

—Ya sabes dónde estoy, Maria.

Esta vez no me da ninguna nota.

A la puerta de la granja de los Brendel está Alfred, mirando. Me saluda a la manera de Frieda:

—Vaya, ya ha vuelto. ¿Qué tal en casa de la madre? —A su boca pequeña aflora una sonrisa maliciosa, y sus ojos se amusgan.

Pero antes de que pueda contestar, el Wartburg se detiene detrás de mí y Johannes se apea. Noto el corazón desbocado y también un fuerte palpitar en la cabeza. La mentira es el peor de los pecados, decía siempre la abuela Traudel cuando Lorenz volvía a salir de caza. Creo que tiene razón.

## 11

Gracias a Dios, Johannes está tan emocionado con sus vivencias de estos últimos días que ni repara en mi silencio. Esta vez es él quien habla atropelladamente de la ciudad, que sigue siendo fea y gris, y de las personas a quienes ha conocido en la Escuela de Bellas Artes y de la clase de fotografía que se imparte allí. Se llevó fotos y uno de los estudiantes le dijo que eran muy buenas. Que tenía mucho ojo para la luz y la composición, ésas fueron las palabras exactas. «La luz y la composición», repite Johannes, dándose tono.

Luego me quiere quitar el vestido y me pongo rígida. Pero como tengo el período, no me hace falta mentir. Me bajó ayer, cuando estaba en casa de Henner y no llevaba nada. Él se limitó a poner paños gruesos sobre la sábana, los cambió a menudo y sin avergonzarse. No creo que Johannes fuera capaz de hacerlo.

Al final hablamos de la ciudad y del trabajo que ha de presentar para ingresar en la escuela. Quiere hacer una serie sobre el pueblo: los habitantes y sus casas; tanto por fuera como por dentro. Aunque no ha de ser demasiado documental, según dice, ha de ser arte, que es algo distinto. No sé en qué se diferencia una foto artística de una documental, pero Johannes me lo explica enseguida. Sin embargo, sus palabras me resbalan.

Más tarde le cuento que voy a trabajar en el Linden durante el verano. Le parece bien, ya que pasará las próximas semanas sacando fotos y en el cuarto oscuro. Acto seguido se mete allí, y respiro aliviada.

Ya no soy la que era. Pero ¿ahora quién soy?

El calor que hace en nuestras habitaciones me empuja a salir; me llevo *Los hermanos Karamázov*.

Abajo, en la tienda, Lukas ayuda a su madre. Marianne está de muy mal humor. Desde que Frieda se fue a Baviera tiene el doble de trabajo. Frieda cocina para toda la familia y ahora ha de ocuparse ella, pese a que no es nada buena cocinera. Pero Frieda volverá dentro de una semana. Llamó una vez, al economato, y Marianne fue corriendo. No parecía muy contenta, oímos más tarde, se ve que no hizo más que refunfuñar.

Sale a relucir la carne que falta, la que le preparé a Henner y que tan bien le supo, y Marianne dice con severidad:

—No pasa nada si quieres llevarle algo a tu madre, pero no lo cojas sin preguntar.

Tiene toda la razón, y prometo solemnemente pedir permiso la próxima vez.

Fuera, en los campos, la hierba ha vuelto a crecer. Estamos en agosto, pronto habrá que

segarla de nuevo. Me tumbo a la orilla del río con *Los hermanos Karamázov* y a medida que voy leyendo me doy cuenta de que todo me resulta familiar, aunque no puedo haberlo leído aún. Me pasa durante un montón de páginas. Estoy segura de que no he avanzado tanto, además había puesto un punto de libro; sin embargo, sé lo que va a pasar.

Dimitri no es el asesino. Fue el criado Smerdiákov, probablemente un hijo ilegítimo del viejo y ahora difunto Fiódor Karamázov, que además afirma que fue Iván, el hermano mediano, quien le inculcó la idea del asesinato. Pero eso no exonera a Mitia en modo alguno, ya que nadie declara y, para colmo, un día antes de que dé comienzo el proceso, Smerdiákov se ahorca. De Grúshenka se dice que ha sido la perdición de los dos, del padre y del hijo. Las mujeres de la ciudad, sobre todo, tienen mucha malicia.

Sobre mi cabeza, muy alto, vuelan las golondrinas: va a llover. Más allá, junto a la presa, diviso a Siegfried. Cada vez está más animado, por los grandes planes que forja desde hace días. Todo gira en torno a las palabras «agricultura biodinámica». Hartmut habló mucho de ello, dijo que en Baviera existían las denominadas «explotaciones con certificación Deméter», que hacían exactamente lo mismo que Siegfried en su granja, pero recibían mucho dinero por sus productos. Sin embargo, detrás había una filosofía, y se mencionó el nombre de «Rudolf Steiner». Se aludió a «nexos vitales» y «ritmos cósmicos en los cultivos». Al oírlo, Marianne casi reventó de risa y no paró de repetir «ritmos cósmicos» mientras bailoteaba misteriosamente por la cocina. A veces es un poco boba, a pesar de ser ya tan mayor, bueno, aunque es más joven que Henner, pero eso no tiene nada que ver. En cualquier caso, Hartmut siguió a lo suyo y citó al tal Steiner, que al parecer dijo: «La agricultura expresa su naturaleza en el mejor sentido de la palabra cuando puede concebirse como una suerte de individualidad.» Siegfried entendió en el acto a qué se refería, Marianne seguía muerta de risa y Frieda y Alfred negaron con la cabeza.

—Es una filosofía, madre —trató de explicar Hartmut, pero no había nada que hacer.

También se habló de «el animal como criatura animada» y de la importancia del rumiante para la calidad del suelo. Además, como señaló Hartmut, el animal debía tener la oportunidad de «establecer una relación sensorial con su entorno».

—Eso significa —resumió solemnemente al ver que todos lo mirábamos con expresión interrogativa— que el ganado tiene que estar en el campo.

Entonces Marianne rió con renovado ímpetu.

Al final, Siegfried se hartó de las carcajadas de su mujer y de los cabeceos de su madre y se fue a los campos con Hartmut y Gisela. Marianne se lo tomó a mal y le dijo a Frieda:

—Deben de creer que los del Este no somos muy listos, ellos y sus animales animados.

Pero acto seguido fue por un diccionario enciclopédico para buscar Deméter. Le gustó la ilustración de un cuadro de la diosa y preguntó si ella no se parecía un poco a Deméter. Y sí, no podía negarse que había cierto parecido.

Al ver así a Siegfried, con los pies firmemente asentados en el suelo y la mirada vagando por las tierras, me gustaría saber en qué piensa.

Por la noche vuelvo a sentarme con la familia a la mesa. Alfred ya se ha ido a la cama; desde que Frieda se marchó, da la impresión de que esté enfermo. Hoy se habla mucho, más de lo habitual. Siegfried tiene pensado visitar una de esas fincas para ver qué es eso que tanto las diferencia.

—No es magia, es agricultura —afirma, y Marianne asiente con vehemencia.

Johannes cuenta que quiere matricularse en la Escuela de Bellas Artes y, contra todo pronóstico, su padre no se opone, tan sólo le aconseja que lo mire bien todo y que, si algo no le cuadra, se vuelva y listo. En el futuro habrá mucho trabajo en la granja. Luego bebemos vino y después se enciende una discusión sumamente desagradable para todos.

Marianne no suele beber, pero cuando lo hace no tiene medida, de manera que se toma una botella de vino ella sola. Estamos parlanchines y reímos mucho, y en un momento dado sale a relucir Henner. Siegfried dice que sus mejores años ya han pasado, que ya no puede esperar gran cosa. La RDA pudo con él. Marianne lo defiende y opina que sigue siendo un hombre guapo y que últimamente además está mucho más tratable, debe de haberle ocurrido algo para que esté tan bien, y si dejara el alcohol de una vez por todas, seguro que podría volver a hacerse con las riendas de la finca.

—Así que te gusta Henner, ¿eh? —pregunta Siegfried.

—Si no te tuviera a ti, Siggi, no lo echaría de mi cama —contesta ella, probablemente influida por el vino, pero tal vez su respuesta sea también una gran verdad.

Lo suelta así, literalmente. Para Siegfried está claro que se ha pasado, y también para Johannes, que mira mal a su madre. Ella se da cuenta e intenta quitarle hierro al asunto, pero lo dicho, dicho está, y ya no hay nada que pueda arreglar la noche. Por si fuera poco, a continuación se aborda un tema que sin duda Siegfried lleva una temporada rumiando y resulta insoslayable. Se trata del dinero para los gastos domésticos. Desde hace un tiempo, y es algo que antes nunca había pasado, falta dinero de la caja y en cambio en el cuarto de baño cada vez hay más tubitos de cremas buenas y frasquitos de perfume, y en la sala, revistas en cuya portada aparecen mujeres de rostro perfecto. Son los nuevos objetos de deseo que crea Occidente y a los que una mujer como Marianne difícilmente puede resistirse. Pero a Siegfried no le van esas historias. A él le es indiferente que la piel de su mujer de pronto esté más suave o que huela a heno o a lila, le da absolutamente igual. Probablemente incluso prefiera el heno. No sabemos si lo que lo ha puesto así es el desafortunado comentario sobre Henner o el despilfarro de dinero pero, sea como sea, se levanta, coge una de las botellas de vino vacías y la parte en dos contra el canto de la mesa.

—¡No me tomes por tonto, Marianne, otros ya lo han intentado! —grita entonces.

A continuación, abandona la habitación y sale fuera. Lo oímos chillar:

—¡No se puede confiar en las mujeres, es así y no hay nada que hacer! ¡Idiotas!

No vuelve hasta bien entrada la noche. Johannes dice que sólo una vez había visto así a su padre, cuando en las fiestas del pueblo, hace dos años, Marianne bailó varias veces, y bien arrimada, con el hermano del dueño del Linden, y eso que todo el mundo sabía que era de la Stasi. Los dos estaban borrachos, y desde luego el alcohol no saca precisamente lo mejor de Siegfried, aunque por regla general es un hombre razonable.

Aquella vez la había llevado a casa a rastras y luego, en el dormitorio, le había pegado. Lukas, que dormía al lado, lo oyó todo.

Tras esta escena me siento mal. Ojalá estuviera con Henner, ojalá fuera libre. En ese caso viviría con él mientras la cosa funcionara, y cuando ya no funcionara, me quedaría a pesar de todo.

## 12

Aun así, por la mañana Siegfried aparece en el establo poco después de las cinco, puntual. Éstas son las cosas que Marianne sigue admirando en él y por las que sigue queriéndolo a día de hoy. Su resolución, su fuerza, su sentido del deber. Un arrebato de cólera como el de ayer no es nada en comparación con los casi veinte años que llevan casados, que en general han sido buenos. Alrededor de mediodía, las nubes ya se han disipado, y sólo se forman de nuevo cuando Henner acude a la tienda.

Henner compra carne y embutido, patatas, puerros y tomates y también una bandeja de frambuesas. No ha venido por mí, pero se alegra cuando entro y lo atiendo en lugar de Marianne. Ella casi ni se atreve a mirarlo, aunque es imposible que él sepa nada de la pelea. Y le viene bien que Siegfried la llame y le pida que le eche una mano en uno de los campos. Tal vez sólo quiera alejarla de allí. En los asuntos del corazón, he comprobado que los mayores suelen ser tan tontos como los jóvenes. Me quedo a solas con Henner. Johannes y Lukas han ido a la ciudad a comprar algo para su padre. Sólo está Alfred, del que suelo olvidarme con facilidad, merodeando como siempre, a hurtadillas.

Metó su compra en una bolsa de papel y la dejó en el mostrador.

—Sal de ahí, Maria —me dice—. Quiero tocarte.

Empuja la puerta con el pie, y ésta se entorna pero no se cierra. Entonces me asalta el extraño deseo de postrarme ante él; no sé por qué. Él aparta la compra y me sienta de golpe en el mostrador. Sus manos vagan a su antojo.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿Y si entra Marianne?

A él no parece preocuparle.

—¿Cuándo vas a volver a verme? —pregunta. Y, tras una breve pausa, musita—: Me había acostumbrado a ti.

Su sonrisa es auténtica, me duele. Me acaricia el pelo y los brazos, el cuello, los labios y se muestra tierno y también algo triste. La entrega de esas noches febriles fue como una promesa, y ahora él viene y la ansía.

Algo se mueve en la puerta. Quizá es el gato u otra criatura sigilosa.

Henner me sube el vestido.

—Te hice daño —afirma sin mirarme, y añade—: Pero no me arrepiento. —Ahora sus manos se detienen en mis piernas—. Di algo, Maria, dime algo.

Sin embargo, no sé qué decir. Lo que me hace vacilar no es lo que él supone. Aún no tengo las

palabras adecuadas, tan sólo un miedo indeterminado que asoma por un rincón sombrío y se esfuma en el acto. No por mí, no. Por él. Es todo cuanto puedo decir.

En la puerta está Alfred, estoy segura. Creo que lo sabe todo desde hace tiempo. Sus ojos están en cualquier parte, justo porque nadie lo toma completamente en serio. Así pasa inadvertido.

—Todavía no sé cuándo podré ir. Aquí se olerán algo si vuelvo a marcharme a casa de mi madre. Además, ¿y si alguna vez se encuentran a mi madre en la ciudad y le preguntan por mí? Entonces, ¿qué?

—No lo sé, Maria —contesta él, encogiéndose de hombros, y mi decepción es tal que me zafo de sus manos y me bajo del mostrador por el otro lado.

Debe de haber visto su fallo en mis ojos, ya que rodea el mostrador, me coge por las muñecas y me dice con la seguridad que yo anhelaba:

—Te vienes y punto.

Entonces oímos que llega un coche.

—Buenos días, Henner —saluda Johannes al entrar.

Pasa detrás del mostrador y me da un beso, pero Henner ya se ha ido. Todo esto es tan ruin... y sin embargo lo hago.

Johannes pregunta cuándo vamos a comer, pero en la cocina aún no hay nada listo. Todos somos conscientes de que necesitamos a Frieda. Me pongo a cocinar; estas últimas semanas he aprendido mucho, y después Siegfried me alaba y dice que no me había creído capaz. Mi sitio en la familia se afianza en la misma medida en que poco a poco voy alejándome de ellos. Sin embargo, ninguno de ellos tiene olfato para las cuestiones sutiles.

—Maria —dice Siegfried—, quién lo habría pensado.

Debo mi nombre a la nostalgia materna. Al ser hija de un comunista, mi madre rara vez pisaba una iglesia, pero en una ocasión vio una representación navideña, y la chica que hacía de Virgen la impresionó tanto que a partir de ese momento deseó llamarse Maria. Mi madre es del norte y no ha logrado aclimatarse a esto, a Turingia. El sube y baja interminable de colinas y valles, que tanto amo yo, a ella la horroriza. Cuando estaba embarazada de mí, mi padre recogió sus cosas y se la llevó sin más. Se pasó todo el camino llorando y no paró hasta que llegaron al pueblo donde nací. En realidad tendría que haber ido al hospital, pero como no estaban ni mi padre ni mis abuelos y ella no pudo llegar hasta el teléfono más cercano, que estaba en el economato, vine al mundo en el suelo de la cocina de mis abuelos. A posteriori, mi madre se alegró porque, según se enteró por otras mujeres, en el hospital se llevaban a los niños nada más nacer, y las madres sólo los veían cada cuatro horas, para amamantarlos. A mí pudo tenerme a su lado. No se separó de mí en días, sólo me acostaba de vez en cuando en el moisés, pero únicamente para sentarse al lado y mirarme. Lo sé por la abuela, que por aquel entonces refunfuñó lo suyo. Pero ahora ya no dice nada.

Después fuimos al norte, casi hasta la frontera; en las despedidas siempre se vertían muchas lágrimas. Allí arriba, en casa de los abuelos, fue donde vi por primera vez el Oeste. Hicimos una excursión a la pequeña ciudad de D. La franja fronteriza con su alta alambrada de púas lindaba con una calle de la ciudad. Allí, en el tercer piso de una casa de alquiler, vivía un pariente de mi madre. Desde las ventanas se veía la parte occidental. Al otro lado del Elba y los campos se alzaba una única casa; nunca podría ir allí. Me acuerdo bastante bien de lo que pensé y sentí. Tenía unos siete años y era incapaz de apartar los ojos de aquella casa. Resultaba incomprensible



que a sólo unos cientos de metros vivieran personas a quienes jamás podríamos conocer. ¡Si casi las veíamos! Y ellas a nosotros. Habríamos podido saludarnos con la mano o hacernos señales luminosas, como yo con mi novio, que en mi pueblo vivía en la casa contigua a la mía. Se me encogió el estómago, y todavía recuerdo que no quise comer el pastel que habían llevado, aunque fuera de fresa.

Y cuando, tras despedirnos del tío, bajamos la escalera y salimos a la calle, corrí hasta la valla y me aferré al alambre. Mi madre me gritó que volviera y al final tuvo que apartarme de allí a rastras. Al otro lado, los pastores alemanes ladraban y un soldado levantó el arma y vociferó:

—¡Quita las manos de la alambrada!

Algo así no se olvida.

Ahora hace casi un año que podemos pasar al otro lado, y ya lo hemos hecho dos veces.

Sea como sea, Siegfried quiere ir a Baviera pasado mañana, el domingo. Han decidido que, cuando Hartmut traiga de vuelta a Frieda, él irá a pasar una semana y visitará una explotación Deméter. Está obsesionado con eso. Johannes tendrá que sacar adelante el trabajo de su padre, y también está Alfred. Así éste podrá sentirse importante por una vez.

El lunes también empieza el trabajo para mí. El dueño del Linden quiere enseñarme antes del martes, que será mi primer día. Probablemente me venga bien, así pensaré en otras cosas y me ganaré un dinero.

Marianne me ayuda a fregar. Hoy huele muy parecido a la mujer de Hartmut, supongo que al final le habrá preguntado qué perfume usa. Cuando terminamos, me pasa la mano por el pelo y dice:

—Eres de gran ayuda, Maria.

Y vuelvo a sentirme fatal.

## 13

Agosto es mi mes preferido. Aún hace calor, pero ya no tan sofocante como en julio. Me invade una dulce melancolía cuando el verano se aproxima al otoño y mi cumpleaños está al caer. Voy a cumplir diecisiete, y con cada año que pasa aumenta mi sensación de cobrar algo más de peso en el mundo. Pero ahora que éste se ha ensanchado, la importancia disminuye. Así y todo, en la granja hago cierta falta, aunque también podrían arreglárselas muy bien sin mí.

Tengo un plan temerario: pasaré mi cumpleaños con Henner. Es factible: por la mañana me quedaré con los Brendel y, como Siegfried no estará, Johannes tendrá que trabajar el resto del día. Luego iré a ver a mi madre, pasaré con ella un par de horas y diré que debo volver a la granja para contentar a Johannes. Ella lo entenderá. Después iré a campo traviesa entre las hileras de maíz, que en estas fechas me llega por la cadera, y bajaré al valle hasta su finca.

Hoy vuelve Frieda. Estamos deseosos de oír lo que cuenta. Pero cuando por fin llega, tiene muy mala cara y se tumba en el sofá de su sala. Hartmut dice que desde hace tres días está insoportable y no ha querido ni comer. Creo que cuando alguien como Frieda ha pasado toda la vida en la granja y apenas si ha visitado la capital del distrito y una vez la costa del Báltico, ir a Baviera supone un gran viaje. Y no me equivoco. Más tarde nos cuenta lo mal que se sintió tan lejos de la granja, en la habitación de invitados de Hartmut y con esos muebles modernos. Estuvo muy intranquila y echó de menos a Alfred. ¡A Alfred, precisamente! En cualquier caso está encantada de haber vuelto, y por la tarde ya se encuentra bastante bien.

—¿Te has ocupado de la cocina, Maria? —me pregunta. Por primera vez no me interpela en tercera persona.

Ya es lunes y Siegfried se ha ido. Me acerco al Linden, que hoy cierra; sólo está abierto para los asiduos. Mis primeros clientes son los borrachos del pueblo y, para mi alivio, Henner no está entre ellos.

No hay mucho que hacer, siempre las mismas rondas: un aguardiente, una cerveza y, entre medias, carne picada con huevo y cebollas.

A las dos horas el dueño opina que ya he aprendido lo importante y me manda a casa, aún con mucho día por delante. Johannes está atareado en el establo y yo prácticamente termino de leer la historia de los Karamázov.

Ahora entiendo por qué Henner se alegró cuando elegí a Grúshenka en lugar de a Katerina Ivánovna. Aunque puede ser muy mala, la verdad: cuando Dimitri escucha el veredicto —veinte años en un campo de Siberia— y Katerina va a verlo de nuevo, a pesar de que ante el tribunal

declaró en su contra, Grúshenka aparece de pronto y Katerina le pide perdón, entonces Grúshenka responde: «¡Malas somos las dos, amiga! ¡Las dos somos malas! ¿Cómo vamos a perdonarnos una a la otra? Sálvate y rezaré por ti toda la vida.» De manera que sólo quiere rezar por ella, no perdonarla, y Mitia está desesperado debido a ello, pero Grúshenka dice: «Los que hablaban eran sus labios llenos de orgullo, no su corazón. Que te salve y se lo perdonaré todo...»

Esto es lo que quiere Henner. El corazón, no el orgullo.

El último capítulo, sin embargo, el entierro del niño Iliúshechka, me lo reservo para más tarde.

Por la noche, Johannes está tan cansado que apenas se tiene en pie. El duro trabajo en la granja no es para él. Creo que Siegfried lo sabe y por eso lo deja marchar. Está claro que es un hombre razonable. Incluso las manos de Johannes son muy distintas de las de su padre: pequeñas, blancas y suaves. Cuando agarra la horca del estiércol no resulta natural, a diferencia de Siegfried. Podría decirse que las decisiones no existen, que nuestro cuerpo conoce su destino desde el principio. Las manos de Johannes, las garras de Siegfried, mi propio cuerpo, que ahora mismo parece hecho sólo para Henner.

Pienso en sus manos, que se parecen a las de Siegfried, y sin embargo son completamente distintas. Estaban esperando a tocarme.

Abajo, en el poyo, Alfred está sentado con absoluta indolencia. Parece satisfecho, ahora que ha vuelto su Frieda. Es el secreto que los une, que nunca revelarán a nadie.

Hoy en la granja reina el silencio. No sopla el viento entre las ramas del viejo castaño. El gato está tumbado a los pies de Alfred. Johannes duerme, igual que Lukas hace ya un buen rato. Frieda se recupera de su aventura y Marianne por fin está tranquilamente hojeando sus revistas, que de un tiempo a esta parte esconde para que Siegfried no las vea. Sin embargo, las gallinas aún andan sueltas, aunque ya ha oscurecido. Me planteo encerrarlas en el establo, pero confío en que lo hará Alfred y me meto en la cama con Johannes.

A la mañana siguiente, cuando salgo, veo a Marianne sentada en el poyo, llorando. Tiene los brazos apoyados en las piernas y la cara oculta entre las manos. Lloro de tal modo que poco después Alfred y Frieda se asoman a la ventana. Entonces reparo en el desaguisado: el zorro ha matado a todas las gallinas.

Lo peor es que ocurre justo cuando Siegfried no está en casa y Marianne ha asumido la responsabilidad de la granja. Él tiene su parecer sobre las mujeres y, entre otras cosas, opina que no se las puede dejar hacer nada solas, porque las cosas se tuercen. No es justo, pero a ese respecto no hay manera de hacerlo razonar. Nos paramos a pensar cómo solucionar el problema y Johannes propone comprar otras gallinas. Pero Marianne rompe a llorar de nuevo y replica:

—Se dará cuenta en el acto. Conoce personalmente a todos los animales de aquí.

Sí, dice «personalmente», y a mí me da la risa, pero me controlo cuanto puedo.

Finalmente voy al Linden, donde empieza mi jornada laboral, y desde allí llamo a Hartmut. Aún no puedo creerme que dentro de nada también tendremos un teléfono con conexión propia. Me parece un lujo, y me digo que en el futuro jamás olvidaré los tiempos en que las cosas eran distintas. Hartmut no está en casa, pero se pone Siegfried, que escucha en silencio lo que le digo. Me imaginaba que no diría mucho, como así es. «Si es que no se las puede dejar hacer nada solas», espeta tras una pausa más larga. Luego cuelga. El día no pinta nada bien.

Cuando vuelvo a la granja por la noche, veo en el camino de entrada un coche que no conozco.

Es de mi padre, que me espera sentado en el poyo.

De mi padre hay que decir que en realidad no es un padre.

No recuerdo gran cosa de él. Que siempre decían que estaba fuera, trabajando de montador, y cuando volvía a casa de vacaciones no tardaba en haber pelea. Puede que fuera mi madre quien empezara, en cualquier caso siempre andaban a gritos. Lo que más recuerdo de él es su ausencia. Aunque estaban casados, rara vez se quedaba con nosotras. Primero fue el montaje, luego el gasoducto ruso. Cuando le daban vacaciones y volvía a casa, estaba siempre inquieto, iba arriba y abajo, salía de paseo por el bosque y tardaba en regresar. Incluso en lo más crudo del invierno teníamos que hacer parrilladas en el huerto. Se había traído la parrilla de Rusia, donde se utiliza constantemente. Los hombres no tienen frío gracias al vodka y las mujeres se ponen gruesas pieles. Y qué decir de las mujeres. Cuando estaba de vacaciones en casa, iba a menudo a la ciudad y compraba ropa interior femenina. En Rusia, contaba, nunca tenían bastante, y se vendía muy bien. No creo que vendiera las prendas.

Ni siquiera sabía en qué curso estaba yo, y una vez que intentó educarme con suma torpeza, le solté: «Tú a mí no me digas nada», y él contestó: «Eres tan tonta como tu madre.» Aún resuenan en mis oídos esas palabras, su eco doloroso en mi cabeza. Mi madre siempre le pillaba fotos y cartas en los bolsillos. Las mujeres cambiaban a medida que avanzaba el gasoducto.

Lo odié mucho tiempo. Su barba, su mirada, sus ojillos inquietos, su apresurada forma de caminar y hablar; la verdad es que lo odiaba todo en él. A mi madre siempre la veía abatida. La rodeaba un halo de tristeza que se me contagiaba perniciosamente y me roía el corazón con una furia incesante. Sabía que nunca me libraría de ella.

Luego construyó la casa —fue la única vez que se quedó más tiempo—, aunque en realidad no la levantó para *nosotros*, sino sólo para mi madre y para mí. No me hizo sentir más feliz, a fin de cuentas, allí estábamos solas. Sin embargo después, cuando se fue para siempre, me sentí mejor. No así mi madre. No puedo entenderlo.

Más adelante comprendí qué lo empujaba a marcharse cada vez: el deseo de ver mundo y poner distancia de por medio. Y para eso la RDA se le quedaba pequeña. Ese país reducido, rodeado de un muro, era como una jaula con un animal salvaje encerrado. En Rusia, por el contrario, todo era vasto y grande y parecía infinito. Allí respiraba mejor que aquí, en el pueblo. Y las mujeres le endulzaban la soledad, que sufría y no obstante buscaba sin cesar.

Lo perdoné hace tiempo, aunque me privó de algo que no puede compensarse con regalos y disculpas: de la infancia, esa etapa de la vida en la que, según dicen todos, no existen las preocupaciones. No sé qué se siente cuando no se tienen preocupaciones, y aún me gustaría saberlo.

La abuela Traudel solía decirme que me parecía a él, que yo también tenía esa inquietud y esa terquedad, y ahora lo veo ahí sentado, a Ulrich, mi padre.

Me mira risueño, se levanta ágilmente y me abraza. Luego caminamos juntos un rato.

—¿Cómo es que ya no vives en casa? —pregunta, mientras su mirada vaga por los campos.

—Porque prefiero estar aquí —respondo escuetamente, y eso le basta—. ¿Y tú? —quiero saber—. He oído que volverás a casarte.

—Sí —contesta, y asiente satisfecho—. Voy a probar otra vez... es una buena persona, Nastja.

—He oído que tiene diecinueve años —digo, y me reprocho mi tono mordaz, aunque él no lo capta.

—Sí. Diecinueve. Pero es una buena persona —repite, como si fuese un mérito especial ser buena persona con diecinueve años.

—Ya no voy al instituto, papá —comento, y él mira el aserradero, que hoy está parado.

—Ah, ¿ya has terminado?

—No. Es sólo que ya no voy.

—También se puede ser alguien de provecho sin tener el bachillerato —responde, sin parecer sorprendido—. Además, mañana cumples dieciocho, así que ya eres bastante mayor para saber lo que haces. Por cierto, te he traído un regalo.

—Diecisiete —lo corrijo—, sólo son diecisiete.

—¿Diecisiete? —repite asombrado—. ¿De veras?... Bueno, te irá bien, Maria.

—Sí, me irá bien. —Más allá, en la orilla del río, los terneros están abrevando.

Me acuerdo de Siegfried y de que a veces anuncia con una única frase meditada una decisión que nadie rebate. Me siento muy débil.

—¿Y con Johannes? —inquiere, esforzándose por cambiar de tema—. ¿Va todo bien? Es un buen chico, tu novio.

—Sí, lo es —contesto con voz inexpresiva.

Me pregunto qué le parecería Henner. A lo mejor se entenderían y se irían a tomar una copa juntos.

—Anda, volvamos. Tengo que darte tu regalo. Después debo irme.

—¿Con Nastja? —pregunto, y él asiente.

Y acto seguido atravesamos los campos en silencio hasta la granja, pasando por delante de las vacas y el nuevo ternero, pasando por el granero para llegar a su coche, un Lada, de donde saca un regalo grande, envuelto en papel dorado.

—¿Qué harás mañana? ¿Vas a celebrarlo con Johannes? —pregunta al despedirse.

De pronto siento el impulso de contárselo todo, absolutamente todo. No me despreciará, lo sé. Es mi padre. Lo entenderá. Pero él sube al coche y se aleja a toda velocidad.

## 14

Nada más despertar, el corazón me da un vuelco. Ya tengo diecisiete años. Johannes se ha levantado antes adrede y ha bajado por el desayuno. Nos quedamos en la cama, comiendo panecillos recién hechos con mermelada y yogur con miel, bebiendo café y zumo de naranja. Todavía es muy temprano, pero Johannes ha de empezar a trabajar enseguida. Fuera oigo gruñir a Marianne, que dónde se habrá metido su hijo, que ella sola no puede con todo. Sabe que la oímos. Johannes me regala una foto con un marco hecho por él. Es una foto mía en el huerto, al fondo, junto a la cerca. Llevo un vestido corto y la chaqueta de punto blanca y estoy mirando la vía del tren. La luz es suave y un tanto mortecina, falta poco para que anochezca. Todo está desenfocado, salvo mi cara. No me acuerdo de cuándo sacó esta foto. En cualquier caso no lo advertí. Le doy las gracias con efusividad y lo echo.

Entonces, abro el regalo de mi padre. Es un cuadro. Un óleo abstracto muy llamativo, de un artista ruso que no conozco. Al principio sólo veo colores, pero poco a poco del caos van surgiendo figuras dispuestas en torno a una forma de mujer que ocupa el centro: un ojo, un corazón, una cruz. La mujer tiene el pelo de un rojo luminoso y lleva un sombrero de verano adornado con flores, cuyos bordes se difuminan entre tonos verdosos. Se ven sus pechos desnudos, y a la izquierda se distingue el rostro de un sacerdote ortodoxo. Delante del sacerdote hay un hombre arrodillado que alza la vista hacia ella. Una mano grande le rodea el cuello. Luego todo se desvanece en un rojo chillón. Basta con que pestañee una sola vez para que todo vuelva a ser puro color sin formas. Me siento mal otra vez; envuelvo de nuevo el cuadro en el papel brillante y lo meto bajo la cama.

Tengo tiempo suficiente. Si fuera ahora mismo a casa de Henner, nos quedarían casi doce horas hasta el anochecer. Pero todavía debo ir a ver a mi madre.

Johannes estará ocupado por lo menos hasta el atardecer; no se da tanta maña como su padre. Me pongo el vestido más bonito que tengo, uno de algodón verde claro con florecillas rosa, falda de vuelo y la parte de arriba ajustada. Fue confeccionado a medida, a mi gusto. La abuela Traudel estaba harta de verme llevar casi siempre pantalones, probablemente porque ella no se ha puesto unos en toda su vida, ni siquiera en el invierno más frío. Y como en el pueblo hay dos modistas, compró tela y me dejó decidir lo que quería.

Me cepillo el pelo hasta que brilla y luego me lo recojo en un moño sencillo en la nuca. En la escalera me topo con Frieda y Alfred, que están bajando. Me felicitan, y Frieda trae un sobre de la cocina. Dentro hay veinte marcos de la RFA.

Después corro deprisa a ver a mi madre. Está esperándome; en la mesa hay un ramo de flores. También están Traudel y Lorenz. Ya son casi las ocho, cuento las horas que van pasando, estoy en ascuas. Mi madre me regala un libro, unos leotardos con topitos y una bonita pañoleta. Para que no tenga que cogerle siempre una a Marianne, dice. Comemos pastel y hablamos de cosas sin importancia. Supongo que quieren ahorrarme los temas espinosos. Los abuelos también me dan un sobre. Contiene lo mismo que el de Frieda.

Engullo el pastel sin parar de comentar lo bueno que está. Después las mentiras me salen por la boca como si fueran gentilezas. Ya no me reconozco. Ni siquiera me remuerde la conciencia, mi deseo de ver a Henner es demasiado apremiante. Poco antes de las nueve y media, salgo de casa por la puerta del huerto y echo a correr. Dejo atrás la iglesia y el cementerio, dejo atrás las últimas casas solitarias y me adentro en el bosque. Hay un camino más corto hasta la finca. Discurre por el bosque y desciende al río por los peñascos, cruza el puente del ferrocarril y sigue la vía hasta la casa de Henner. Llevo la bandolera de cuero con los regalos y me dispongo a emprender la bajada. Los de la ciudad suelen venir aquí a practicar escalada, con cuerdas y mucho equipo, pero a mí no me hacen falta. Bajo agarrándome a arbolitos que crecen torcidos, y cuando la pendiente se vuelve pronunciada, me quito los zapatos y hago como de pequeña. Por aquel entonces solíamos bajar y subir por este sitio, y sólo una vez alguien se despeñó. Se llamaba Heiko, se rompió la clavícula, un brazo y los tobillos. Tuvo mucha suerte. Pero yo llego abajo sana y salva y a la carrera recorro las traviesas hasta el viaducto; luego pego el oído derecho a la vía y espero a que pase el tren, que anuncia su llegada con un zumbido, y después sigo corriendo por el puente y después junto a la vía y subo por el campo hasta llegar a la finca. He tardado menos de veinticinco minutos.

Sin embargo, en el portón se me ocurre que no he avisado a Henner de mi visita ni de mi cumpleaños. Espero un instante. Recupero el aliento y aguzo el oído a la espera de recibir una señal del otro lado de la finca, que siempre me escupe como si fuera un molesto cuerpo extraño.

Oigo los perros. Debían de estar detrás del portón; de repente, sus ladridos están tan cerca que no han podido venir de muy lejos. Ahora sólo he de esperar, Henner vendrá enseguida. Pero tardo un siglo en oír por fin sus pasos y el crujir de las piedras bajo sus pesados zapatos. Entreabre el portón y tira de mí. Después cierra. Cada vez que entro en sus dominios, ignoro quién seré cuando los abandone. Fuera el mundo se renueva, pero aquí el tiempo se detiene.

Me empuja hacia la casa y me lleva, escaleras arriba, hasta una habitación que no conozco. Es la de su madre. Ante la ventana está la cama, y las estanterías de las paredes, que llegan al techo, están repletas de libros. La gente del pueblo se había quedado corta, esto no es habitual.

A la derecha, en el rincón, hay una estufa revestida de azulejos y en el suelo una alfombra de rayas. En la cama hay ropa limpia. Me sienta en el borde y se mete entre mis piernas. Me mira desde arriba, una mano me levanta la cabeza, con la otra se abre la bragueta. Ya sólo ese movimiento, la certeza del deseo sin ambages, me produce un vértigo que lo borra todo de mi mente, que ahora está completamente vacía. Soy pura emoción.

Sólo después volvemos a tener palabras, sólo cuando han hablado los cuerpos. Le digo que ya he cumplido los diecisiete, soy una mujer, pero él se limita a sonreír. Ni siquiera es mediodía. Permanecemos tumbados, su brazo derecho me rodea, nuestros pies se tocan. Tengo miedo de haberme arruinado la vida para siempre: ¿qué me espera después de sentir algo así? Nunca he sido tan feliz. Mi cuerpo se estremece y tiembla, y me arrimo más a él. Es como si hubiese

anticipado algo.

Henner me arranca de mis pensamientos; propone que vayamos de excursión.

Delante del portón está el viejo Volga. Es un milagro que todavía funcione, tiene más años que yo, aunque Henner lo compró hace poco. No pregunto adónde vamos, me da igual. Recorremos el estrecho camino que acaba en la carretera y torcemos a la izquierda. Así no tenemos que pasar por la granja de los Brendel ni el bar Linden. Estoy cansada, así que me duermo con el ronroneo y el balanceo acompasados. Cuando me despierto, estamos cerca de la frontera. A derecha e izquierda aún se encuentran los puestos de vigilancia con las barbacas, ya no están ocupados. Delante veo el puesto fronterizo. Paramos un instante, le enseñamos nuestra documentación al funcionario, que asiente, su mirada se detiene en mí, pasa a Henner y vuelve a mí, después continuamos sin más. Aún me parece increíble —ese avanzar sin cortapisas—, y poco a poco voy siendo consciente de lo que ha sucedido aquí y de lo que supone para todos nosotros. Ahora Henner es más importante, mis pensamientos y todos mis sentimientos se centran en él.

Tras una hora larga llegamos a una ciudad pequeña. Aparcamos en una bocacalle y echamos a andar. Henner tiene los zapatos sucios y los pantalones manchados, sólo su camisa se ve de un blanco resplandeciente. Va con las manos en los bolsillos, sin hablar. Caminamos por una amplia zona peatonal con tiendas a izquierda y derecha. En los cafés hay gente sentada; algunas personas nos siguen con la vista. Lo noto, noto esas miradas en la espalda. Pensarán que Henner es mi padre, y siento una necesidad imperiosa de tocarlo, pero no lo hago.

Me pregunta si quiero comprar algo; le gustaría hacerme un regalo, quizá un vestido. Miro a las chicas y las mujeres que pasan y me paro a pensar qué tendría que comprar para parecerme un poco más a ellas. Él va a mi lado, ensimismado, ni siquiera ve a las otras mujeres. Por ahora nos bastamos. No necesito vestidos nuevos.

Más allá, delante de un café en una plazoleta con fuentes, se detiene. Tomamos asiento. Vuelven a abrumarme las posibilidades: café con leche, capuchino, exprés sencillo y doble y café normal en taza o en jarrita. Henner parece igual de desconcertado, y cuando se acerca la camarera me viene a la memoria Múnich y digo:

—Dos cafés con leche, por favor.

Bebemos despacio sin hablar mucho. Bajo la mesa su mano descansa en mi muslo. Entonces tengo una idea y le digo, como aquella vez Johannes a mí, que tengo que ir «por algo». No parece contrariarle mucho, se limita a responder:

—No te alejes demasiado, no conoces esto.

Sin embargo, tardo mucho en volver, ya que lo que busco no es tan fácil de encontrar, ni siquiera en el Oeste. En cierto modo me consuela.

Cuando vuelvo, él está ante el café, de brazos cruzados y mirando alrededor. Casi parece petrificado. Me planto delante, él descruza los brazos, que se deslizan a los lados como sin fuerza, pero vuelven a tensarse en el acto y aprieta los puños.

—Maldita sea, Maria, ¿se puede saber dónde has estado? Creía que te había pasado algo.

Me gustaría contestar, pero sin revelar mi secreto, de manera que miento:

—Es que no sabía volver.

—Maldita sea, Maria, maldita sea.

No dice nada más. Luego me coge de la mano y dejamos atrás los vistosos escaparates de las tiendas, sorteando a la gente, aunque ahora me gustaría comprarme unos zapatos que me han



llamado la atención cuando iba sola. Negros, con algo de tacón y tiras cruzadas en el empeine. Pero él no se para ni un momento, tampoco dice nada, y volvemos a casa.

Por el camino se muestra malhumorado y taciturno. Y yo sufro horrores. De vez en cuando me mira, pero sigue sin hablarme. El Volga gime y zumba, y en las curvas doy bandazos, tan rápido va. Me aterra que me mande de vuelta a casa.

Sin embargo, pasada la frontera, cuando avanzamos por una de nuestras carreteras llenas de baches, me pone la mano en la nuca y me acaricia con sus ásperas yemas, que parecen lenguas de gato. Respiro aliviada. Llegamos poco antes de las cinco de la tarde, aún nos quedan unas tres horas.

Dentro, en la finca, se tranquiliza en el acto; los perros brincan a su alrededor, y al cerrar el portón se quedan fuera todos los elementos desestabilizadores. Después se dirige al establo, a ver a los caballos.

Yo saco las cosas del bolso y empiezo a cocinar. Cuando nos visitó, Gisela le dio a Marianne la receta de una sopa de pollo al parecer especialmente rica. Dijo que en realidad era una sopa para parturientas, pero que daba igual, que a los hombres también les gustaba.

Cojo dos muslos de pollo y los lavo a conciencia, a continuación los meto en una cazuela con unos tres litros de agua. Le añado las verduras que se le suelen agregar a una sopa —zanahorias, apio, colinabo—, pasas, una manzana, tres cebollas pequeñas, seis dientes de ajo, un puerro y los ingredientes que he tardado tanto rato en encontrar y por lo que Henner se ha puesto nervioso: dátiles y raíces de loto y angélica. Por último, una cucharada colmada de caldo de verdura concentrado y sal y luego dejo cocer la sopa dos horas. Al final se retiran todos los ingredientes, la carne se deshuesa y se parte en trocitos. Lo que queda es la sopa sólo con la carne.

Al entrar, Henner se detiene en el umbral y olisquea. Luego repara en el delantal, que he encontrado en el armario junto a las cacerolas y me he puesto encima del vestido. Es de su abuela, que murió hace pocos años, con casi noventa. Se acerca, me da la vuelta, se ríe y dice:

—Me gusta.

Y mientras la sopa se cuece, subimos de nuevo a la habitación de los libros.

Después me visto despacio, el delantal yace tirado junto a la cama, lo dejo ahí. Él está en la ventana y me mira. La melancolía empaña su rostro, pero quizá sólo es el crepúsculo, que lo ensombrece poco a poco.

Bajamos la escalera hasta la cocina y sirvo la sopa. Él se sienta a la mesa y se pone a leer un libro, y yo digo:

—Lee en voz alta, Henner.

Su voz suena tranquila, pronuncia despacio y con claridad:

—«Así razonaban los dos solitarios, seres rudos, entregados a sus impulsos, pero rebosando bondad en el trato mutuo, y para el ganado, y para la tierra.»

—Me gusta —lo interrumpo, y quiero saber de qué libro se trata.

—Vuelve pronto y te lo diré —contesta. Y lo aparta risueño.

A Henner la sopa de parturienta le parece «excelente», recalca. Y añade que nunca ha comido una de pollo tan rica. Yo finjo normalidad; no quiero que note lo orgullosa que estoy. Sin embargo, cuando más tarde me marchó, siento como si el pecho me estuviera a punto de estallar.

## 15

De camino a la granja de los Brendel, esa sensación de orgullo se desvanece; me siento abyecta y ruin. Ahí está Johannes, esperando a su novia, y Frieda probablemente haya preparado la cena, pero Maria está saciada en todos los sentidos. No entiendo cómo puedo engañarlos así, cuando me han acogido con los brazos abiertos, los Brendel. Me avergüenzo profundamente, pero soy incapaz de arrepentirme.

Cuando llego, por suerte Johannes sigue trabajando en uno de los campos. Pero a lo sumo dentro de media hora habrá oscurecido, en tan poco tiempo no se habrá borrado mi expresión de éxtasis. Yo misma la he visto en el espejo, y Henner ha dicho: «Pareces otra, Maria. Ahora estás mucho más guapa», y me pregunto si no se darán cuenta ellos también, aquí, en la granja. Pero no reparan en ello, y en cierto modo eso mitiga mi mala conciencia. Casi me enfada que no intuyan nada. El único que lo ha visto es Alfred. En la cena me mira, y un escalofrío me recorre la espalda. No creo que lo haya *pensado*; lo ha *presentido*. No puede decirse que piense mucho, pero sí tiene un buen instinto.

Mi pobre Johannes está agotado y no sospecha lo mucho que eso me alegra. Su cansancio me salva por el momento. Mientras cenamos dice que, en cuanto vuelva su padre, quiere empezar con lo de las fotos del pueblo. Ya ha preguntado a algunas personas, y la mayoría no se oponen. Marianne siempre guarda silencio cuando lo oye hablar de la Escuela de Bellas Artes. Alguien le ha comentado que en la ciudad hay drogas.

Pero Johannes le resta importancia con un gesto y dice que eso a él no le interesa, y luego añade, dirigiéndose a su madre:

—¿Henner viene a la tienda? Quiero preguntarle si puedo ir a sacar fotos de su finca. Podrían salir unas fotografías buenas, con los perros y los caballos y esa casa vieja.

Marianne asiente y responde que se lo preguntará la próxima vez que venga. Ahora sí que ya no puedo seguir comiendo. Pero él tiene más ideas, e incluso su cansancio parece haber desaparecido.

—Maria —prosigue—, podrías acompañarme, seguro que a Henner no le importa que te fotografíe allí.

Sí, pienso, seguro que sí le importa. Alfred está temblando. Su fea cara se acerca de nuevo al plato de sopa, pero su mirada torva me parte en dos. Seguro que ahora lo cuenta, me digo. Y todo habrá terminado. Casi me alegro de librarme por fin de esta tensión espantosa. Come a cucharadas, despacio, haciendo ruido, y yo lo miro a la cara. Entonces vuelve a bajar la vista.

—Maria —continúa Johannes muy animado—, serán unas fotos buenísimas, en esa casa vieja, que está igual que antes, ni siquiera tiene cuarto de baño, tan sólo una letrina anticuada, y los muebles son de sus abuelos, ¿no, mamá?

—Sí, sí, es verdad —contesta ella, y ya veo los objetos desfilan por la mente de Johannes.

Frieda añade que Henner aún sigue sacando el agua del pozo de la finca. No es de extrañar que su mujer no quisiera quedarse. Flores que en frío temblor mortecino están esperando la tersa guadaña, pienso, pero al parecer no me he limitado a pensarlo, sino que también lo he dicho, y Johannes pregunta:

—¿Qué has dicho?

También Marianne me mira con curiosidad, y me veo obligada a repetirlo. Les recito la estrofa entera: «Somos los caminantes sin destino, / nubes que el viento dispersa, / flores que en frío temblor mortecino / están esperando la guadaña tersa.» Marianne opina que es un poco decadente, pero a su hijo le gusta. Quiere saber de dónde lo he sacado y, con los ojos fijos en Alfred, le digo:

—Lo he leído en casa de mi madre, he pasado el día allí.

Pero Alfred sigue comiendo, sin mirarme ni una vez. El gato se frota contra las piernas, y su ronroneo se me antoja el retumbar del trueno. Fuera los pájaros cantan.

Soy mala mentirosa, pienso, y muy mala persona. Oigo a los demás como si estuvieran lejos. Noto en la pierna la lengua del gato, que aviva un recuerdo. Alfred ríe de pronto, y Frieda se le une. No sé de qué se ríen, pero me resulta diabólico. Sólo por eso no dice nada, porque quiere atormentarme, pienso, quiere disfrutarlo hasta el final, hasta que no haya más remedio que confesarlo. Es un demonio. De repente me da asco su amor servil por Frieda. Pero también entiendo que él, que siempre sale perdiendo, que un día tuvo la oportunidad de ser granjero, esté amargado y sea malicioso. Contra los demás no puede hacer nada, al fin y al cabo éste es su hogar, y Frieda jamás le perdonaría que se portara mal con Siegfried o Marianne, pero éste no es mi sitio. Nadie se enfadaría, probablemente incluso le estarían agradecidos, si les abriera los ojos sobre Maria.

El gato se me sube al regazo y se restriega contra mí. Uno nunca sabe a qué atenerse con los gatos.

—Anda, vamos arriba —dice Johannes, y me levanto y lo cojo, al gato, y espero que Johannes se quede pronto dormido.

Pasa algún tiempo sin que tenga ocasión de ver a Henner. Trabajo en el Linden y Siegfried ha vuelto antes de lo previsto. Lo de las gallinas muertas lo ha puesto nervioso. Además, ya ha visto lo que quería ver: una explotación Deméter. Nos lo cuenta en pocas palabras. Que le ofrecieron pasar la noche allí, en el cuarto de los enanos. ¡El cuarto de los enanos! Siegfried se parte de risa, pero acto seguido recobra la seriedad carraspeando sonoramente. Y que allí todavía utilizan un arado tirado por bueyes. ¡Por favor! Eso sí que es una exageración. Por lo demás resulta convincente, aunque no es magia, como él decía, y la superestructura no le hace falta, qué antroposofía ni qué ocho cuartos, en el fondo casi todo es como aquí, forraje, forraje de la propia granja, nada de productos químicos ni medicamentos, el establo bien aireado y limpio, el ganado en el campo. Marianne observa que eso ya se lo dijo ella, pero Siegfried le responde que mejor será que piense en las gallinas y no sermonee. Y ella calla, ofendida.

Después cuenta que Gisela le toca las narices a Hartmut y que su hermano no va a aguantar con una mujer así y que se alegraría de volver aquí. En cualquier caso, tranquilo no ha estado, porque

sabía que Johannes sólo podría con la mitad del trabajo pendiente.

Apenas hace una hora que ha llegado y ya pone manos a la obra. Por el momento Johannes se libra, y empieza a sacar las primeras fotos del pueblo. Espero que la finca de Henner sea la última. Tal vez para entonces todo haya terminado.

El verano toca a su fin, el otoño acecha, y no sé qué va a ser de mí. Podría quedarme en el Linden, me lo ha dicho el dueño, pero ésa no es la solución. En cuanto cierre la terraza, vendrán principalmente los asiduos, sólo los fines de semana se acercarán los de la ciudad y de vez en cuando la asociación local. No habrá mucho que hacer. Siegfried dijo que debería volver al instituto. Por lo menos repetir el curso, aunque no me saque el bachillerato. Puedo seguir viviendo en la granja, añadió, y sus palabras francas me alegraron. Todo esto es demasiado. Camino sin rumbo, o no veo salidas o veo demasiadas.

Quiero volver a verlo. Ya no pisa la tienda. A Marianne le ha llamado la atención, a mí también me parece raro. Corren rumores de que tenía cosas que hacer en la ciudad repentinamente, pero nadie sabe nada a ciencia cierta. Tengo miedo de que pueda olvidarme. Sin más. Hoy, cuando termine de trabajar, iré a su casa.

## 16

El dueño del Linden calcula cuánto dinero me he sacado en propinas. Casi siete marcos, más el sueldo por ocho horas de trabajo, cuarenta y siete marcos en total. No es poco. Puede que Johannes y yo volvamos a la ciudad y salgamos por ahí. Pero ahora tuerzo a la derecha en la carretera, avanzo un centenar de metros y enfilo el camino que me lleva hasta Henner. Me flaquean las piernas cuando me planto ante el portón. No se ve luz y el Volga tampoco está. Sólo oigo a los perros, que corretean por la finca. Doy la vuelta a la casa, quiero comprobar si hay alguna ventana abierta, pero todo está cerrado a cal y canto. ¿Dónde estará a estas horas? Mis celos infantiles me arrollan, doy media vuelta y echo a correr. No vaya a creerse que no tengo nada mejor que hacer que pensar en él. Al fin y al cabo es demasiado mayor para mí. Corro cada vez más deprisa, muerta de miedo por si me ha visto alguien, ahora que no ha pasado nada. Que me pillaran por nada supondría la mayor de las humillaciones.

¡Henner! Seguro que está con alguna mujer. ¿Dónde iba a estar si no, tan tarde? Cuando enfilo el camino que lleva a la granja de los Brendel, veo que por el puente viene un coche. Me escondo detrás de un alto tilo y permanezco a la espera. Es él, y va solo.

La felicidad que siento es tal que corro a la casa como una loca y subo la escalera para reunirme con Johannes. En la habitación lo abrazo efusivamente, y volvemos a acostarnos.

Pero a la mañana siguiente, antes de que empiece a trabajar, voy de nuevo a la finca de Henner y meto una carta por debajo de la puerta. «Cómprale algo mañana a Marianne en la tienda y dile que pasarás a recogerlo más tarde, que aún tienes que hacer un par de cosas. Luego te lo llevo yo. No se me ocurre otra forma de ir. Maria.»

He desarrollado el plan por la noche. Johannes dormía como un tronco; siempre está agotado a esas horas, trabaja como un poseso en las fotos. No se me ocurre otra forma. Diré que después de llevar la compra iré a visitar a mi madre. Mi turno no empieza hasta primera hora de la tarde, así que dispongo de mucho tiempo.

Desde que me levanto aguzo el oído para ver si aparece en la tienda. Vienen algunas personas del pueblo, principalmente mujeres mayores que quieren cotorrear con Marianne. Pero él no. Es desesperante, me cuesta tomar el desayuno, tengo ganas de llorar. No viene, no viene, no viene. Y cuando me cambio de ropa y voy por fin a trabajar, Henner aún no ha aparecido. Sopeso todas las posibilidades: los perros se han comido la carta, el viento se la ha llevado, los caballos la han pisoteado, está enfermo o borracho o las dos cosas y, por último: no quiere volver a verme. Sencillamente se ha hartado de mí. Me resulta inconcebible pero probable a la vez. Esa idea es

peor que el miedo a que me descubran.

Entro en el bar, lanzo el bolso tras la barra y me pongo a trabajar. Al final de la jornada estoy segura de que lo mío con Henner ha terminado. Se acabó. Y además del vacío, por un instante, sólo por un instante, siento cierto alivio.

Estoy sentada en el huerto, cerca del manzano, con mi madre al lado, en la tumbona. La brisa me sienta bien. Y la tranquilidad, y hasta mi madre. Estoy aquí sentada, mirando al otro lado de la cerca. En realidad no hay nada que ver.

Ya han pasado siete días desde que escribí la carta. Poco a poco empiezo a sentir algo diferente al dolor. Es el primer desengaño amoroso de mi vida. En algunos momentos creí morir. La expresión «corazón roto» no se me antojaba nada exagerada, sino absolutamente real. He estado fumando mucho y casi no he comido. Quería sucumbir. Morir. Desvanecerme. Quería desaparecer. Los Brendel han sido muy buenos conmigo, pero yo estaba sufriendo mucho. Un sufrimiento cuya verdadera razón no podía mencionar, con el que debía cargar sola, me parecía un castigo de una dureza desmedida por mis faltas. Su amabilidad aumentaba mi dolor; cada vez que Johannes me tocaba, me hacía llorar. Eché la culpa a mis padres, al nuevo matrimonio de mi padre, a la tristeza de mi madre, al curso que he perdido. Fue fácil hallar suficientes motivos.

Así y todo, a trabajar iba. De haberme quedado a solas en la habitación de las arañas probablemente me hubiese vuelto loca. No he visto a Henner ni he sabido nada de él. Vive muy cerca, pero se ha vuelto invisible. Quizá haya muerto, pensé. A fin de cuentas, eso me habría garantizado un sitio en su corazón para la eternidad. Prefería verlo muerto a creer que no deseaba volver a estar conmigo.

No obstante, acabé queriendo irme a casa con mi madre, y Johannes me llevó en coche. Ella se asustó mucho al verme tan delgada y mi palidez cadavérica y las ojeras. Entré en casa, subí a mi cuarto y me tumbé en la cama. Los versos de la estrofa que probablemente ya no pueda olvidar jamás desfilaban por mi cabeza: «... flores... frío temblor mortecino... esperando la guadaña tersa... la guadaña tersa... la guadaña tersa». Mi madre preparó té y la abuela Traudel hizo unas natillas, que era lo que siempre pedía antes cuando estaba enferma. Ahora he alegado como pretexto la visita de mi padre, que me ha afectado mucho, y asimismo el curso perdido. A mentir me enseñó Henner. Era el cuarto día sin él. Los siguientes me han vuelto a acercar a mi madre. Se ocupa de mí como en otros tiempos. Tiempos pasados, cuando yo era pequeña. Ahora que estoy tan afligida, vuelvo a ser su niñita desvalida.

Ya han transcurrido siete días. Estamos sentadas en el huerto; no he muerto y vuelvo a comer, incluso me permito pensar que tal vez haya un futuro, aunque sea desolado. Cierro los ojos y siento el sol en la piel. No se oye ningún ruido, aquí los pensamientos no se esfuman deprisa, se quedan prendidos en la calma del huerto. Sigo muy triste.

Fuera, un coche se detiene en la calleja. Oigo el timbre y acto seguido una voz familiar. Entra en el huerto por la puerta trasera de la casa, que está abierta. Se acerca a nosotras y dice con firmeza:

—Los Brendel me han dicho que, ya que pasaba por aquí, me acercara a ver a Maria. Y Johannes me dice que le pregunte si quiere venirse conmigo. Supongo que la echa de menos.

Y yo me levanto, cojo mis cosas y me subo al coche.

## 17

Después de subir y de que él cierre de un portazo, mi madre me dice adiós con la mano desde la cerca. Sonríe y mueve la mano. Muy despacio. Luego también aparece la abuela Traudel, que asimismo me dice adiós y sonríe. Sonríe a mi vez y levanto la mano para despedirme. Mientras, él rodea el coche y se sienta al volante. La abuela Traudel lleva un delantal que resulta ridículo por lo chillón, ahora me doy cuenta. Sigue despidiéndose como si no fuéramos a vernos más.

Después Henner arranca el coche y nos alejamos. Respira pesadamente y conduce deprisa. Esa serenidad de hace un instante, en el huerto, debe de haberle costado lo suyo. Mentir no se le da tan bien como a mí. Sólo cuando el pueblo queda atrás, dice:

—Primero te llevo a la finca. Luego iré a ver a los Brendel y les diré que he visto a tu madre y ha dicho que necesitas descansar un poco más y te gustaría estar unos días sola. ¿Lo has entendido, Maria?

Asiento maquinalmente, consciente de que me habría muerto sin motivo alguno.

Una vez en la finca, sube mis cosas a la habitación de su madre. Las comisuras de su boca se curvan hacia abajo cansadamente.

—Tumbate un rato, no tardaré. Luego te preparo algo de comer —dice.

Pero, antes de irse, me estrecha largamente entre sus brazos, con fuerza, y yo aspiro el olor acre de la mentira.

Es la última semana de vacaciones, los últimos días libres de este verano.

Me tumbo en la cama. En el suelo, sigue el delantal que me puse para cocinar. La ventana está cerrada y tan sucia que apenas se ve nada. Las estanterías con los libros se hallan cubiertas de polvo; la alfombra, llena de manchas. Es la primera vez que me encuentro aquí sola. No me había fijado en cómo huele a cerrado, en cómo todas estas cosas viejas contrastan con el olor de los nuevos tiempos. Casi no puedo respirar. Bajo a la cocina, cojo un cubo y un trapo y me pongo a limpiar. Abro de par en par las ventanas e intento imaginar a la madre de Henner sentada aquí, con un libro en la mano. Se ve la finca, que está cercada. Estoy completamente sola en este sitio. El arco de albañilería del portón parece la entrada de una fortaleza. Esto, la casa de Henner, resulta protector y amenazante a un tiempo.

Los perros están tumbados a la sombra, cerca del comedero. Seguro que Henner les ha encomendado que velen por mí. Me figuro que la vista les llega hasta aquí. Me alegro de que haya venido a buscarme. Me alegro mucho.

Limpio las ventanas, quito el polvo a las estanterías, friego el suelo y sacudo la alfombra. La

saco por la ventana sin más y le doy palmadas. Y lo oigo llegar. Se oye el ronroneo del coche por el camino; se para; oigo cerrarse la puerta y él cruza el portón. Viene a casa y yo estoy en ella. Lo llamo y lo saludo desde arriba, y él hace visera con la mano y sonrío.

—¡Baja! —me dice—. He traído algo de comer, me lo ha dado el dueño del Linden.

Cuando nos sentamos a la mesa, me mira un buen rato, me escruta. Luego habla.

—¿Qué creías, Maria? Estoy fuera tres días y ya piensas que todo ha terminado, ¿eh? ¡Por el amor de Dios! Tenía cosas que hacer, nada más, cosas importantes, en la ciudad. Asuntos de dinero, un montón de temas pendientes. —Sigue mirándome. Me avergüenzo. Tengo las manos unidas en el regazo; desvío la vista hacia la ventana—. Al volver vi tu carta —continúa—, así que a la mañana siguiente fui a la tienda de Marianne, compré cuanto se me ocurrió y estuve esperándote. Pero no viniste. Entonces volví a la granja de los Brendel a buscar las cosas y me enteré de que estabas enferma y te habías quedado en los huesos. Nadie sabía qué te pasaba, el dueño del Linden ha tenido que buscarse otra camarera. Al día siguiente volví, y Marianne dijo que no estabas allí, que te habías empeñado en ir con tu madre... Esperé días a que volvieras. Y todo eso porque las cosas no salieron como pensabas, ¿no? ¿De verdad creías que me había cansado de ti? —Está enfadado, se lo veo en la frente y los ojos.

—Sí, eso pensé. No me dijiste nada, no sabía que te habías ido. Creía que te habías hartado de mí. Creí que me moría, Henner, de veras. —Como no quiero llorar, me callo. Trago saliva una y otra vez.

No hemos tocado la comida, y él dice con paternal dureza:

—Ahora, ¡come!

Y al cabo de un rato:

—Morir no es tan fácil, niña. Créeme.

De la garganta le sale un sonido que suena a risa fallida. Un carraspeo pone fin a ese ruido extraño. Ya no está enfadado, creo que se siente incluso un poco conmovido. Sea como sea, después me toca con delicadeza y de forma muy distinta a otras veces. Lo hace todo de tal forma que soy la única que disfruta y al final le pido que no pare. A diferencia de Johannes, Henner quiere saber cómo suena el amor, aun cuando las ventanas estén abiertas.

Duerme abrazado a mí toda la noche, y a la mañana siguiente me siento dichosa y restablecida.

Me quedo con él cuatro días enteros. Al principio no puedo dejar de llorar. Pasar repentinamente de querer morirme a ser feliz me resulta de lo más agotador. Ahora hablamos mucho. Me dice que no sabe cómo va a acabar esto, pero que saldremos adelante. De una manera u otra. Ya no sale a emborracharse. A menudo habla de su madre. De cómo era, guapa, una belleza urbana, pero casi nunca reía. Y de que después cada vez bebía más, y al principio escondía las botellas en todas partes, en los armarios, bajo la cama, en el establo entre los caballos y los cerdos, pero después ya ni se molestaba. Luego enfermó de cáncer y se pasaba todo el tiempo en la cama. Se negaba a ir al hospital, cosa que a los abuelos de Henner les resultaba comprensible. Eran dos personas peculiares, y el abuelo decía: «Se muere en casa. Además, no podemos estar yendo continuamente al hospital.» Henner tenía entonces quince años. Solía sentarse junto a la cama de su madre y tenía que leerle. Le leyó libros enteros, de principio a fin, y también estuvo presente cuando ella murió. Sólo lo mandó salir un momento antes y le pidió que fuera a buscar a su padre. Quería contarle de una vez por todas la historia de los rusos. Pero Henner se quedó escuchando detrás de la puerta.



En realidad todo lo sucedido fue consecuencia de las violaciones de los rusos, que ella no pudo superar. Henner lo siente en el alma. Cuando habla de su madre, siempre se calma y también se enfada mucho. Sin embargo, saca el tema una y otra vez. Ahora ya no dormimos en la habitación materna, sino abajo, en la alcoba junto a la cocina, donde me hizo suya por primera vez. Desde allí en ocasiones observo la granja de los Brendel, y no sé cómo voy a volver.

Le cuento que me huelo que Alfred lo sabe todo, pero no le preocupa. De todas formas acabará saliendo a la luz, dice, y es algo mezquino. Le doy la razón, estas mentiras son horribles, pero la verdad también. Por el momento, que todo siga como hasta ahora.

He arreglado la cocina y pongo mantelerías bonitas. A mediodía cocino yo, y por la noche comemos pan, mantequilla, embutido, queso y tomates con cebolla. A menudo él me ayuda, no quiere que le sirva. Me gustan mucho estas comidas. Me dan la sensación de estar haciendo algo normal con Henner. Entre nosotros todo lo demás es muy distinto de lo que conozco.

Cuando él trabaja, yo leo. Más tarde le cuento lo que he leído, aunque conoce la mayor parte. Pese a todo, me escucha con atención y siempre quiere saber qué me parece este personaje o aquél y quién me cae mejor. En una ocasión me dice: «A veces eres muy lista, pero otras eres una niñita cabezota.» Eso me ofende y hace que me muestre porfiada, pero luego nos amamos y lo olvido todo. Ahora me ama de manera muy distinta. Ya no con tanta furia como al principio; y no se avergüenza de nada, lo que me resulta completamente nuevo. Me dice lo que tengo que hacer y me pregunta qué me gusta. Nunca apaga la luz, siempre quiere verlo todo. Y yo debo hacer lo mismo; no quiere que baje la vista avergonzada al ver su miembro erecto. No deja de repetirme que no hay nada malo en lo que hacemos. A él le debo que me lo crea de una vez. En el fondo, es el primer hombre de mi vida.

La verdad es que nunca me han explicado nada. Todo lo que sé del amor me ha llegado por recovecos oscuros, me lo han instilado otros que sabían más. Sin embargo, al final en la visión global aún había muchos vacíos.

Cuando a mediodía quiere ver qué hay en la cazuela y se me acerca, basta un único roce casual para que vuelva a tener ganas de él. Lo ha pillado al vuelo, y le gusta atormentarme un poco: se pone detrás de mí y me mete la mano despacio por debajo de la falda y va subiendo, sus dedos ásperos me acarician con suavidad, los noto dentro de mí, pero de pronto los retira. Le encanta que le pida que no pare, y después siempre pregunta:

—¿Qué, Maria, qué es exactamente lo que no quieres que pare de hacer...? Dímelo, dime qué quieres...

—Sigue acariciándome... —susurro, y entonces él empieza de nuevo.

En todo ello hay una naturalidad que nos hace albergar muchas esperanzas.

A última hora de la tarde del tercer día salimos a pasear a caballo. Es arriesgado, desde la granja de los Brendel se divisa una gran extensión de terreno, pero nos sentimos invulnerables. A mí me da la mansa *Jella*, y él escoge un semental joven al que acaba de domar. Mientras galopamos hasta la linde del bosque, me cuesta mantenerme en la silla. Luego, cuando nos vemos al amparo de los árboles, dejamos que los caballos vayan al trote. Hace un día estupendo: apacible, claro y fragante; nada nos preocupa. De pronto, Henner le da en el flanco al semental y sale disparado. Vuelve la cabeza hacia mí, muy risueño, y no ve el árbol que atraviesa el camino. El caballo se asusta ante el obstáculo, se encabrita y Henner cae al suelo. Me quedo completamente pasmada, ni siquiera he podido avisarle. Desmonto, ato a *Jella* a un árbol y corro

hacia él. Ha bajado rodando la ligera pendiente de la izquierda y se queja. Pero antes de que lo alcance grita:

—¡No pasa nada, Maria, no ha pasado nada!

Aun así, cuando intento levantarlo, no hay manera. Me dice con sequedad que puede solo. Se le ha hinchado el tobillo izquierdo. Se pone de pie a duras penas y sube cojeando la pendiente, se arrastra hasta el caballo y monta con dificultad. Volvemos a casa. Cuando llegamos, el tobillo ya tiene dimensiones inquietantes. Henner se ve obligado a apoyarse en mí al entrar en casa, y ahora está de un humor de perros. Ya no puede levantarse en toda la tarde, y yo lo cuido lo mejor que sé. Voy a la nevera por hielo, lo envuelvo en paños de cocina y se lo pongo en el tobillo. En el armario de encima del fregadero encuentro una pomada para calmar el dolor; se la unto. Le llevo pan con mantequilla e incluso un sorbo de vodka y me quedo a su lado, pero él se muestra hosco y crispado y me dice que ese día duerma arriba. No lo entiendo.

Más tarde, cuando desvelada no puedo evitar pensar que la madre de Henner murió en esta cama, me entra un miedo horroroso y bajo con él. Debe de haber ido por la botella de vodka, porque está junto a la cama y se ha bebido la tercera parte. Creo que duerme. Está tumbado sobre el costado derecho y respira acompasadamente, y yo me tumbo delante, me amoldo a su cuerpo, y él me abraza y ya no me suelta.

Por la mañana llaman a la puerta. Por un instante, aguantamos la respiración. Henner reacciona antes y se levanta despacio. La hinchazón del tobillo ha bajado un poco; sigue doliéndole, pero puede andar. Lo oigo abrir la puerta y me pongo a temblar: es Johannes. Ha venido a hacer fotos, quiere aprovechar la luz matutina, dice. Henner mantiene la sangre fría y responde que en la finca puede sacar todas las fotos que quiera, pero que ese día no puede entrar en la casa. Voy a la cocina y desde allí subo a la habitación de la madre. Lo observo tras la cortina, lo veo ir de un lado a otro con la cámara, en busca del mejor ángulo. De nuevo, quiero morirme. La posibilidad de que me descubra se me antoja tan horrible que preferiría morir de hambre aquí antes que bajar. Oigo trajinar a Henner en la cocina. Finalmente —después de una eternidad—, sube con café y pan. Se lleva un dedo a la boca, como si temiera que yo pudiera hacer algún ruido que nos delatara. Nos quedamos sentados muy quietos. Johannes va a la cuadra, sale, se dirige hacia el pozo y luego al granero; saca fotos de la casa y los establos, de la puerta de la casa y del gran portón de entrada, de los perros y del poyo que hay delante de la ventana de la cocina. No puedo resistirme y lo observo tras la cortina. Y entonces sucede: Johannes levanta ligeramente la cámara y dispara. Me lanzo hacia un lado.

—¿Qué ocurre? —susurra Henner.

—Me ha hecho una foto —contesto.

—¿Cómo dices? —pregunta él, sofocado.

—Ha levantado la cámara, y creo que he salido en la foto.

—Maldita sea, Maria... eso ha sido una estupidez.

Entonces Johannes lo llama. Estoy sentada en el suelo, delante de la ventana abierta, e intento entender algo de lo que dice. Si puede volver, pregunta Johannes, con Maria, y sacar fotos en la casa, si a Henner le gustaría quedarse con una de las fotografías y qué le ha pasado en el pie, que ha visto que cojea. Henner da respuestas sucintas y hoscas, y Johannes se marcha. Tras él se cierra el portón y se corre el gran cerrojo. Henner vuelve a casa arrastrando los pies y se sienta a la mesa de la cocina. Al cabo de un rato bajo y me siento con él.

Silencio prolongado.

—No es culpa mía que haya venido Johannes —digo.

Me mira a punto de decir algo, pero se lo ahorra. Me arrodillo en el suelo delante de él, apoyo la cabeza en sus piernas y le susurro palabras de amor. Eso hace que respire ruidosamente, y me sube al regazo y aprieta la cabeza contra mi pecho. Nos quedamos así mucho, mucho rato...

## 18

Esta vez la despedida no fue buena. La ira de los primeros contactos volvió a apoderarse de él, y cuando yo ya estaba en el portón, me metió de nuevo en la casa y me tumbó en la cama de un empujón. Ni siquiera me desvistió del todo, tan sólo me levantó el vestido y me bajó las bragas, que tiró por ahí de cualquier manera. Su pesado cuerpo me enterró entre las almohadas y las mantas, quitándome el aire; me hizo daño de veras. Su mole estuvo a punto de aplastarme, su deseo tenía algo animal, desconcertante, algo que me recordó cosas ocurridas mucho antes de que yo naciera, que no puedo conocer y sin embargo creo conocer, como si mi memoria formara parte de una memoria mayor. Eché la cabeza hacia atrás para poder respirar. Apreté los puños ante el pecho. Cuando iba a decir algo, me tapó la boca con la mano y me susurró en un tono inquietante: «¡Calla!» Sin bajarse del todo el pantalón, me separó las piernas, su miembro duro quiso abrirse paso. Pero yo me cerré.

Esta vez no quería, de ninguna manera. Le aparté la mano y le dije: «¡No!» Nada más. A continuación me zafé, me vestí y me fui.

A mi llegada, Marianne está delante de la tienda, charlando con la mujer del dueño del Linden. De Johannes no hay ni rastro. Alfred, que lleva un cubo en la mano, se acerca. Me saluda amablemente y pregunta:

—Qué, ¿ha recuperado fuerzas en casa de su madre? Se la ve más regordeta. Bueno, está bien dejarse cuidar por la madre cuando uno está disgustado. —Esboza una sonrisa torcida y sigue su camino.

Marianne me trae un vaso de leche recién ordeñada y lo deja en la mesa de la cocina.

—Johannes está arriba, en el cuarto oscuro —informa, y a mí casi se me revuelve el estómago al ver la capa de nata que flota en la leche.

Pero me bebo el vaso entero y subo.

Una vez arriba, llamo a la puerta con cuidado.

—Espera un momento, casi he terminado —responde él.

Sin embargo, tarda unos minutos en abrir. Dentro hay copias húmedas colgadas de pinzas. Me coge del brazo y me acaricia la cara.

—¿Ya estás bien? ¿Vas a quedarte?

—Sí, ya me encuentro bien —musito.

Luego me enseña las fotos. También las de Henner. Va mostrándomelas una por una y me cuenta *cómo* la ha hecho y *por qué* la ha hecho precisamente *así*. Yo escucho con atención y

espero que llegue el momento en que descubrirá a la mujer que hay detrás de la ventana y todo saldrá a la luz. Por fin llega. No ha salido especialmente bien, está un poco borrosa y oscura, pero detrás de la cortina se distingue con claridad una figura de mujer, y Johannes también lo ve y no dice nada. Ahora siento un dolor intenso en el cuerpo, noto que se me seca la boca y me cuesta tragar saliva.

Johannes mira y mira, y tengo ganas de contárselo todo. Le diré la verdad y cogeré mi bolsa y volveré con Henner. ¡Eso quiero hacer!

Johannes gira un poco la foto. De pronto sonrío y dice:

—Mira, hay una mujer en la ventana. Por eso no me dejó entrar. Henner no quería que la viera... Qué lástima, detrás de la cortina no se reconoce... No sé qué le ven las mujeres. ¿Tú lo entiendes?

—No —respondo con voz inexpresiva—, no lo entiendo.

No sé cuántas veces más podré salir airoso en una situación así, hasta dónde se puede llevar una mentira. Pero supongo que más lejos de lo que pensaba.

Siguen unos días tranquilos. Ayudo a Frieda en la cocina y leo mucho. A veces fijo la vista en la finca de Henner, pero no veo nada de particular. El día siguiente a mi vuelta, Siegfried se me acercó después de comer y me dijo:

—Tenemos que hablar del instituto, Maria. Las clases empiezan la semana que viene. Lo he hablado con Marianne. Puedes quedarte con nosotros, pero con la condición de que vayas al instituto: tienes que terminarlo.

Lo escuché con atención y me puse un poco cabezota, aunque es la decisión que también he tomado hace tiempo. No obstante, empecé diciendo: «Pero...» Siegfried me interrumpió sin más y dijo que no había peros que valieran. Le agradecí profundamente sus palabras.

Luego me di una vuelta por la granja en busca de algo que hacer. Todo estaba bastante desordenado; bajo el saledizo del tejado del granero, contra la pared, había toda clase de enseres: horcas para el estiércol y el heno, palas, tornaderas, una vieja guadaña, carretillas, una rueda de tractor inservible y más cosas. Había heno y excrementos de gallina por todas partes. Fui por un escobón y barrí fuera. Frieda miraba por la ventana de la cocina, asintiendo en señal de aprobación, y me dijo que después fuera al huerto por unas cebollas para la cena. Siegfried quería patatas salteadas con tocino. Marianne se paseaba con una gran regadera, echando agua en las enormes macetas de flores. Aquí y allá les daba un tironcito a las hojas mientras tarareaba una canción. Cuando aparece Siegfried, ella siempre hace como si estuviera muy ocupada, pero cuando está sola, a veces se sienta en el banco que hay debajo del castaño y cierra los ojos.

Me detuve en medio de una nube de heno y polvo, conteniendo la respiración. Trabajar en la granja me sienta bien. A diferencia de cuando leo y estudio en el instituto, aquí los resultados se ven enseguida. El cansancio al final del día es físico y considerable; el sueño, profundo.

Así pasan los días; descanso de Henner.

El 31 de agosto por la tarde, un viernes, estamos todos ante el televisor viendo las noticias. Se ha firmado el tratado de unificación: la RDA es anexionada a la República Federal de Alemania. Seremos un solo país. Siegfried pone cara de preocupación y dice:

—No pueden imponernos sin más todo su sistema. La adaptación tendrá que ser lenta, de lo contrario aquí no tardará en reinar el caos.

Marianne le resta importancia:

—Ya estamos... Tú de momento alégrate y punto.

—Las cosas no son así. En breve aquí no funcionará nada si de repente todos deben trabajar como en el otro lado —contesta él, negando con la cabeza.

Me cuesta escuchar, me pierdo en divagaciones y me pregunto si Henner también estará viendo la tele, aunque en su casa no he visto ningún televisor. La reunificación tendrá lugar el 3 de octubre, y a partir de esa fecha la RDA dejará de existir. Qué extraño. El país donde hemos nacido se desintegra sin más, desaparece para siempre. Johannes está muy nervioso y bebe demasiado. Creo que se siente feliz. En el fondo Siegfried tampoco parece descontento, es sólo que siempre tiene que poner reparos. Marianne cambia de tema y dice que quiere ver pronto, a toda costa, las montañas de Baviera. Hartmut y Gisela han dicho que pueden ir a visitarlos cuando quieran, pero para la celebración de la reunificación vendrán ellos de nuevo. Johannes está como loco y no quiere celebrar la reunificación en el pueblo, sino en una ciudad grande. Frieda y Alfred no paran de decir «Ay» o «Ya», y Lukas se aburre un poco. Pero Siegfried no deja que se vaya a su cuarto.

—Grábate esto en la memoria, es un momento histórico.

Por mi parte, capto la solemnidad de la ocasión, y durante un rato todos callamos y escuchamos a la locutora. Que es la misma de siempre. Antes hablaba de las sesiones de la Cámara Popular y de los planes anuales.

Sin embargo, de pronto Siegfried da un respingo y se levanta. Se pasea un poco y vuelve a sentarse.

—En el molino de Höfer, en F., las máquinas son de antes de la guerra. Como tenga que cumplir la normativa del Oeste, adiós muy buenas. Y en la fábrica de papel otro tanto, lo sabes de sobra, Marianne, las máquinas son viejísimas. Fui a ver a Hartmut y estuve en la explotación ecológica. Allí las disposiciones son muy distintas. Ya sólo la seguridad. Así no habrá manera. Lo que yo te diga, aquí pronto los que se queden sin empleo serán muchos más que los de la planta química donde trabajaba la madre de Maria. —Se ha soliviantado y habla a voz en grito.

A Marianne le molesta que le fastidie el ambiente festivo. Baja el volumen del televisor y dice:

—Pero si siempre estás echando pestes del Estado, ¿es que no te alegras?

—¡Pues claro que sí! —brama él—, pero no se trata de eso... Se avecinan nuevos tiempos para nosotros.

—No te entiendo, Siegfried. Espera un poco a ver qué tal. Nadie sabe lo que va a pasar.

Siegfried, que ahora está sentado a la mesa, responde más calmado:

—No es muy difícil saber lo que va a pasar en el molino de Höfer. Dentro de seis meses habrá cerrado. Te lo aseguro. —Niega con la cabeza y añade—: No podemos hacer en meses lo que a los del otro lado les costó décadas. Es absurdo, Marianne.

Ahora todos nos sentimos mal. Johannes me hace una seña y nos retiramos. Cuando subimos la escalera, me dice que su padre tiene razón pero que, igualmente, las cosas están bien así.

## 19

Ha empezado septiembre y vuelvo al instituto. Por la mañana, Johannes me lleva en moto hasta la parada de autobús, por la tarde regreso andando. Debo repetir curso y tengo un año más que el resto. Las chicas hablan de cosas que me resultan muy lejanas. De que en verano besaron por primera vez a un chico y de que uno intentó tocarle el pecho a una de ellas. Sueltan risitas pudorosas y les parece indecente. La mayoría aún tiene quince años. Supongo que entonces yo habría dicho lo mismo. Los chicos me rehúyen. La verdad es que ni hablan conmigo.

Soy una extraña entre ellos. Con Henner he hecho cosas de las que ni han oído hablar. Nos separa un abismo. Más adelante tenderán sus puentes, pero para entonces no creo que yo esté aquí.

Las clases me resultan fáciles; a fin de cuentas, ya me sé la mayor parte. A menudo tengo un libro bajo la carpeta, y me paso horas leyendo. De todas formas no hay nadie con quien pueda hablar. Puede que me haga librera. Por lo menos los libros me interesan de verdad.

Todos tenemos claro lo que va a ser Johannes.

Hace fotos como un poseso. Ya no soy su protagonista. Se ha centrado en los rostros de los vecinos del pueblo. También quiere retratar a Henner, pero todavía no se lo ha preguntado. Hace unos días que no lo veo. Sólo en una ocasión me fijé en que venía detrás en el coche cuando Johannes me llevaba al autobús.

Ahora voy andando desde el autobús hasta la granja de los Brendel. Son casi tres kilómetros. A la izquierda de la carretera hay campos, y detrás el río. Al otro lado de la corriente se alza un monte boscoso. Las postrimerías del verano arrastran por el campo delicadas telarañas aéreas que se me enredan en el pelo. En el terreno de la derecha, el maíz ha crecido bien; cojo una mazorca tierna y me la como. Caminando me siento libre como nunca antes.

En la lejanía, un coche se acerca. Aquí hay tan pocos ruidos que se oye en el acto cuando algo se aproxima. Pasa de largo despacio y se detiene unos metros más allá. Henner abre la puerta y la empuja hacia fuera.

—¡Sube! —dice, y no me hago de rogar.

Me lanza una mirada inquisitiva de reojo y le sonrío. Continuamos hasta la granja de los Brendel.

Marianne está fuera, delante de la cerca, hablando con Frieda, que desde hace unos días camina con ayuda de un bastón. Al llegar, Henner baja la ventanilla y dice:

—Buenas tardes. He recogido a Maria. Se viene conmigo al prado, a montar a *Jella*.

No me da tiempo a mostrarme sorprendida, ya que inmediatamente mete la marcha atrás y se

aleja.

—De acuerdo —oigo decir a Marianne—. Se lo diré a Johannes.

Recorremos el corto trayecto que nos separa de la finca y desaparecemos en la vieja casa, que cada vez me parece más rara, pues fuera todo va más deprisa, Henner es el único que no avanza. No se ha visto afectado por el movimiento, sigue como siempre.

Vuelve a mostrarse rudo al principio; por el hambre que tiene de mí, dice, y añade:

—No es bueno que vengas tan poco, Maria.

Estamos en la cocina. Han pasado algunos días, y podrían haber sido más de no haber ido él precisamente por esa carretera. No es sólo deseo, es hambre, ésas son sus palabras. Y cada vez que siente esa hambre y me desea tanto que sus manos y sus palabras hacen y dicen bastedades, mis propias ganas no tardan en dar alcance a las suyas. Y como lo sabe, pasa por alto mi vana resistencia, de la que sólo hago gala porque me parece decente y a veces porque a él lo enloquece.

Jamás le concedería a Johannes lo que le doy a Henner con la mayor naturalidad del mundo. No sé con seguridad por qué. A Johannes no le pega ser así; y yo tampoco soy así con él. Su pasión por las fotos es mayor que la que siente por mí. Y sin embargo, me quiere.

Con Henner es al revés. Su deseo es absoluto. Todo lo demás viene después. Siempre veo lo mucho que me desea, en sus ojos y su expresión. Su aspereza resulta tan natural como la delicadeza de Johannes. Le he perdido el miedo. Ahora sé que forma parte de él; amar con comedimiento no es lo suyo.

Después me regala un libro de su madre. Son los poemas, entre los cuales leo ese que me persigue. Rara vez me ha hecho tanta ilusión un regalo. El libro es antiguo; la encuadernación, bonita, y huele a la finca y a Henner. Acaricio una y otra vez la tapa. Dentro está el nombre de su madre. El de soltera: Helene Mammsfeld. Lo tacho con cuidado y escribo el mío debajo. Él sonrío y asegura que conmigo estará en buenas manos, que entenderé los versos, sabré quiénes son los caminantes sin destino...

Luego tengo que irme; es tarde.

Poco antes de las siete estoy cenando con la familia Brendel.

Tengo a Alfred sentado enfrente, y pregunta qué tal me ha ido con Henner, no me ha visto a caballo, aunque ha estado en los campos que hay junto al terraplén y desde allí se divisaba la finca. Le respondo que he estado montando en el bosque, pero él quiere saber si llevaba a *Jella*. Me huelo la trampa y contesto que no, que montaba a *Artus*, lo he sacado del establo, no he ido al prado, y me he dirigido al bosque por la parte de atrás, entre el maíz.

—Vaya, vaya —observa Alfred—; vaya, vaya. Así que ya puede montar al joven semental, y eso que hace nada le daba problemas incluso la mansa yegua.

Asiento mientras mastico y contesto:

—Es que he estado practicando.

—Vaya, vaya —repite él—; vaya, vaya...

A excepción de Frieda, que me mira con expresión interrogativa, nadie se percata de su tono severo. Cojo otro trozo de fiambre y le sonrío.

Por la noche me cuesta menos mentir. Por la mañana, cuando la luz fría ilumina crudamente los rostros, a menudo me sale fatal. En la claridad de las horas tempranas mis actos parecen pesar más, la conciencia se me antoja más fuerte, la moral completamente alerta. Conforme avanza el día, mi sentido de la ética va desapareciendo. Por la noche brilla por su ausencia.



El dueño del Linden me pregunta si puedo trabajar el fin de semana. La asociación local va a reunirse y necesita varias camareras. Detrás de la taberna tiene un coqueto saloncito de baile donde se celebran las reuniones. La asociación local es un auténtico desafío. Las cosas siempre empiezan de manera inofensiva, el presidente pronuncia un discurso sobre la belleza del terruño y la importancia de cuidarlo, lo que no deja de ser más que un pretexto para a continuación beber desafortunadamente. Al principio cada cual está sentado en su sitio, hablando con el de al lado, pero a medida que avanza la tarde se va complicando la situación. Al final nadie está en su asiento y, como todas las bebidas se apuntan en posavasos, hay que ir dando vueltas buscando el posavasos correspondiente a cada persona. Algunos se meten el posavasos en el bolsillo, otros lo pierden. Resulta desesperante.

Muchos visten el traje tradicional, yo también debo llevarlo. A Marianne le parece fascinante, como dice ella. Johannes, por el contrario, frunce el cejo.

Se abrazan y cantan canciones populares. En algunas, las que son bonitas de verdad, me uno a ellos, y en tales ocasiones a veces uno de los hombres mayores me saca a bailar. El siguiente no tarda en acercarse, y van pasándome entre ellos como si fuera un trofeo. Más tarde la cosa toma un cariz arriesgado. Me veo obligada a pegarles en los dedos a algunos, porque tienen las manos muy largas. Muy a mi pesar, sus mujeres hacen la vista gorda generosamente. Con suerte todo termina casi a medianoche. La mayoría rozan los sesenta y ya no aguantan mucho.

En efecto, poco antes de la una, el saloncito de baile está desierto, pero al otro lado, en la mesa de los asiduos, aún hay cinco parroquianos. Han bebido tanto aguardiente y cerveza que incluso el dueño del Linden se teme que no puedan llegar hasta casa. Uno de ellos es Riedel, el que fue policía popular local. Lleva jubilado al menos dos años, pero sigue estando al corriente de todo. De él se dice que tuvo en la mira a Henner durante años y le hizo la vida imposible. La mujer de Henner se marchó, según cuenta la gente —y ésta es la versión más extendida de la historia—, porque pasó lo siguiente: el policía y la Seguridad del Estado, la Stasi, vigilaban a Henner, que de joven había tenido inquietudes políticas y se había relacionado con un músico llamado Lutz, que componía canciones de protesta y acabó en la cárcel. Sea como sea, cuando la mujer se instaló con Henner empezaron los problemas para él. Durante un tiempo todo siguió igual, pero de pronto cada vez había más registros en la finca. En ocasiones se habían reunido allí Henner, Lutz y otro amigo que aparentemente se interesaba por los caballos, pero que en realidad era escenógrafo en el teatro municipal. Sin embargo, cuando la mujer, que se llamaba Ursula, llevaba ya algún tiempo viviendo allí, una noche el policía se pasó con un compañero que seguramente era de la Stasi. Aunque la Stasi creía que era absolutamente secreta, en los pueblos casi siempre se barruntaba quién pertenecía a ella y quién no.

Henner tuvo que enfrentarse a afirmaciones que quizá hubiera hecho, pero que muy poca gente podía haber oído. Al final, estableció la relación entre Ursula y las visitas del policía y llamó a capítulo a su mujer. Ella lo negó todo, pero a la mañana siguiente se había largado con todas sus cosas. Poco después, Henner, completamente borracho, le asestó un puñetazo al policía, y más tarde, cuando la autoridad acudió a la finca para llevárselo, opuso fiera resistencia. Acabó pasando unas semanas en la cárcel. Probar no pudieron probar nada, a excepción de resistencia a la autoridad.

Pero él jamás volvió a permitir que una mujer pasara mucho tiempo en la finca, y desde que estuvo en la cárcel su afición a la bebida empeoró de forma considerable.

Ahora el policía está sentado a la mesa y, con palabras grandilocuentes y gesticulando, comenta lo bueno que es que Alemania vuelva a estar unida. En ese instante entra Henner. Está sobrio y probablemente venga por mí —al fin y al cabo sabe cómo es la asociación local—, pero al ver al policía va directo a la mesa y se sienta a ella sin decir nada.

Los mayores beben como cosacos. Aguardiente de trigo, vodka, coñac, todo mezclado. Entonces sucede algo: cuando sirvo otra ronda, el policía Riedel me pone la mano en el trasero y dice:

—Si fuera un poco más joven, me beneficiaba a la chica aquí mismo. —Y se echa a reír como un poseso.

Yo me zafo y vuelvo a la barra, pero Henner se levanta. Se sitúa tras la silla del policía, lo agarra por el cuello de la camisa y lo saca del bar a rastras.

—¡Basta! —exclama el dueño—. ¡Aquí no quiero líos, vete a casa, Henner, largo!

Voy tras ellos, mientras que los otros se quedan sentados como si no pasara nada. Están fuera, en la puerta, y creo que Henner va a matar al policía. Le aprieta la garganta con ambas manos y oigo un resuello. En voz baja le suplico:

—Déjalo. Vámonos a casa, pero déjalo. Me voy contigo, pero déjalo, por favor. Déjalo, déjalo, déjalo...

No sé cuántas veces se lo digo. Sea como sea, al final el policía está en el suelo, vomitando, y Henner me agarra por la muñeca y tira de mí. Está fuera de sí, no lo conozco. Intento soltarme, pero no me deja. Abre el portón de una patada y me arrastra. Dentro incluso les da una patada a los perros cuando lo saludan, y después me aparta de un empujón. La muñeca me duele mucho. Henner entra en la casa y empieza a lanzar objetos. La cazuela con la comida del mediodía se estrella contra la pared, también destroza una silla. Me quedo en el umbral, mirándolo. No le tengo miedo. Al cabo de unos minutos ha pasado lo peor, aunque la cocina ha quedado hecha un desastre.

—¡Ese cerdo asqueroso, ese puerco, ese engendro...! —espeta varias veces, pero también este último arrebatado acaba aplacándose poco a poco.

Cuando por fin se sienta, me acerco a la nevera para sacar el vodka, que nunca escasea, cojo dos vasos y los lleno hasta la mitad. Henner bebe despacio y sin mirarme. También apura de un trago mi vaso. Me levanto y me coloco detrás de él, le pongo las manos en las sienes y apoyo mi cabeza en la suya. Él sigue como petrificado, como si no reparara en mí. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, los hombros relajados, está absolutamente abismado en sus meditaciones.

Me quedo así hasta que no puedo más, y entonces le digo:

—Volveré mañana. Ahora tengo que irme a casa, Johannes me espera. Pero volveré mañana. —Recalco bien las palabras, porque creo que no me oye.

Mañana es domingo. No tengo ni idea de qué excusa daré para no quedarme en la granja de los Brendel un domingo, pero no me preocupa. Si alguna vez le he hecho falta es ahora. Asiente, y le pido que se acueste. Se levanta y se dirige hacia la pequeña alcoba tambaleándose. Cuando se tumba, me siento en el borde de la cama y le pongo la mano en la cabeza. Él me la quita y la sostiene un buen rato. Luego me marchó.

A la mañana siguiente —he dormido más que de costumbre y bajo tarde a desayunar—, todos se han enterado de lo ocurrido. De la borrachera y la pelea y de mi intervención, y también de que me fui con él. Gabi, la mujer del dueño del Linden, ha venido por leche y huevos y lo ha contado

todo.

Johannes pregunta si me he vuelto loca, irme en plena noche con Henner a su casa. Todo el mundo sabe lo agresivo que puede ser, el salvaje de Henner.

—A su casa... —repite, y se golpea en la frente con la mano.

Yo apenas sé qué decir, balbuceo, contesto que me daba la sensación de que podría tranquilizarlo y que tenía miedo de que pasara algo mucho peor si lo dejaba solo. Johannes me interrumpe y suelta:

—De eso precisamente se trata. Podría haber pasado algo mucho, mucho peor: tú y Henner, a solas en la finca, en el estado en que estaba. Eres tan ingenua, Maria, me saca de quicio...

Intento justificarme, pero no tiene sentido. Todos opinan como él. Menuda suerte que no se haya «propasado» conmigo, suelta Marianne literalmente varias veces. Al parecer le gusta la palabra, o tal vez esté celosa y lo que sucede es que le encantaría que se «propasara» con ella. Cuando me fastidian así, me da por pensar mal. Y si se puede saber qué hice tanto tiempo en su casa, el dueño del Linden dice que estuve allí un buen rato, que no perdió de vista la finca y por lo menos me quedé una hora. Un poco más y habría llamado a la policía. En una hora, respondo, podría haberme violado tres veces. Y la policía no podría haber hecho nada. A partir de hoy el dueño del Linden ha muerto para mí, lo tengo más que claro.

Alfred y Frieda no dicen nada, pero veo que Alfred sonríe. Me entran ganas de taponarle la boca con el panecillo mordido y meterle otro. El único que se muestra prudente es Siegfried.

—Henner no haría algo así, no es de éstos —dice, y le estoy sumamente agradecida.

Después de desayunar subo por un par de cosas y digo que me voy con mi madre. Johannes quiere llevarme, ya no está enfadado, pero ahora quien lo está soy yo, por haberme leído la cartilla delante de sus padres. Encogiéndose de hombros y con un ademán desvalido, deja que me dirija a la escalera y cierra la puerta a mi espalda. Voy directa a ver a Henner.

Dentro, en la cocina, todo está ordenado. Nada recuerda la noche anterior. Él está sentado a la mesa, comiendo. Cuando entro no se mueve. Ni siquiera levanta la vista. Paso por delante casi sin hacer ruido y meto la bolsa en la alcoba contigua. Luego cojo una silla y me siento a su lado. Él me observa de reojo y sigue comiendo sin inmutarse.

Que hable él primero. Yo también puedo estar sin decir nada.

¿Cuánto tiempo pasamos así? No lo sé.

Mucho.

En esta casa me cuesta no perder la noción del tiempo. A veces las horas son días, pero luego los días transcurren como si fueran minutos. Sin embargo, cuando sigue sin pasar nada y Henner ya ha terminado de comer hace un buen rato, le pongo la mano en la mejilla, y él suelta un gemido y baja la vista.

—Lo habría matado —afirma, y al ver que no digo nada, añade—: ¡Y me habría matado yo!

Esas palabras se alzan entre nosotros como un muro.

Ya no sé lo que es correcto, pero creo que lo que dice es verdad.

—No me necesitas, Maria —continúa—. Tienes diecisiete años, ¿por el amor de Dios! ¿Qué has venido a buscar aquí? —Ahora me mira fijamente.

No necesito pensármelo, sin embargo vacilo antes de contestar:

—¡A ti! Soy bastante mayor, la abuela Traudel también tenía sólo diecisiete años, no puedes despacharme sin más.

Su mirada sigue posada en mí. Esperaba que se burlara, pero no...

—No estoy despachándote —asegura—. Pero sí quiero decirte una cosa: ya ves cómo es esto. Ya has visto cómo soy. No puedo ofrecerte nada, nada de nada. —Mientras habla, su mano derecha hace un movimiento desdeñoso que me resulta de una dureza inesperada.

Trago saliva antes de replicar:

—Eso me da igual, yo sólo quiero estar a tu lado. Nada más.

Henner esboza una sonrisa cansada y me atrae hacia él con indolencia. Permanecemos sentados completamente absortos, en un silencio mayor aún que el silencio que reina en la finca, y durante mucho rato. Muchísimo.

El resto del día lo pasamos en la cama. Hablamos poco, no paramos de acariciarnos, y él me lee el último capítulo de *Los hermanos Karamázov*. En un momento dado, Alexéi dice: «Resucitaremos sin falta, nos veremos sin falta, y con gozo y alegría nos contaremos unos a otros todo lo que nos haya sucedido.» Quiero oírse lo decir otra vez ahora mismo, es tan esperanzador y bello... y a Henner lo alegra mi alegría.

## 20

Vuelvo por la tarde. Me muestro reservada, digo que tengo deberes y subo la escalera directamente a nuestra habitación. En uno de los cuartos de al lado, *Selma* ha tenido crías. Cinco gatitos de algún pillo del pueblo. Johannes también lo immortaliza. No sé cuántas fotos habrá hecho ya, pero seguro que cientos. Están por todas partes y me recuerdan que el tiempo pasa. Sus primeras instantáneas ya se me antojan antiguas. Yo he cambiado mucho. Johannes también se da cuenta, pero sólo por las fotos. Cuando estoy delante de él, parece que no vea nada.

Con Henner he acordado que irá a recogerme al instituto todos los martes y jueves. A Johannes le diré que me voy a la ciudad a dar una vuelta con las chicas de mi clase o al parque a tomar helado. El sábado lo dedico a mi madre. Por la mañana voy a verla, pero antes de la hora de comer atravieso el bosque rumbo a la casa de Henner y me quedo a dormir.

Así pasa volando septiembre, con sus bonitos días de final de verano. Henner y yo nos hemos resignado al ritmo de nuestras mentiras y nuestro amor. Nos vemos con regularidad, y cuando vamos en coche y pasamos por delante del camino que conduce a la granja de los Brendel, me escondo tumbándome en el asiento trasero.

La magia del principio se ha desvanecido; ahora nuestros encuentros han adoptado la calma de la costumbre. Ya no se abalanza sobre mí en el acto, y a veces nos limitamos a hablar. El miedo de que nos descubran ha dado paso a la certeza de que la verdad no siempre sale a la luz. Y me pregunto cuántas cosas más se llevarán a cabo a escondidas sin que yo nunca llegue a saber nada de ellas.

Ya no trabajo en el Linden. Al dueño no le habría sorprendido lo más mínimo que Henner me hubiera violado.

—Así que eso es lo que ese sinvergüenza piensa de mí —refunfuña Henner cuando se lo cuento, pero en realidad nunca le ha importado lo que la gente diga de él.

Lo veo muy animado, hace algunas reparaciones en la finca, arregla cercas, cuida los caballos y se plantea realizar reformas en la casa. No es verdad que siempre vaya por agua al pozo, sólo en verano. Tiene agua corriente como los demás, e incluso una caldera que la calienta.

Yo lo ayudo a poner orden en la casa, limpio ventanas y lavo cortinas, friego los suelos y quito el polvo de años acumulado en armarios y estanterías. Él se queda asombrado con los resultados. Y se deshace en cumplidos. Yo enrojezco de puro contento.

Creo que se podría vivir así.

De los acontecimientos políticos no nos enteramos en absoluto. Es cierto que no tiene

televisor ni radio. Tan sólo un tocadiscos, pero tampoco nos hace falta. Entre semana no tenemos bastante tiempo, y el sábado nos leemos libros. Creo que Henner tiene madera de artista. Cuando se lo digo, suelta una risa amarga. No es de extrañar que en el pueblo no tenga amigos. A los de aquí no les gusta la gente distinta, y menos si lee muchos libros. Se lo perdonaron mientras no descuidó las labores de la finca. Antes había más animales, el máximo número teniendo en cuenta el poco terreno: vacas, cerdos, gallinas y caballos, y estos últimos siguen allí. Había que comprar el pienso, las escasas zonas arrendadas no daban abasto para la cantidad de hierba y forraje que se necesitaba.

Cuando murió la madre de Henner, en 1965, su padre y sus abuelos aún llevaban las riendas de la finca. Ocho años después falleció el abuelo, y en 1980 el padre. Con dieciocho años, Henner entró en la cooperativa, dedicándose a la cría de ganado vacuno. Después del trabajo había cosas que hacer en la casa. La cooperativa no era para él, siempre andaba a la greña con el resto, era porfiado y testarudo y en realidad sólo quería encargarse de su finca. Y cuando la abuela se vio sola allí, eso fue lo que hizo: se mató trabajando, solo. Al final fue demasiado; poco a poco tuvo que ir deshaciéndose de los animales, a excepción de los caballos. Les tenía apego, los conocía muy bien. Con el dinero que obtuvo por el ganado compró más caballos, ejemplares buenos, de raza, y al cabo de unos años su establo era conocido en toda la región. Al parecer no valen nada en comparación con los caballos del Oeste, pero eso aquí nadie lo cree.

Lo de Ursula pasó en 1974, un año después de que yo naciera. Henner estaba en prisión mientras mi madre me daba el pecho. Eso me lo imagino a menudo.

Son muchas las cosas que nos separan y algunas las que tenemos en común, que son las que prefiero oír. Al igual que yo, Henner fue pionero, si bien no entró en la Juventud Libre Alemana ni participó en la ceremonia de iniciación cívica. No puede decirse que fueran enemigos del Estado, los Henner ni siquiera se interesaban por la política. Sólo querían llevar tranquilamente su finca. Cierto que su madre odiaba a los rusos, pero por otros motivos. Creo que en el fondo les daba lo mismo el sistema en que vivieran. Sólo querían dedicarse a lo suyo y no tener que preocuparse de que el hijo fuera una vez a la semana a la ciudad con los pioneros para hacer sabe Dios qué cosas inútiles.

La ceremonia de iniciación la impidió la abuela, que era católica e insistió en que Henner se confirmara al menos por el rito protestante. La comunidad católica más cercana estaba demasiado lejos. Desde luego que Henner podría haber hecho ambas cosas, participar en la ceremonia de iniciación y confirmarse, pero la abuela dijo que no podía servirse a Dios y a los ídolos. En esas cosas era obstinada. Y la Juventud Libre Alemana le habría robado tiempo al muchacho; a ese respecto la familia estaba de acuerdo, y era comprensible, pues al fin y al cabo siempre había actos y asambleas, intervenciones de las brigadas de trabajo o campamentos. La finca no era generosa con el tiempo libre.

Yo tampoco entré en la Juventud Libre Alemana, lo cual tuvo que ver sobre todo con David. Las condiciones de su afecto fueron claras: no le interesaba una simpatizante, aunque más tarde se enamoró de una y no volvió a dirigirme la palabra, pero no me importó, pues para entonces yo ya conocía a Johannes.

Tanto para Henner como para mí eso tendría consecuencias determinantes: no podríamos sacarnos el título de bachiller ni estudiar en la universidad. En mi caso la caída del muro lo cambió todo; para Henner fue demasiado tarde.

No sé si él habría cursado una carrera. Inteligencia no le faltaba, eso sin duda, pero no era capaz de decidirse entre la finca y ese otro mundo tentador que le brindaban los libros. Así que a veces iba a la ciudad, donde acabó conociendo a Lutz y al escenógrafo. Con ellos podía hablar de cosas que en su casa nadie entendía. ¿Qué habría hecho de haber tenido diecisiete años cuando cayó el muro?

Pero no quiere oír hablar de eso, y no le gusta hablar de sí mismo. He tardado siglos en sonsacarle todo esto. Es un hombre extraño. De mí sabe más cosas. Sin embargo, soy incapaz de decirle lo más importante.

Ahora voy de una finca a la otra con la mayor naturalidad del mundo. Todo puede acabar convirtiéndose en una costumbre, aunque me remuerde la conciencia cuando Johannes me toca. Las últimas veces lo he rechazado. Él se lo toma con una filosofía rayana en la indiferencia, me parece. Me alegro y no me alegro al mismo tiempo. Quizá en eso consista el amor verdadero, pues me acepta como soy.

¿Y Henner? Yo lo acepto como es.

Amo a Henner. Eso es lo que no soy capaz de decirle. Lo amo de verdad, incluso cuando está borracho, hasta cuando calla y, desde luego, cuando me toca. Lo amo. Así es.

## 21

En casa de los Brendel van a producirse algunos cambios. Siegfried tiene grandes planes.

De nuevo estamos sentados todos a la mesa, y Siegfried habla más que en todos los meses anteriores. No lo reconozco.

Quiere tomar en arriendo terreno de la cooperativa y de algunas personas del pueblo. Han de ser por lo menos treinta hectáreas, sobre todo de pastos, algunas de tierras de cultivo y una para la siembra de hortalizas.

—Tengo pensado que la rotación de cultivos sea amplia —anuncia, dándose tono.

Nadie sabe lo que quiere decir, y nos explica que es importante para el suelo y que contribuirá a reducir los parásitos. Dos años leguminosas, luego trigo, cebada, guisantes, centeno y otros dos años de leguminosas. También habla del contenido en nitrógeno del suelo y del abono natural. Pero por lo visto no será como en la explotación Deméter. Él no necesita la «superestructura antroposófica», le parece una excentricidad. De doce vacas quiere pasar a tener veinticinco. Con la leche que obtenga elaborará queso y yogur. Arriba, en las habitaciones de Frieda, montará una quesería, y en el sótano un almacén. Nada de eso se hará por arte de magia, recalca sin cesar. Habrá que remodelar el establo, quiere tener un garaje aparte para los vehículos. Las vacas necesitan un pasillo de alimentación en toda regla, y también será preciso renovar la zona de ordeño. Por el momento pretende conservar algunas ovejas, el queso de oveja alemán escasea, según señala. Ha calculado que con el terreno adicional podrá producir solo todo el forraje. Incluso el pienso, que hará falta además del heno. Ensilado no necesita, y además no es bueno para el queso de leche cruda.

Marianne, pasmada, guarda silencio. Frieda y Alfred se esfuerzan en seguir sus explicaciones. Lukas dedica miradas admirativas a su padre y Johannes baja la cabeza. Creo que tiene miedo de no poder salir de aquí.

Ahora Siegfried piensa en voz alta: no venderá los terneros inmediatamente, sino que los engordará aquí, en la granja, y los sacrificará a los dos o tres años y venderá él mismo la carne. Pero entonces andará escaso de heno.

—¿Vosotros qué opináis? —pregunta de pronto.

Silencio.

Así pues, continúa. Tendremos mucho que hacer todos, y cuando dice «todos» nos mira uno por uno a los ojos. También a mí. No sé qué tiene en mente, y yo debo de haber puesto una cara bastante tonta, ya que ahora suelta una carcajada y dice:



—Maria se encargará del primer ordeño, a las cinco de la mañana, y también echará una mano con la fabricación de queso. Como ya os he dicho, nada de esto se hará por...

—... arte de magia —completa Marianne, y le da unas palmaditas en la espalda.

Él ríe de nuevo y engulle un buen trozo de embutido.

Nunca lo había visto así. Está absolutamente eufórico. Y tal como acaba de contarle, a ninguno nos sorprendería que todo saliera como ha dicho.

El número de gallinas ya es mayor que antes de que el zorro hiciera la escabechina. Siegfried trabaja como una mula. No pierde tiempo. Hasta Johannes y Lukas se ven obligados a arrimar debidamente el hombro. Ahora Marianne charla poco con las mujeres del pueblo. La tienda se ha convertido en una joya. Incluso Alfred ha de renunciar a su forma indolente de trabajar, lo cual le impide beber.

Ahora soy un miembro de pleno derecho de la familia. He contribuido a la reestructuración de la tienda, he pintado paredes, escrito pequeños letreros y hecho sitio para los futuros productos de la granja. Frieda no tardará en preparar el pan con harina propia, y el horno se le da de maravilla. Al yogur se le podría añadir vainilla u otros ingredientes, eso fue idea mía. A todos se nos ha contagiado la pasión de Siegfried.

Ahora, delante de la tienda, a izquierda y derecha, hay macetas con flores y una pizarra con la oferta del día. Dentro de un año o a lo sumo de dos la tienda estará a reventar, según los planes de Siegfried. Pero él ya está pensando en abastecer a otros. Lo cierto es que tiene visión de futuro. A Johannes y a mí nos resulta un poco inquietante. No sabemos lo que va a ser de nosotros ni dónde estaremos dentro de un año.

Johannes lo fotografía todo por si acaso y dice que hay que hacer publicidad en la ciudad.

Aquí, en la granja, reina un ambiente que me tiene completamente alterada.

En apenas unos meses, el trájín ha aumentado. Además es la época de la cosecha. Hay que recoger manzanas, peras, ciruelas y bayas de saúco, y aprovecharlas. Yo me encargo de las bayas. Las grandes umbelas llevan abundantes frutos, que convierto en zumo, jalea y mermelada. Después lo vendemos todo en la tienda. Marianne me está muy agradecida, ya que es un trabajo endemoniado. Sin embargo, he descubierto la posibilidad de hacer compatible la recogida de bayas con la lectura de los libros. Así no me aburro.

En la finca de Henner hago lo mismo. Llevamos los frutos a casa en cubos. Estos últimos años se ocupaba Gabi, la mujer del dueño del Linden. De ser por Henner, todo se habría podrido. Parte de lo que recogemos lo guardo en el sótano, además preparo un montón de compota y mermelada. Henner ha comprado en el Oeste algunos ingredientes que le encargué: vainilla, canela, jengibre y cosas así, de cuya existencia he sabido por Gisela. En la cocina huele tan bien que él sale una y otra vez sólo para volver a entrar. Hago un puré de bayas de saúco y manzana con una pizca de canela y mucho azúcar. Tengo las manos negras a causa de las bayas, y en una ocasión a Johannes le extraña y comenta:

—Ya hace por lo menos tres días que cocinaste el saúco, pero sigues teniendo los dedos negros.

—El negro del saúco no hay quien lo quite —respondo sin inmutarme.

También hay novedades en casa de mi madre. Cuando voy a verla un sábado por la mañana, la encuentro sentada a la mesa comiendo ciruelas. Tiene buen aspecto, ya no está tan delgada, y en su rostro hay otra expresión. Se echa el pelo atrás y dice en un tono extraño que quiere contarme

algo. Sostiene una ciruela en la mano y le da vueltas, y al cabo anuncia que quiere irse, que quiere volver a su ciudad natal. No digo nada, pero noto que la sangre me sube a la cabeza y palpita.

Continúa explicándome, con profusión de palabras y ojos humedecidos, que se ha dado cuenta de que éste no es su sitio y nunca lo será. En casa, lo dice así, en casa incluso tendría trabajo. Le ha escrito a su hermano, que sigue viviendo allí, y él le ha respondido. El año que viene abrirán un hotel nuevo, aún no está terminado, pero necesitarán a mucha gente, también en contabilidad, y son muchos los que se han ido. Mientras lo cuenta parece feliz, aunque llora. Después me pregunta si querría irme con ella, y no puedo mirarla cuando le respondo, aunque no lo dudo ni un instante.

No, digo, no puedo irme con ella, porque aquí están el instituto, Johannes y todos los que significan algo para mí, a excepción de ella, claro. Ahora llora más, y yo me siento mal y triste al pensar en el poco tiempo que hemos pasado juntas estos últimos meses. No intenta hacerme cambiar de opinión. Tampoco tendría sentido. Después me esfuerzo al máximo para darle la impresión de que me las apañaré bien sin ella, aunque la echaré mucho de menos, y además sólo son cinco horas en tren y me tendrá a su lado, e iré a menudo, en todas las fiestas y después, sí, después, en las vacaciones, y a ella le vendrá muy bien ir por fin al lugar donde siempre ha querido estar.

Sí, dice entonces, eso es lo que siempre ha querido, y no recuerdo haberla visto nunca con esa luz en la cara.

Desde luego, las cosas irán poco a poco. Tiene previsto mudarse la primavera que viene, primero quiere viajar allí a echar un vistazo, visitar viejos amigos, presentar una solicitud de empleo e ir preparando lo necesario.

No sé qué decir. Me alegro y no me alegro. Me da miedo no tener a nadie a quien acudir, a quedarme sin una madre que me consuele cuando todo va mal. ¿Quién lo hará ahora? Ella sigue hablando, deprisa y mucho más que de costumbre. No para de acariciarse el pelo y enjugarse las lágrimas, alternativamente, primero las lágrimas y luego el pelo. Tendrá que hablar con los Brendel, opina, es preciso aclarar algunos puntos, y necesitaré una cuenta para el subsidio familiar y la ayuda que pretende enviarme cada mes hasta que haya terminado el instituto.

¡Son tantas las cosas que hay que tener en cuenta!

Sin embargo no pienso en ellas. Sólo me pregunto una y otra vez quién estará ahí cuando Henner me dé la patada. Estoy a punto de contárselo todo, pero ella sigue hablando, de la nueva oportunidad que se le presenta y de los viejos amigos, muchos de los cuales aún viven allí, y quién sabe, tal vez incluso encuentre a un hombre al que amar, desde luego algunos están separados, antes había muchos a quienes ella gustaba.

—Ay... —dice—, qué bueno sería volver a encontrar el amor.

La entiendo perfectamente. Ojalá lo encuentre. Después miro el reloj: son poco más de las doce y media, y aunque hace sólo unos minutos me arrepentía del poco tiempo que he pasado con mi madre, ahora quiero dejarla e ir con ese hombre que tendría la edad ideal para ella. Le aseguro una y otra vez, y con firmeza, que no ha de preocuparse por mí, que con los Brendel estaré por lo menos tan bien como con ella. Mientras, saco mi bolso de debajo de la silla y, cuando por fin deja de llorar, me voy. A la carrera. Enfilo el camino corto del bosque y bajo por los peñascos, cruzo el puente y sigo los campos para llegar hasta el hombre que está esperándome.

## 22

Ya es casi la una, una hora más tarde de lo habitual. Está sentado a la mesa. Delante tiene un plato, y también hay un segundo cubierto. Para mí. Al entrar, me apresuro y le echo los brazos al cuello. Y luego lloro por lo menos tanto como mi madre, aunque creo que mucho más. En ese momento él lo es todo para mí, padre, madre, amante y amigo, y también un poco enemigo.

Ahora tengo un miedo terrible de perderlo también a él; estoy a punto de enloquecer. Henner se ve obligado a decirme un centenar de veces lo mucho que me quiere a su lado, a mí, sólo a mí. Quiero sentirlo en el acto, pongo a prueba la verdad de su deseo. Le cojo las manos y me las deslizo por debajo del vestido. Él vacila un instante, y ese instante es demasiado para mí. Agarro el bolso y me dirijo hacia la puerta, pero allí me retiene y continúa con lo que he empezado. Me entrego con tal desesperación que a los dos nos resulta un tanto inquietante.

Cuando, más tarde, estoy tendida, agotada, él me observa y dice:

—Eres una mujer muy guapa...

Es la primera vez que me llama mujer. Si supiera lo niña que me siento en este preciso instante, qué decepción se llevaría.

Ahora he de ser adulta. Justo ahora, cuando se abren tantas posibilidades, se cierra para siempre la puerta de la infancia.

¿Y qué es lo que sucede? Nada. No hay estallidos ni fragor ni retumbar de truenos. Sencillamente la vida continúa, y sin embargo todo es distinto. Me levanto, bajo a la cocina y me lavo en la vieja pila esmaltada, caliento la comida que no hemos tocado, lo llamo y me alegra verlo sonreír cuando baja la escalera. Está muy buena, Henner sabe cocinar. Me imagino aquí el invierno, a él encendiendo la estufa y caldeando la alcoba, los cristales de hielo con forma de estrella en la ventana, el aire colándose por las rendijas y yo poniendo mantas delante, la nieve agolpándose en el tejado, que gime bajo su peso. ¿Nos aburriremos? No. Seguro que no. Nunca he necesitado tan poco, jamás me he bastado y sobrado sola como los días que paso con él. Comer, dormir, amar, leer, trabajar. No hay más. Y sin embargo lo es todo.

Aquí, en la finca, vivimos muy despacio. Por la noche, ponemos velas en la mesa, abrimos una botella de vino y fumamos. Le pregunto a Henner qué haría si alguien nos delatara, y responde que en ese caso debería irme con él definitivamente. Antes o después tendré que decidirme, a lo sumo cuando cumpla los dieciocho. Ahora estoy achispada y me siento arrullada por sus palabras, que me dicen una y otra vez: es a ti a quien quiero a mi lado, a ti y a nadie más. Por primera vez me planteo tener un hijo. Henner sonrío y se lanza a especular cómo sería el niño. Creo que la idea le

gusta. A fin de cuentas no tiene hijos, y es muy triste morir sin dejar huella.

Nunca me he parado a pensar de qué vive. En definitiva, sólo trabaja en la finca, y los caballos son caros.

Cuando se lo pregunto, sonrío satisfecho y contesta que le deje a él esas cosas, pero después me cuenta que estos últimos años ha estado viviendo de lo que le dejaron sus abuelos, que eran trabajadores y ahorrativos. Y daba clases de equitación, y dos de sus trakehner de raza tienen madera de semental y se los arriendan con regularidad. Además, cada año vende algunas crías.

También tiene planes para la finca. Podría alquilar habitaciones y volver a dar clases de equitación. La casa es grande; el paisaje, bonito; y yo podría ocuparme de los huéspedes. Ahora no hay quien lo pare, y adorna el sueño de un futuro común con bonitos detalles. En la mesa del comedor estará mi mermelada casera, y la gente preguntará quién la ha hecho, porque es deliciosa. Comprará unos animalitos para los niños que vengan: gatos y conejos. Y gallinas, tener gallinas es muy importante. No podremos ir por huevos donde los Brendel. Necesitaremos los nuestros. Incluso podríamos abrir una tiendecita, al fin y al cabo ya sé cómo funciona, tengo experiencia. Va por otra botella de vino, y ante nosotros se abren unas perspectivas que cada vez pintan mejor.

Después, en la cama, me acaricia el vientre como si el niño del que hemos hablado ya estuviera ahí.

Luego sueño con mi propia muerte. Mis pies se hunden en la tierra, mi cuerpo se descompone. No siento dolor, es una sensación agradable. Todavía respiro, todavía puedo pensar, pero eso también acaba por desvanecerse. Me despierto y lo miro: duerme y ronca un poco. No puedo evitar sonreír; con semejantes ronquidos no es posible pensar en la muerte.

La mañana siguiente con los Brendel es una tortura. Les hablo de los planes de mi madre y pregunto si puedo quedarme con ellos de momento. Responden que sí con la mayor naturalidad. Y casi se me parte el alma. Y es que no saben a quién tienen sentada delante. Soy consciente de que mi comportamiento aquí es distinto, aquí me muestro modosita e inocente. Con Henner me las doy de mujer. Me han entrado ganas de contárselo todo muchas veces, y creo que de haber notado una desconfianza genuina por su parte lo habría hecho. Pero entonces, ¿qué? Lo perderé todo. A Johannes y sus padres, y a Henner también, porque seguro que mi madre me lleva con ella. No es posible.

Marianne dice que tenemos que sentarnos con mi madre para organizarlo todo bien. Siegfried opina que en ese caso yo también podría echar una mano por la tarde y en vacaciones. Johannes enarca las cejas.

—No le busquéis tantas ocupaciones —tercia—. No pensamos quedarnos aquí para siempre.

Es verdad, pienso, sin duda para siempre no.

Entonces sale el tema de la fiesta de la reunificación. Esperamos a Hartmut y Gisela, esta vez sin los niños, que se quedarán con los abuelos en Baviera. Johannes quiere ir a Leipzig, tanto si lo acompaño como si no, y los demás quieren celebrarlo en el Linden. El dueño del bar tiene intención de montar un gran bufet en el salón de baile y cobrar diez marcos de entrada, con una bebida incluida. Tiene olfato para los negocios. Se supone que a la celebración se sumará el pueblo entero. Tampoco es que sean muchos, ni acudirán todos. Los muy mayores seguro que se quedarán en casa, delante del televisor.

Yo no sé qué haré. Lo de Leipzig suena bien, y al Linden ya no puedo volver. Quizá encuentre la forma de irme con Henner, lo que más me apetece. Aparte de mí no tiene a nadie.

Alfred vuelve a mirarme de esa forma extraña, y siento un escalofrío. Me gustaría saber qué se propone, si es que se propone algo. Puede que le baste con constatar mi miedo. Creo que le gusta. Por fin alguien le tiene miedo a él y no al revés. Así que ¿por qué iba a decir nada? No cabe duda de que lo sabe todo. Podría habernos delatado hace tiempo. Lo observo con el rabillo del ojo. Lleva una gorra grasienta, aunque estamos sentados a la mesa y es domingo. Le faltan algunos dientes. Tiene la cara arrugada y la piel como el cuero. Incluso los domingos deambula por ahí con un sucio mono azul. Supongo que para demostrar que va por libre. Sin embargo, a nadie le molesta. Pienso que es un poco como un viejo perro apestado, aunque me avergüenzo de esta idea. Pero es que no puedo verlo ni en pintura.

La verdad es que hoy no soporto estar aquí. Me remuevo en la silla y como de mala gana. Marianne me lanza una mirada severa y Siegfried pregunta directamente:

—¿Es que no te gusta la comida, María?

—Sí, está buena —respondo, aunque se me revuelve el estómago.

Necesito ir a la finca vecina, pero Johannes quiere llevarme a la ciudad, para presentarme a unos amigos nuevos. Es el último domingo de septiembre. El último domingo previo a la fiesta de la reunificación. A todo acaba llegándole la última vez. A menudo no se sabe que será la última, no así en este caso.

De camino a la ciudad, le digo:

—Dentro de tres días, la RDA dejará de existir.

—Ya ha dejado de existir. Por fin —contesta, y añade—: No entiendo por qué lo dices así, como si te pusiera triste...

—No, no es eso, triste no es la palabra. Nostálgica, quizá. ¿O melancólica? O no, reflexiva. Eso es, reflexiva. —Miro por la ventanilla. Al otro lado el cielo se nubla, y sobre el techo del Wartburg caen cuatro gotas—. Ahora que por fin todo ha terminado, recuerdo muchas cosas. Toda clase de cosas: que en clase de gimnasia tirábamos granadas de mano en vez de pelotas, aunque la verdad es que no nos extrañaba.

—¿Y? ¿Llegabas muy lejos? —pregunta Johannes, sonriendo.

—Como mucho tres o cuatro metros. Creo que lo habría hecho mejor si hubiese salido yo volando.

No podemos por menos de reírnos. Ahora Johannes es como un hermano. Somos íntimos y ocultamos secretos a los padres, nos reímos mucho y los enfados nunca nos duran demasiado. Paseamos cogidos de la mano por las calles de la ciudad, pero ninguna de sus caricias despierta en mí lo que Henner con una mirada.

Aparcamos el Wartburg y cruzamos el puente en dirección al castillo. Desde hace unos meses hay en las antiguas cocinas una taberna, a la que Johannes es asiduo. Pasamos allí toda la tarde. Cuando volvemos, en casa todos duermen.

Subimos la escalera para ir a nuestras habitaciones, y Johannes desliza una mano bajo mi vestido. Y en ese momento sé que no volveré a acostarme con él, debo tomar una decisión. Lo que quiere de mí pertenece a Henner.

## 23

Al día siguiente no voy al instituto. Por la mañana salgo de casa como de costumbre, pero una vez en la carretera giro a la izquierda y corro hacia Henner. Aún está desayunando cuando llego. Dejo el bolso en una silla, los perros gruñen un poco. Él me mira sorprendido, pero contento, se levanta, viene hacia mí, me coge las manos y me besa.

—Maria, ¿estás bien?

Yo asiento y lloro a la vez y digo:

—Me vengo contigo. Quiero decir para siempre. Me vengo para siempre contigo.

Él ni se inmuta, su mirada no inquiera nada, está absorto.

—No aguanto más, no quiero seguir allí. Quiero quedarme aquí —repito, y él asiente de un modo casi imperceptible. Continúo—: Tendré que ir una última vez para contarle todo y coger mis cosas, y también debo decírselo a mi madre. Me llevará uno o dos días... No es fácil, Henner, ya lo sabes.

Él respira hondo y frunce el cejo. Me esperaba alegría, un arrebató, una señal clara, algo que me diga que soy bienvenida. Pero el silencio en la habitación indica una cosa muy distinta.

—¿Lo has pensado bien, Maria? —pregunta al poco rato—. ¿De verdad? ¿Estás completamente segura?

—Sí, sí, sí, lo he pensado muy bien. No tengo ninguna duda. ¡Ninguna!

Se sienta y gime como si soportara una carga demasiado pesada.

—No pienses que no te quiero a mi lado, Maria. Lo deseo más de lo que crees —dice ahora en un tono tan sombrío, pronunciando las palabras con tanto dolor que casi no puedo soportarlo—. Es sólo que no quiero que tires tu vida por la borda. ¿Estás segura de que podrás aguantarme?... No me conoces...

—No es cierto, te conozco mejor de lo que crees —replico desesperada.

—Aunque así sea. ¿Crees que seguirá hablándote alguien del pueblo? ¿Marianne? —Ríe con desdén y añade—: ¿Alguna vez has estado sola, completamente sola, Maria? ¿Sabes lo que es?... ¡Tienes diecisiete años! Otras chicas de tu edad van a bailar, tienen amigos y padres. Tú no tendrás a nadie. ¡A nadie! Sólo a mí.

—Pero dijiste...

—Sí, sé lo que dije —me interrumpe—, y todo es verdad.

—¿Me quieres? —le pregunto, sin atreverme a mirarlo. Sé que, si me mintiese, me daría cuenta.

—Sí, te quiero —replica él cansado—. Pero eso no significa que podamos vivir juntos.

Sus palabras, frías y duras, me atraviesan. En ese instante me hago pedazos, pedazos furiosos, desesperados, esperanzados, amorosos, y chillo:

—¿Por qué no, maldita sea?

—¡Ya te lo he explicado! —salta él—. Estaremos completamente solos. Nos tendremos únicamente el uno al otro. Tendrás que trabajar mucho. No tendrás amigos, ni distracciones... —asegura, y con una mano extendida simula un hacha que cae—. Llevo tanto tiempo viviendo solo... Maria, tengo mis manías, ¿lo entiendes? Y ya no voy a quitármelas. ¡Tengo cuarenta años! ¡Soy mayor que tu madre!

Procuro hablar con calma, teñir mi voz de suavidad, y respondo:

—Eso ya lo sé. Nos las apañaremos. No soy como las demás chicas de mi edad. Ya no soy una niña, Henner.

—Lo sé —asiente él, abrazándome—. Te quería y te tuve. Y ahora estás aquí... pero deseo que te lo pienses muy bien.

Aunque la gravedad de su tono acaba con mi seguridad, respondo:

—No hace falta, llevo semanas haciéndolo.

—¿Y si tu madre te lleva con ella? —quiere saber él, y de pronto me niega ese abrazo que tanto bien me ha hecho.

—Pues no me iré. No se me puede llevar a la fuerza. Me quedaré y punto.

Henner saca la botella de vodka de la nevera, yo me acerco al armario de los vasos y le tiendo uno.

—Hazme un favor —insiste—, consúltalo con la almohada. Si mañana sigues queriendo venir, ven. En caso contrario... —Aprieta los labios.

—Vendré. Vendré, no lo dudes.

Me siento encima de él y le echo los brazos al cuello. Él los aparta y me besa con rudeza. Yo le desabrocho el cinturón y él me lleva al otro cuarto. Se libra una batalla como las del principio. Yo ahora lo deseaba dulce, delicado, quiero sentirme a gusto con lo que hago, pero en su excitación me arranca el vestido y me tira en la cama. Estoy boca abajo, me pone los brazos a la espalda e introduce sus piernas entre las mías.

—También soy así, Maria, no lo olvides —me susurra jadeante al oído.

Luego me da la vuelta, me sujeta los brazos con fuerza y lo repite. Yo ladeo la cabeza, las lágrimas me arden en la cara, frías y saladas, y él ordena con dureza:

—Mírame, Maria... ¡mírame bien!

Vuelvo la cabeza despacio hacia él, intento reprimir los sollozos que sacuden mi cuerpo. Está pegado a mí, con los ojos bien abiertos y rebosantes de miedo.

Entonces musito su nombre una y otra vez, hasta que me suelta. Se desploma sobre mí, el pesado cuerpo a punto de aplastarme. Se queda inmóvil, me rodea con sus brazos y me pone las manos debajo de la cabeza.

Sé lo que pretende. Quiere que tome esa decisión. No quiere decir: quédate conmigo. Quiere enseñarme su peor parte y que, pese a ello, lo ame. O me vaya. Pero no me voy. Lo aparto despacio, le cojo una mano y me la llevo a la cara. Él aún jadea, y al ver que me muevo un poco, me agarra de nuevo. Ahora de manera distinta. Por miedo de que pueda marcharme.

—Me quedo aquí, Henner. A pesar de todo, me quedo —le repito una y otra vez.

Permanecemos en la cama hasta que terminan las clases. Mi decisión es firme. La abuela Traudel tenía diecisiete años cuando se casó con mi abuelo Lorenz, y siguen juntos. De verdad que no entiendo por qué no puede ser posible hoy en día. Todo es posible, lo creo a pies juntillas.

Sin embargo, terminamos levantándonos. Él me pasa mis cosas, desperdigadas alrededor de la cama, y se sienta a mi lado.

—Estaba bien, solo en la finca —dice—. Me enfadé bastante contigo cuando te viniste conmigo después del accidente de tu madre. No lo esperaba, Maria. —Mira por la ventana hacia la granja de los Brendel—. Y tampoco habría creído que ibas a volver... Me hizo concebir esperanzas, ¿sabes? —Se pasa la mano por la cabeza y sigue mirando hacia la granja—. Pero Johannes es mejor para ti —afirma al cabo.

—¡No! No lo es. Después de lo que ha pasado no puedo volver con él. Después de ti ya no puedo acostarme con él.

—¿Estás enfadada por lo de antes? —pregunta, volviéndose hacia mí.

Niego con la cabeza, aunque me ha asustado de veras.

—Ve a aclarar lo que tengas que aclarar —dice entonces, levantándose—. Si quieres, te acompaño.

—No; tengo que hacerlo sola.

Mientras vamos hacia el portón me aprieta la mano con fuerza. Los perros nos siguen al trote. Henner lo abre un poco, lo justo para poder salir, me pone en las sienes las temblorosas manos y me besa en la frente.

—Regresa pronto, Maria —susurra encarecidamente—. Estaré esperándote.

Después me alejo y miro por encima del hombro. El portón se ha cerrado, el silencio envuelve la casa, que ahora también será la mía. Tiene muchas habitaciones y alcobas, un sótano enorme, una buhardilla llena de polvo donde cosas misteriosas esperan a ser descubiertas en armarios viejos. Me ha acogido como la ostra al grano de arena, me ha incorporado a ella e integrado en su organismo vetusto.

Al llegar a casa de los Brendel me escabullo y subo sin que nadie se percate de mi presencia. Johannes está en el cuarto oscuro. Llamo a la puerta y aguardo hasta que me dice que pase. Desde hace unos días está centrado en el trabajo para la Escuela de Bellas Artes. Lo lleva con mucho secretismo, y nadie sabe por qué. Hoy lo averiguo.

En la pared, alrededor de las fotografías de los niños muertos, ahora hay más fotos de niños muertos. Johannes las ha encontrado en los desvanes de los ancianos del pueblo. Encima y debajo ha dispuesto imágenes de los supervivientes. A ninguna familia se le murieron todos los hijos, y ciertos ancianos de ahora son hermanos de algunos de los niños que aparecen en las fotos. Ése es su proyecto. Quiere confrontar a los muertos con los vivos. Ahora entiendo el secreteo: creo que a Frieda le parecería morboso y seguro que Marianne pondría objeciones. Yo no opino. Ya no. Espero que lo acepten en la escuela. Así podrá marcharse y olvidarme.

—Johannes —le digo—, tengo que hablar contigo.

Él se vuelve y me enseña una foto en la que se ven dos mujeres mayores. Gemelas. Viven en el pueblo, en una casita vieja justo al lado del economato.

—Mira —dice—, Hedwig y Heidrun Ott, del pueblo. Y en ésta... —alza otra imagen—, Eberhard Ott, que murió a los siete años de pulmonía. Se hundió en el hielo, en invierno. Y ahora imagínate: la cama en la que aparece aquí, donde murió, sigue en la casa, en la buhardilla. —Saca



otra instantánea de un montón—. Aquí está. Es extraordinario, Maria. Con esto me aceptarán.

Ahora usa palabras como «extraordinario», «increíble» o «sutil». A Marianne también le ha llamado la atención, y asegura que se debe a los artistas de la ciudad, que hablan así de raro.

Pruebo de nuevo.

—Johannes, tengo que hablar contigo, es importante.

Él sigue seleccionando fotos sin inmutarse, y va a enseñarme la siguiente, pero parece que me ha oído, y responde:

—Déjame terminar, hablaremos por la noche, ahora estoy enfrascado en esto, tengo tantas ideas, Maria... creo que sí que me van a admitir.

Lo dejo y bajo a la cocina, donde Frieda está horneando pasteles. Mañana llega Hartmut, hay mucho que hacer. Me invade una extraña calma, soy consciente de cada detalle de la familiar habitación: las flores marchitas de la mesa, un plato con fruta, las moscas que lo sobrevuelan, el sudor en las axilas de Frieda, la harina en el pelo, una fina grieta en la fuente de la masa, la veta de la madera del suelo, el zumbido de la nevera, el olor a establo, a levadura y a Frieda. Me pongo un delantal y la ayudo con los preparativos. Pronto lo haré sola, en casa de Henner. Seré su mujer, con todo lo que ello implica.

En la cena volvemos a estar juntos. Los Brendel son buena gente, pero mañana ya no estaré con ellos. Siegfried come como una lima, trabaja con ahínco. Marianne tiene ganas de que llegue la fiesta del miércoles, se ha comprado un vestido nuevo para la ocasión, no quiere ser menos que Gisela. Johannes no está aquí. Aunque se encuentra sentado a la mesa con nosotros, sus pensamientos giran en torno a sus fotos. Alfred no me mira, hace ruiditos y sorbe como siempre, pero ya no me fastidia. Cada cual piensa en lo suyo. Los miro bien a todos. Las cosas jamás volverán a ser como hoy. Mañana todo será distinto, para mí, para ellos.

Me pregunto si podrán perdonarme algún día. Creo que no. Hablarán brevemente y de forma acalorada de ello, dirán que soy una desvergonzada y una desagradecida, una inmoral y una egoísta, y luego callarán, como hacen siempre. No volverán a mencionarme, igual que durante años no se pronunció el nombre de Hartmut, y el del padre de Volker siempre será Heinrich, aunque en realidad sea Alfred, como hace tiempo que sé.

Sí, probablemente callen. Pero no me perdonarán.

Después de cenar, Johannes se vuelve al cuarto oscuro. Lo espero un buen rato, y ya entrada la noche decido que la verdad puede esperar a mañana...

Al rayar el alba, en la fase entre el sueño y la vigilia, oigo las sirenas. Aúllan a lo lejos, me llegan en mitad de un sueño confuso. Me levanto con paso vacilante y retiro las cortinas burdeos que cuelgan ante la ventana del hastial. Me asaltan imágenes oníricas una última vez, antes de desdibujarse y desvanecerse. Delante se extienden los pastos con las ovejas; mucho más atrás, a la izquierda, el bosque; y enfrente, la finca de Henner. Entre medias discurre la vía férrea.

Hay un tren en la vía, a la altura del paso a nivel. Ahora se ven allí varios coches, policía, ambulancias y un vehículo sin distintivos. Personas que van de un lado a otro, ajetreadas, y de pronto veo a los perros. Los dos están sentados en la hierba, junto a los raíles. Ante ellos hay algo tapado. No es grande, que yo vea. Algo oscuro, una manta o una lona. No estoy segura.

Me visto sin hacer ruido, bajo la escalera con sigilo, con mucho sigilo, atravieso el establo y me dirijo hacia la vía, y a medida que voy avanzando lo sé.

El dueño del Linden sale a mi encuentro desde lejos.

—No sigas, Maria —dice—. Es mejor que no veas esto...

Lo dejo atrás sin mirarlo.

Oyó a los perros, lo despertaron por la mañana, muy temprano. Gabi le dijo que siguiera durmiendo y no se preocupara, pero él se levantó y fue a ver qué ocurría. Los perros estaban sentados delante de la cabeza de su amo, ladrando. El tren arrastró un buen trecho su cuerpo. El maquinista seguía sentado en la locomotora. Sufrió una fuerte conmoción. El dueño del Linden volvió a su casa corriendo y gritando y dio parte a la policía. Está muy orgulloso de haberlo encontrado justo él. Ahora podrá pasarse muchos años contándolo una y otra vez. Algo así no es moco de pavo.

Nadie sabe qué ha sucedido. Henner había bebido, eso es un hecho. Por qué iba por la vía a esas horas, poco antes del amanecer, es un misterio. La cabeza estaba en su lado de los campos. En pocos segundos todo mi cuerpo se entumece, empezando por el cabello y terminando en las puntas de los pies. Sin embargo me muevo.

Continúo hasta la casa. Hasta nuestra casa. Hay una ventana abierta y me cuelo. Dentro aún está el vaso de ayer, el del vodka. Al lado, la botella vacía. También hay un tarro de mermelada abierto, uno de los que hice yo. Meto el dedo y lo chupo. Después, como si me guiara una mano ajena, recorro todas las habitaciones que hemos ocupado, donde nos hemos amado. Del cuarto de la madre me llevo dos libros. Me los habría llevado todos de buena gana. Meto ordenadamente algunas cosas en una bolsa que hay junto al armario. Una camisa suya sin lavar, el vaso vacío de ayer, el paño que hay al lado de la pila de la cocina, los libros y la palmatoria de la mesa.

Me encamino a casa de mi madre, no siento nada, me limito a andar.

Cuando llego, ella aún duerme. Dejo la bolsa junto a la cama y me tumbo a su lado. Todo lo demás me lo cuenta ella más tarde. Que se despertó y me vio, que me preguntó qué había pasado y yo rompí a llorar y no podía parar, y el dolor que sentía era cada vez más desgarrador, que me lancé al suelo y me golpeé la cabeza contra los tablones y empecé a gritar. Dice que nunca había oído a nadie gritar así. Que entonces llamó al médico y me llevaron al hospital. Una crisis nerviosa, le dijeron.

A continuación me trasladaron a psiquiatría, donde permanecí varias semanas.

La noche en que se celebró la fiesta de la reunificación la pasé durmiendo por efecto de los tranquilizantes.

Algún tiempo después, tras contarle la verdad a mi madre, sólo a ella, vuelvo con los Brendel, que se enteran de lo imprescindible: sufrí una crisis nerviosa cuya causa no pudo determinarse de manera terminante. Una personalidad inestable, la partida de mi madre, la ausencia de mi padre, el hecho de repetir curso, en suma, los sentimientos exacerbados de una chica de diecisiete años inmersa en el caos de un período convulso.

El otoño que viene dejaré la granja de los Brendel y me trasladaré con Johannes a Leipzig. Todavía no sé qué voy a hacer allí, pero seguro que algo encuentro.

Pienso a menudo en las palabras de Alexéi, el menor de los hermanos Karamázov, cuando decía que resucitaremos sin falta y nos veremos y nos contaremos unos a otros todo lo que nos haya sucedido.

Todo.

*Algún día nos lo contaremos todo*

Daniela Krien

ISBN edición en papel: 978-84-9838-532-8

ISBN libro electrónico: 978-84-15630-10-4

Depósito legal: B-20.100-2013

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2013

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Irgendwann werden wir uns alles erzählen*

Traducción del inglés: María José Díez Pérez

Copyright © Ullstein Buchverlage, GmbH, Berlin, 2011.

Publicado por Graf Verlag en el año 2011.

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª — 08018 Barcelona — Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

*This file was created  
with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
09/09/2013*